

VIOLINES Y TONELES

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Australia Argentina, (dos volúmenes, Rodríguez Giles, editor.)
El falso Inca, (cronicón de la conquista.)
El Casamiento de Lauchs, (novela picaresca.)
Sobre las ruinas... (drama en cuatro actos.)
Marco Severí, (drama en tres actos.)
El triunfo de los otros, (drama en tres actos.)
Pago Chico.

De venta en la Casa Editora de Rodríguez Giles, *Corrientes, 1379, y en las principales librerías.*

EN PRENSA

En las Tierras de Inti

ROBERTO J. PAYRÓ

Violines y toneles



BUENOS AIRES
M. RODRIGUEZ GILES, EDITOR
Corrientes, 1379
1908

A JORGE PAYRÓ

Para usted, mi segundo padre, es este libro en cuyas páginas se agrupan los nombres de personas que me son queridas, presididos por el suyo, como en la vieja mesa familiar. Sé que el recuerdo le será grato, á pesar de su escaso valor, porque el afecto le da realce y porque su inagotable bondad ha sabido siempre contentarse con muy poco...

ROBERTO J. PAYRÓ

Violines y toneles.

A Julio Piquet.

Vamos un momento á la vieja Borgoña, pues el hecho que recuerdo ocurrió allí. En seguida regresaremos al pago.

La cosecha del Beaujolais iba á ser aquel año extraordinaria. Nadie había soñado, ni menos esperado, tan sorprendente fecundidad. Las viñas parecían de color violeta, porque los racimos eran más que los pámpanos, y las cepas cedían y se quebraban bajo su peso.

El momento de la vendimia se acercaba rápidamente y los cosecheros veían atribulados que habían cometido un error casi irreparable: los toneles eran pocos, iban á faltar; su imprevisión les hacía perder ríos, mares de vino, de primera calidad porque la lluvia era poca y el verano abrasador.

Los cascos subieron á precios inverosímiles; los fabricantes no daban abasto. En todos los pueblos de la comarca, hasta en los más miserables villorrios, del amanecer á media noche resonaba incesante golpear, y las azuelas y las

macetas de los toneleros, caían y se levantaban sin descanso.

En Villefranche, sobre todo, el estrépito era ensordecedor, el martilleo en la madera arqueada, hueca y sonora, hacía creer que sus trece mil habitantes se habían dedicado simultáneamente á la carpintería en un rapto de demencia, ó que en cincuenta astilleros improvisados se calafateaban á toda prisa otros tantos buques en vista de una guerra inminente.

Y, á pesar de aquella actividad febril, los vinicultores que debían regocijarse ante la perspectiva de tan desbordante cosecha, eran presa de la desesperación, no dormían, no comían, formaban corros en las calles, comentando la situación, operando en toneles, barriles, bordalesas, como se operaba en oro en nuestra Bolsa, viendo ya mentalmente correr por aquellos campos las oladas del vino que se había quedado sin envase...

Entretanto el alegre sol de la Borgoña,—el sol de Rabelais,—se entretenía en hacer más amarga aquella congoja, lanzaba rayos de fuego vivo para apresurar la vendimia, completando en pocos días la madurez de los ubérrimos racimos...

Monsieur Grandcru, cuyo extenso viñedo era una maravilla, que acababa de reforzar los zarzos para que no cumplieran su visible amenaza de venirse abajo, y que apenas tenía las dos terceras partes de los toneles necesarios, se apartó de repente del corrillo en que estaba perorando, mientras murmuraba:

— ¡Ya sé lo que voy á hacer!

Dos ó tres de los del corro adivinaron, más que oyeron estas palabras, é interesados en resolver el mismo problema le siguieron la pista, acechándolo...

Monsieur Grandcru había recordado de pronto, como por inspiración divina, la desdeñada y olvidada existencia de maese Octave Archet, y se precipitaba á su taller. Así lo comprobaron al cabo de un instante sus accidentales espías.

Era maese Archet uno de los más pobres artesanos con tienda abierta de Villefranche. Sentado en su taller, desde el uno hasta el otro crepúsculo, todos los días de trabajo, con dos ó tres obreros y otros tantos aprendices para la parte grosera de su obra, labraba y recortaba maderitas, las limaba, las acepillaba, las torneaba, las arqueaba con infinitos cuidados, y luego iba ajustándolas unas á otras, delicada, pacientemente, y las débiles tablitas tomaban en sus manos aspecto de juguetes caprichosos. Muchas veces deshacía lo hecho para emprenderlo de nuevo, con igual paciencia, con la misma tenacidad. Fabricaba violines con amor, como un artista, y la creación de un instrumento perfecto, dulce y vibrante, era para él un triunfo, una delicia: fuese después á las manos que fuera, él se lo imaginaba siempre en poder de algún virtuoso genial que lo acariciara con el arco, hasta el deliquio, hasta arrancarle el canto que embriaga y extasía. Cualquiera que lo hubiese visto ensayando su último violín, tratando de despertar el alma que

le había engendrado al calor de la suya, lo hubiese creído la reencarnación del famoso personaje de Hoffmann.

Sus obras maestras se vendían en Villefranche á bajo precio, á los músicos de profesión y sobre todo á los cosecheros que querían dotar á sus tiernos hijos de algunas *habilidades* de sociedad. Pocos violines salían de allí, pero esos, gracias á su excelencia y á la elegante forma de su caja, no tardaban en ver superpuesta á la desconocida firma Achet la disputada del célebre Amati, cuya elevadísima cotización comenzó á bajar con motivo de la relativa abundancia de ejemplares...

Monsieur Grandcru, se encaró con maese Octave, en pleno taller:

—Vengo á proponerle un magnífico negocio —le dijo.—En un mes puede usted ganar más dinero que en dos años fabricando violines.

—¿Y cómo?

—Necesitamos toneles... Pues... haciendo toneles.

—Yo no los sé hacer.

—Quien hace lo más, hace lo menos.

—Según; hay casos en que no se puede.

—La obra es parecida, y más fácil es ajustar duelas que tablas armónicas...

—Es cierto, pero si accediese á hacer toneles, quizá perdiera la mano para hacer violines.

El cosechero, fuera de sí, lo hubiese fulminado con la mirada.

—¿Es su última palabra, maese Archet?

—Es mi última palabra, estimado monsieur Grandcru.

Monsieur Grandcru salió dando un portazo, desesperado y en el colmo de la ira. Sin embargo, al tropezar con los vecinos disimuló, para que no sospecharan su fracasado plan, esperando probablemente ser más feliz en otra tentativa. Pero los demás estaban demasiado interesados en el asunto, para no adivinar y poner en práctica la misma idea, y uno tras otro fueron presentándose á maese Archet. Todos obtuvieron idéntico resultado:

—No hago toneles, sino violines.

—Pero maese Archet...

—Si hiciera toneles perdería la mano para hacer violines...

Y todos tuvieron que retirarse, uno á uno, como habían ido, pero desesperados y furiosos.

La vendimia llegó, y es fama que aquel año el Beaujolais se inundó con el mosto sobrante. Sin embargo, el vino de aquella cosecha fué tan generoso que á pesar del abarrotamiento los cosecheros realizaron grandes beneficios. No por eso perdonaron á maese Archet, y aunque el pobre hombre sólo hubiera podido mejorar la situación con la insignificancia de cincuenta ó cien toneles cuando se necesitaban millares, acabó por tenérsele como el único culpable de tan lastimoso desperdicio de vino, vale decir de dinero...

Pasaron meses y Archet comenzó á desazonarse viendo que su provisión de violines aumentaba de un modo inusitado. El seguía cons-

truyéndolos más admirables que nunca, con un esmero y una maestría cada vez mayores; pero ni uno solo salía de su tienda, ni un cliente asomaba en ella las narices ni siquiera para una mala compostura... Tuvo que despachar uno tras otro sus obreros, pues la casa comenzaba ya á desbordar de violines. Los aprendices siguieron el mismo camino, pues ¿á qué aprender un oficio cuyos productos no tienen compradores? Por último, el mismo maese Archet redujo primero sus horas, luego sus días de trabajo, porque ya casi no le quedaba dónde revolverse, y para matar el tedio salía á pasear aunque no fuese fiesta.

Cierto día, al pasar por la puerta del taller de un tonelero, vió una cosa que lo dejó pasmado. De una pared, frente á la entrada, pendían varios informes violines y un cartel sobre ellos anunciaba en letras gordas:

SE CONSTRUYEN VIOLINES POR ENCARGO.

Vuelto de su pasmo continuó el paseo. Y como si un espíritu diabólicamente burlón lo guiara de la mano, fué á dar á otra, á otra, y otra tonelería, y en esta, y en esa, y en aquella, tropezó con los mismos grotescos instrumentos y con el mismo sorprendente cartelito.

¡El no quiso convertirse en tonelero, y todos los toneleros se habían convertido en fabricantes de violines! ¡Media tan poco entre ajustar

duelas y tablas armónicas, como decia monsieur Grandcru!...

Los irritados cosecheros que habitan en Villefranche-sur-Saone se vengaban de maese Archet y obtenían por añadidura un beneficio, pues los violines de los toneleros les resultaban muchísimo más baratos...

Cierto que había una diferencia de sonido, pero se acostumbraron al fin, y hasta les parecieron mejores.

Maese Archet tuvo que legar los invendibles instrumentos à sus hijos. Dícese que se vendieron en globo y á vil precio cuando la liquidación de la testamentaría y que el comprador se hizo rico, revendiéndolos. Pero esto no está comprobado. Parece que, al contrario, los violines de los toneleros continúan hasta hoy, dominando el mercado...

—

Estas cosas pueden pasar en Beaujolais... En nuestros pagos nunca. Por eso no he hecho con ellas un cuento criollo que hubiera resultado inverosímil.

¿Un mínimun ó un máximun de vida?

A Martín A. Malharro.

Después de leer los apuntes para un estudio que realizaré más tarde, mi amigo Luis, el pintor, me relató lo siguiente:

I

Yo también he encontrado á uno de esos hombres que huyen de la sociedad del hombre, y me he detenido á observarlo con interés, como fenómeno curioso. No pertenecía como el tuyo á las altas esferas intelectuales, pero, ignorante y todo, estaba lejos de ser vulgar. Verás. Este recuerdo se liga con uno de mis primeros pasos en el arte, cuando aún tanteaba buscando mi camino.

Se decía entonces que nuestro río, inmensa masa de agua cenicienta, no daba asunto grato á la pintura; que cada vez que se intentase interpretarlo, resultaría una mancha homogénea y más pesada que un charco de lodo sin reflejos ni matices. Convencido de que no era así,

quise probarlo... andando, y comencé á pintar.

Tú has visto esa serie de bocetos. Casi todos están tomados desde el mismo punto, entre los árboles, junto á la playa baja, salpicada de toscas. Para realizarlos frecuenté mucho aquel paraje, tan tranquilo y silencioso que parece á cien leguas de la capital aunque esté á pocas cuadras del Retiro.

Desde los primeros días me llamó la atención una especie de cueva hecha bajo un sauce, medio subterránea, y formando luego bóveda achatada, con tierra, hojalatas, y arpilleras, duelas de barril, tablitas y qué sé yo... Aquello era tan informe, tan miserable, que no se parecía á nada, ni nadie podría adivinar qué clase de bestia, ó de fiera, ó de ser viviente era el extraño arquitecto de tan extraño cubil.

Varias veces me asomé á la boca negra y mal oliente de la madriguera, pero no vi más que un montón de trapos, cajas de conservas, pedazos de diarios viejos, desperdicios, en fin. Pero una mañana que llegué mucho más tarde—siempre iba de madrugada,—encontréme con un hombre tendido en el suelo, boca abajo, con la barba apoyada en los brazos cruzados, mirando con la mirada vaga de sus ojos azules la masa de verdura que se aglomera allí, entre el río y la ciudad.

—Buenos días—dije, mientras preparaba mis chismes para ponerme á pintar.

El hombre me contestó con un gruñido y siguió en su contemplación, inmóvil y como extático.

Lo has visto en mi boceto «Invierno...» Es la figura que me acusaron de haber puesto artificialmente, como *repoussoir*, en la playa húmeda, para que resaltase, alejándose, el agua terrosa, igual al cielo gris, salvo la espumita policroma de las olas cortas y apretadas. ¡Claro! con sus harapos indefinibles, su cabello y su barba revueltos y opacos, armoniza de tal modo con el ambiente del cuadro, que parece una invención á cuantos no están acostumbrados á observar directamente la naturaleza.

Pues bien, aunque trabajé largo rato, mi hombre no se movió. Cuando lo saludé al retirarme, contestó con un segundo gruñido, de indiferencia más que de otra cosa, y siguió en su meditación, sin volver la cara, sin dirigir los ojos hacia mí.

Y esos ojos, en la faz amarillenta, rodeada de crines leonadas, me habían llamado poderosamente la atención. Muy azules, de un azul desvanecido, brillaban sin embargo sobre las mejillas abotagadas y bajo los párpados pesados con una lucecita suave y casi benévola.

Seguí viéndolo muy á menudo, pero nuestras relaciones no mejoraron, aunque me esforzaba por ser amable con él. Un día que no lo encontré en su sitio acostumbrado, me asomé á la madriguera. Allí estaba, tendido, enroscado más bien, y lo hubiese creído muerto, á no ser por su respiración anhelante...

—¿Qué tiene, amigo? ¿Está enfermo?

No me contestó ni con el gruñido de práctica.

Alguna borrachera—pensé,—pues me había parecido que el hombre era alcoholista.

Sin embargo, me dieron lástima su soledad, su increíble miseria, su segregación casi total del resto de los hombres:

—Puede muy bien que esté enfermo... Y aunque no lo esté, ¡qué diablos! siempre le procuraré alguna satisfacción—pensé.

—¿Necesita algo?—dije en voz alta.—¡Bueno! no me conteste si no le da la gana; aquí junto á la puerta le dejo unos centavos, por si acaso.

Se revolvió, refunfuñó; luego volvió á quedarse inmóvil sin tocar el dinero. Yo me aparté, encogiéndome de hombros, pero satisfecho en el fondo.

—¡No por ser atorrante dejará de ser hombre!—me dije con una reminiscencia de Molière.

II

La influenza, ó el trancazo, que todavía no se llamaba así por estas tierras, pero que—¡cuán cierto es que *le nom ne fait rien á la chose!*—solía jugarnos muy malas pasadas, me postró aquel mismo día. Tuve que interrumpir mis estudios y no volví al bajo hasta la primavera, pues luego me ocupé de otras cosas más urgentes.

¡Ah! ¡ese bajo en primavera! ese verde tierno de los sauces encrespados, esa tierra húmeda, capitosa, que exige para pintar las ingenuidades y audacias de la paleta, pues pre-

senta discordancias aparentes que son una sabia y portentosa armonía... ¡Qué rabia no haber llegado todavía á la simplificación precisa, casi matemática! Pero quizá un día... ¡en fin! esto no viene al caso.

Sorprendí á mi hombre, tendido de espaldas, cerca de un sauce todo cubierto de follaje nuevo, mirando las nubes. Hubiera tenido que pintarlo verde, y su sombra purpúrea... Lo saludé.

—¡Buenos días, amigo!

—Buenos—se dignó contestar, dirigiéndome la mirada de sus ojos claros.

Pinté con entusiasmo, con fruición, completamente absorto... El río era una estupenda combinación de colores. ¡Qué agua ni qué agua! Manchas transparentes y luminosas; los azules claros en el horizonte, los verdes mate algo más cerca, y luego un tornasol, una vibración de matices, desde las lacas, en su variedad infinita, hasta los cobaltos y violáceos más sutiles en sus armonías iridescentes, imposibles de sorprender—¡como si corrieran, como si saltaran, como si aparecieran en la superficie y se sumergieran inmediamente, para reaparecer en seguida!—Y después, aquellas grandes chapas metálicas, llenas de destellos deslumbradores, compuestos de qué sé yo qué infinidad de tintas, pero formando un todo homogéneo de plata en fusión, que hubiera sido preciso pintar con rayos de luz... Yo estaba trémulo de entusiasmo y desesperado á la vez. Sudaba. Las pinceladas se sucedían vertiginosamente ¡ay! de-

masiado fugitivas, en escalas, en sinfonías enteras de colores...

Y no tenía ni tiempo de abarcar el conjunto de mi obra como abarcaba el de la maravillosa realidad...

—¡Bueno!—dijo una voz áspera á mi lado.—El río no «está» así.

Volví la cabeza. El misántropo se había acercado sin que yo lo sintiera, y examinaba el boceto por encima de mi hombro. Sonreí desdeñosamente por su pretensión y miré la tela, luego el río, después la tela... Faltaba la armonía, el lazo intangible de unión de tantas disonancias, el inconcebible *coup de blaireau*—no acierto á decir otra cosa,—que da la naturaleza á sus creaciones más caprichosas, enriqueciendo su todo sin destruir ni desvanecer una sola de las partes...

—¿Y cómo «está» el río, según su parecer?—pregunté, curioso de su respuesta.

—No tan... «descosido»—contestóme, después de buscar otra palabra inútilmente.

—Y eso, ¿qué es?—dije con aspereza.

—¡Eh! usted pone muchos colores... y «el río no tiene más que un solo color que cambia siempre...» El río «es gris,» todos los demás colores *están* en el gris... ¡Qué quiere!

Me eché á reir, pero desde aquel día conversamos siempre.

III

Quién sabe qué pensamiento había atravesado por su cerebro; el hecho es que no alcanzó á expresarlo nunca con claridad por más que yo traté de ponerlo en camino. La crisálida de arte que no llega á mariposa... Era ignorante y muy huraño conmigo, aunque se me mostraba agradecido y deferente... en la relatividad de las cosas. Muchas veces me dejaba sin respuesta, ó me contestaba con un bufido—sobre todo después de beber.—Otras llegaba casi á mostrarse expansivo. Nuestra conversación de meses enteros puede resumirse en un corto diálogo:

—Mi vida—me replicó una vez,—es como todas las vidas: la he ido viviendo, nada más...

—Pero algo interesante debe haberle pasado...

—¿Usted cree que en la vida *pasa* algo?—dijo irónico y bravío.

—¿Por qué se aleja de los hombres?—le pregunté en otra ocasión.

—Yo no me alejo; *estoy* aquí, sin más.

—Los hombres—agregó murmurando,—bestias ó fieras.

Recordé el *Timón* de Shakespeare, é inquirí si lo había leído.

—Nunca he leído nada... Algún diario de vez en cuando. ¡Tonterías! ¿Para qué?

—Para saber.

—Y saber, ¿para qué? No veo para qué...

Era extranjero y hablaba mucho más toscamente, pero no puedo imitarlo. Nunca supe dónde había nacido. Le pregunté, pero se encogía de hombros. Un día que me pareció más abierto, más comunicativo, traté de saber qué lo había llevado á tan anbigua posición. Me miró con sorpresa.

—¿Ha sido rico?

—No.

—Pero habrá tenido algo...

—Nunca.

—Buen jornal, por lo menos...

—Trabajé, allá, cuando muchacho... Después me vine... Me gusta ver las cosas: trabajar, no.

—¡Las cosas! ¿qué cosas?

—Todo.

—¿Los teatros, las fiestas, las calles hermosas, los palacios?...

—Nada de eso.

—¿Qué, entonces?

—¡Todo, pues!—dijo con un lento ademán que, en su torpeza, abarcaba, sin embargo, el río, la arboleda, el cielo...

—¿De qué vive?—interrogué en otra ocasión.

—¿Qué dice?

—¿De qué come?

—¡Ah, lo que encuentro! A veces me dan algo... yo no pido; entonces voy al almacén.

—¿A tomar la copa?

—Sí.

—¿Y para qué bebe?

—Entonces veo... adentro y afuera... una por-

ción de cosas lindas, sí, más lindas... Los ojos se me ponen como cuando era chico y todo es más lindo, sí, mucho más lindo... Y me parece que ya voy á hacer algo, algo que me gustaría mucho...lo mismo que cuando era muchacho y creía todo lo que me contaban... Me gusta tomar.

Al día siguiente le llevé caña, para ver si, excitado, me revelaba algo de lo que no podía comprender en él. Bebió filosóficamente y comenzó á contestarme con monosílabos. Abotagósele más la cara, se le enturbiaron los ojos, y el temblor habitual de sus manos se hizo más visible.

—¿Ha tenido alguna amiga?

—¡Bah!—dijo haciendo un ademán vago.

—¿Y le han hecho sufrir?

—Nada... ¡Mujeres!—agregó en seguida, con acento de desdén.—Suelen andar...—siguió, señalando la arboleda, hasta el bosque de Palermo.

Su indiferencia era tan profunda y sincera, que quedé informado. Por otra parte, el primer eslabón que une al hombre con la humanidad, es siempre la mujer. Un verdadero misántropo, comienza por ser misógino.

Acabó la caña y se echó á dormir al sol. Cuando iba á retirarme, estaba despierto. Lo saludé y me contestó con el gruñido de antes: el alcohol lo tenía malhumorado.

Por más esfuerzos que hice, jamás logré que me contara nada, ni el más pequeño incidente de su vida pasada ni de su existencia actual.

¿No le ocurría nada, absolutamente nada, ó los sucesos pasaban por su cerebro como un corcho sobre una coraza? Meditaciones vagas é informes, impresiones y sensaciones indecisas, algo como un germen de pensamiento abstracto de vez en cuando, y... nada más.

Todavía creo que con instrucción, con ilustración más bien, hubiera llegado á ser uno de esos metafísicos nebulosos que nos producen la impresión de levantar un poco el velo de lo infinito, porque nos asoman á un pequeño caos intelectual. Pero quizá me equivoque, y sólo aparezca así porque se acerca más que nosotros á la animalidad.

En efecto, un día le hablé de la muerte.

—¡Es lindo vivir!—murmuró con un suspiro casi de éxtasis.

La naturaleza, es verdad, se mostraba soberana, y esto me hizo pensar: ¿No será un artista contemplativo, cuya vida rueda, exclusivamente, alrededor de la sensacion visual, que no le exige luego manifestarla al exterior? ¡Vaya usted á saber!

Suelo verlo todavía muy de tarde en tarde. Si quieres, te llevaré conmigo á que lo conozcas.

Pero estoy seguro de que se meterá en la madriguera. Estoy seguro de que hablaba conmigo, más por lo que pintaba yo que por lo que le di aquel día y otros. Sería entonces, sin presunción, mi admirador secreto, porque ambos amábamos lo mismo...

¡Protegido!

A Manuel de Rezaval

I

El barón de Roccavechia gastó su dinero y parte de su vida en locas aventuras de juventud. Una mañana se despertó completamente arruinado en su elegante departamento, cuyos muebles eran el último y definitivo resto de su fortuna. Y meditó, después de haberse desperezado y bostezado. Parecíale que aquella era la primera vez que despertaba, que hasta entonces había dormido entre agradables ó arrebatadores ensueños. Y como hombre bien despierto ya, no se entretuvo en hacer el balance del pasàdo—el ensueño—sino que miró frente á frente al porvenir.

Trás del dinero íbansele los últimos días juveniles, y antes que èstos los amigos de tantos años, camaradas en fiestas y en orgías.

Roccavechia era filósofo á su modo, y no se forjaba ilusiones. No había nada que esperar

de sus frívolos compañeros: cuando mucho, malhumorados préstamos de algunas liras, cada vez más escasos y displicentes, el derrumbamiento, el desconcepto, la ruina moral del petardista...

—¡Vaya! hay que tomar una determinación. Tengo que ganarme la vida... ¿Pero cómo? ¿El comercio? ¿La industria? ¿La política? Es tarde para comenzar en mi país, y mucho más sin tener punto de partida... porque no poseo un sueldo, y lo que aprendí cuando adolescente ya se ha desvanecido de mi memoria...

Pero le acudió una idea luminosa, condensada en esta palabra ¡América!—La solución, ni más ni menos.—Había leído algo respecto de Buenos Aires y la República Argentina y sobre todo sabía de muchos, que habían vuelto á Italia, á vivir de sus rentas, pocos años después de emigrar pobrísimamente, estivados en la tercera clase de un trasatlántico; y no se trataba de hombres descollantes ni mucho menos... con mayor razón lograría él abrirse camino, y triunfar... asegurarse ampliamente la existencia, en último caso...

Sonreíale, además, la idea de que no tendría que ruborizarse de su decadencia ante los antiguos camaradas. En un país nuevo, donde nadie lo conociera, podría ser cualquier cosa, gerente de alguna casa de comercio, secretario de algún hombre público... lo más modesto, en fin.

Y el barón de Roccavechia, último vástago de la ilustre familia, decidido á emigrar, saltó

de su cama, vistióse de prisa, fué en busca de un prendero á quien vendió sus muebles y parte de su ropa por unos pocos billetes de banco, y resuelto á no volver sino vencedor salió el mismo día de su ciudad natal, teatro de tanta ruidosa calaverada y de tanta prodigalidad inútil.

Sólo á un amigo de su padre confió el secreto de su partida y eso para pedirle cartas que lo recomendaran á algunos compatriotas de Buenos Aires bajo el nombre de Rocca, que adoptaría en su campaña de regeneración. Quien con tanta facilidad podaba sus ilusiones y esperanzas, bien podía podarse un gajo del nombre.

II

Después de penosísimo viaje Roccavechia desembarcó en nuestro puerto, se alojó malamente en una sórdida posada italiana y sin pérdida de tiempo comenzó la acción presentando sus recomendaciones. Los primeros días tuvo motivos de contento: en todas partes se le recibía con amabilidad, y las buenas palabras eran muchas.

A las dos semanas, sin embargo, observó que las promesas sumaban menos que las buenas palabras. Al mes ya no le cupo duda de que los hechos no respondían ni á los ofrecimientos ni á los agasajos. Entretanto vivía como un estudiante pobre, más cerca de la miseria que de la holgura, economizando centavos, sin permi-

tirse el menor gasto superfluo... Pero sentía una especie de acre satisfacción al hacer todo lo contrario de lo que hasta entonces había hecho, y sonreía entre gozoso y dolorido cuando lograba disminuir en algunos centavos el gasto diario que se había impuesto.

Pero no hallaba cómo impedir que el dinero se le escurriera lentamente de las manos: el trabajo con tanto empeño solicitado no se presentaba. Aquí, no lo empleaban porque ignoraba el castellano; allí, porque no sabía contabilidad; en otras partes sólo se necesitaba vendedores, pero muy prácticos... Hizo algunos trabajos sueltos, se ensayó como corredor, pero ó no le pagaron ó lo hicieron con mezquindad, aprovechándose de su situación...

La miseria aguda se presentó por fin: ni un centavo, ni con qué comer, ni la esperanza en el mañana.

Y Rocca, ya completamente olvidado del barón de Roccavechia, resuelto á emprender las tareas más penosas, el trabajo material más depresivo, buscó febrilmente en los avisos de los diarios. En uno de ellos se pedía un cochero «que supiese bien su oficio y que tuviese cierta corrección...»

—¡Oh loco pasado!—exclamó,—¡de algo puedes servirme todavía! ¡En Italia nadie me superaba para guiar un *four in hand!*...

III

Bien plantado, blanco el rostro, sin barba ni bigote, el cuello tieso, la mirada clara y avisora, rigiendo el tronco de puros con severidad y elegancia, vistiendo la librea con envidiable corrección, el cochero de X** obtenía todos los sufragios en el corso de Palermo, en el hipódromo, á lo largo de la calle Florida, donde quiera que se presentase, ya manejara el landó, ya llevara las riendas del milord, ya se sentara en el alto pescante del mail coach.

—¡Vaya un parecido!—observó un día cierto amigo de X**.—Tu cochero y el barón de Roccavechia, á quien conocí en Italia, podrían pasar por la misma persona... Sólo que éste es más tosco, más vulgar.

—¡Hombre, pues ese parecido es mayor de lo que imaginas! Mi cochero se llama Rocca... ¡Quién sabe si no es algun hermano natural!...

—Puede ser. ¿Por qué no se lo preguntas?...

X**, una mañana que almorzaba solo, hízolo llamar. Preguntó, aprovechó la turbación del pobre Roccavechia, obtuvo sus confidencias, le hizo que le presentara los documentos fehacientes de que era el mismo Constancio Acquachiara, legítimo barón de Roccavechia, venido á menos á consecuencia de extravíos juveniles que no empañaban su honor pero que le exigían en pago toda una vida de trabajo y de sacrificio... X** se conmovió, estrechó la ma-

no del que desde ese momento cesaba de ser su cochero, y lo hizo sentar á su mesa exclamando:

—Señor barón, su puesto es á mi lado. Recuerde usted sólo como un mal sueño esta parte de su vida. Yo me comprometo á hallarle ocupación decorosa, para que, por lo menos, reconquiste usted su posición social.

Rocca, sintió que se le oprimía el corazón, se le anudada la garganta y se le nublaban los ojos. Había tomado temblando la mano que le tendía X**, y temblando se sentó á la mesa, sin acertar con una sola palabra. El júbilo, el agradecimiento, la sorpresa lo ahogaban, y cuando alzó la vista, su rostro expresaba abnegada admiración...

IV

—Tengo que pedirle un servicio, Roccavechia. Estoy comprometido á ir á comer esta noche con Flora, y me es imposible... Hágame el favor de ir á su casa, ofrecerle de mi parte este estuche—una fruslería—y disculparme de la manera mejor que se le ocurra...

Roccavechia empezó por sorprenderse, sintió un malestar indecible, parecióle que le habían hecho una traidora herida en pleno corazón, se sonrojó, palideció, un relámpago de orgullo cruzó por su frente... pero no dijo nada, ni se negó siquiera...

—Estos americanos—pensó,—parecen ignorar ciertas cosas... Pero, en rigor, se trata de

un servicio que puede prestarse entre amigos... X** dice que me considera como tal... ¡Vaya! no hay que ser más papista que el Papa: está indudablemente lejos de querer rebajarme ante mis propios ojos, y una vez no hace costumbre... Si me ha sacado de mi condición casi vergonzosa, no será para degradarme más...

X** hacía, entretanto, ostentación de Roccavechia á quien presentaba con todos sus títulos, complaciéndose cuando no se hallaba presente en contar su historia, más ó menos adornada, y en vanagloriarse de su propia generosidad.

Dábale algún dinero, en calidad de préstamo, y lo llevaba á alguno que otro círculo de amigos, al restaurant, á cenar después del espectáculo, á los bastidores de los teatros, á todos los puntos, en fin, donde se puede sin compromiso, presentarse con cualquier persona.

La ocupación rehabilitadora no llegaba entretanto; pero en compensación llovían sobre el infeliz noble, como alfilerazos unas veces, como puñaladas otras, comisiones y encargos más ó menos indecorosos, que lo mantenían en un estado de continua excitación.

Aquel procedimiento, adoptado por X**, como la cosa más natural del mundo, llegó al fin á tales extremos, que una noche al retirarse á su cuarto Roccavechia, lloró de indignación y de vergüenza.

—Mire, Rocca,—le había dicho su amigo.—¿Vió anoche, en el palco *avant-scene* de la derecha, en el Casino, una francesita rubia?

—Sí, la he victo.

—Se llama Lilí Creo que vive enfrente, en casa de Mme. Dupont... Le agradecería que la viera y le preguntara si la puedo visitar... Ya sabe...

—Sí...—balbuceó el barón.

--¿Irá mañana, ó esta misma noche?

—Cuando Vd. quiera... Ya es tan tarde...—acertó á murmurar.

Se retiró á su cuarto, como un chico, tropezando.

—¡Esto no es proteger, esto es depravar!—sollozaba.—Antes era cochero, es cierto... pero ahora... ¿ahora qué soy?... ¡Qué derrumbamiento y qué inmundicia!...

Pasó la noche sin poder dormir. Al día siguiente, muy de mañana, sin llevar consigo más que lo puesto, abandonó la casa de X** y echó á andar hacia adelante, sin saber adónde, y fué lejos, muy lejos, allá en el campo, á parajes desconocidos. Se colocó en una estancia como peón, por la comida, y trabajó callado, modesto, altivo en su renunciación. Y á veces por sus ojos pasaban instantáneos fulgores de orgullo satisfecho...

V

Al convencerse X**, de la para él inexplicable fuga del barón de Roccavechia, pasó un rato de mal humor y contando el hecho á sus emigos, exclamaba indignado:

—¡Yo, yo, que lo saqué de la basura!...

Y los amigos subrayaban en coro su indignación añadiendo con aire desdeñoso y convencido:

—¡Y después de esto, proteja usted á cierta clase de gente!...

La paradoja de Tony.

A Antonio de Luque.

Buenos Aires tiene, como toda gran ciudad, sitios modestos y ocultos donde van á comer los que, ya por necesidad, ya por pedantería no quieren que se conozcan sus estrecheces, hasta por avaricia en algunos casos — y donde se hallan seguros de cierta reserva en los testigos. Nadie cuenta que ha visto á Fulano comiendo en un figón, porque por lo menos tendría que explicar su presencia en él, como no se habla ó se habla poco, de un encuentro fortuito en una casa sospechosa. El chisme podría ser de dos filos. Buenos Aires tiene... en Buenos Aires abundan, hubièramos debido decir, desde la dársena Sur hasta la calle Carabelas, en el mismo centro de la ciudad, y no es raro escuchar de sobremesa, en alguna de esas fondas baratas, conversaciones y dichos que quisiera más de un escritor para rejuvenecer su pluma y excitar su cerebro.

Cuando Fernández no los invitaba—y lo hacía por principio sólo una vez al mes,—y los fondos no andaban tan corrientes como era de desear, Pedro Z., Julio B. y Carlos H. solían ir á comer á una de esas casas... y suelen todavía, de modo que sería indiscreto designarla.

En los días de auge, el poeta y los periodistas se olvidaban tan radicalmente de los guisados de su *refugium pecatorum* como lo llamaba el primero, que eran el terror del *chef* de Sportman ó de Filip, quienes no podían hacerles admitir sus salsas, si no estaban hechas *secundum arte*, y recibían una reprimenda cada vez que no se sobrepujaban á sí mismos.

Pero aquella noche correspondía á una època de escasez, y Julio invitaba, por agotamiento de los otros dos, á una comida de busecca y tagliarini, sopas ambas que los tres asociaban gustosos con mengua de la ciencia culinaria pero con gratitud del estómago, por lo abundantes... y sanas, afirmaba Carlos.

Aquellos jóvenes que llevaban en la cabeza todo su capital y que no lo cambiarían con el de A. por rico que sea, hubieran sido capaces de demostrar que si comían allí, era puramente por gusto, aunque Pedro solía ir á pararse á la puerta del Sportman con un mondadientes en los labios desdeñosos, pronto siempre á soltar el latinajo oportuno, ó inoportuno, dàndose aires de haberse ahitado de faisanes y marèe de Europa. Despuès del queso y la copa última de vino italiano, en el momento en que iba á servirse el cafè y la grappa, indigna substituta de la dorada

chartreuse del Café de París, es decir, en la hora propicia para la charla, Carlos preguntó:

—Y ¿qué es de Antonio N.? Hace mucho que no lo veo, ¿saben ustedes, algo de él?

—Yo, ni una palabra—contestó Julio.

—Antonio... ó Tony... habrá ido á alguna parte á acabar de tonificarse!—agregó Pedro.—*Invisibilis est.*

—¿Tony?—¿Tony has dicho? ¡No disminuyas el valor moral de Tony!—exclamó Julio.—Tony es un símbolo, Tony es una abstracción, Tony es una síntesis; de la imbecilidad no tiene sino el nombre que le han dado los imbéciles. Tony el imbécil no lo es, y compararlo con Antonio N.. es ofenderlo.

—¡A ver, á ver!—dijo Carlos retorciéndose la punta de la barba mefistofélica y abriendo desmesuradamente los ojos, mientras enarcaba las cejas.—Explica eso, que ya, tras el símbolo, estoy vislumbrando una paradoja.

—¿Paradoja dijiste? *Religiose ausculto!*

—No, no hay tal paradoja. Es puramente, la verdad verdadera. Tony no ha sido nunca imbécil; al contrario, con poco más sería un genio, con poco menos un talento práctico; está en la linde de una y otra cosa, y por eso no es ni la una ni la otra. ¿No han observado ustedes en el circo, qué actividad despliega, qué golpe de vista tiene, qué ambición de ser útil lo anima? El sabe dónde sería necesario un esfuerzo más; si se levanta la red demasiado lentamente; si no se estira bien la alfombra; si hay que correr para evitar una caída á la *écuyère* ó un

mal paso al director del picadero... ¿Que no tiene éxito? ¡Claro! No ha nacido para hacer las cosas por sí mismo, ha nacido para mandarlas hacer, eso es todo, y es al mismo tiempo el inconveniente, para él y para los demás. ¡Quién sabe! Con elementos á mano, sería quizá un grande hombre. Le falta oportunidad, ponderación; está al corriente de todo, pero se abstrae, equivoca su salida, como en el teatro un actor distraído, como en el mundo un idealista impenitente. ¡Pobre Tony! ¡los que se ríen de ti te calumnian, ni más ni menos! Porque, amigos míos, Tony me hace pensar en la falena que se ha quemado las alas: parece un gusano, pero no por eso deja de ser mariposa.

—*Belle! Belle!*

—¡Que el diablo se lleve tu latín, mangangá!... ¡jején!... ¡mosquito!... ¡zuavo!... — gritó Cárlos, para cortar de raíz los avances de Pedro, que amenazaba dejar tras sí los escombros del poco latín que mal aprendiera en el colegio.— Julio está de vena y hay que dejarlo. Su Tony, me seduce; ya no creo en la paradoja; todo es verdad, todo eso es más, porque es misterio revelado, psicología pura, ciencia experimental adquirida *in anima vili...*

—*Tu quoque!*

—¡Oh! ¡me has contagiado tú, terrible amolador de la paciencia!

—Y Tony—prosiguió Julio,—no es sólo un personaje de teatro, de circo más bien; Tony, es una parte de la humanidad, y como Falstaff merecería la pluma de Shakespeare. Antonio

N. es sencillamente un inútil que nunca intentó ni intentará nada siquiera, mientras que Tony intenta, lo que es innegable mérito aunque fracase. Al ver la falena que ha caído medio achicharrada junto á la lámpara, retorciéndose, enarcándose, tratando en vano de volver á volar, ¿no la han imaginado ustedes todavía con sus alas modestas pero ufanas cruzando el espacio para ir en busca de la luz? La figura es trivial, ya lo sé, pero yo veo eso al ver á Tony y á todos los Tony que se presentan en mi camino y que son muchos, ¡tantos! Y en lugar de reirme me dan ganas de llorar sobre esta amargura: la impotencia humana; y este crimen: el egoísmo, que anula más cerebros que la más rutinaria de las oficinas públicas. Tony está en el comercio y se llama el quebrado después de treinta años de trabajo y de honradez; está en la industria y se llama el iniciador que tiene que vender la fábrica en que el sucesor se enriquece; está en la ciencia y se llama el sabio modesto que aguarda á que vayan á buscarlo; está en el foro y es el abogado que no quiere defender sino lo justo; está en la política, y se llama el principista puro de verdad,no de rótulo simplemente; está en el arte, y se llama el cultor apasionado y celoso de lo bello. Yo los veo pasar junto á mí y me los señalo diciendo: ¡Tony, Tony! porque ellos como él son activos, son videntes, tienen la ambición de ser útiles y los elementos para serlo, pero no se les deja lugar; todos los puestos están ocupados ya, y tendrían que conquistar uno á fuerza de puño lo que los rebaja-

ría en su propio concepto; porque aguardar la vacante sería ilusorio: no faltaría quien, más listo, se la birlara en sus propias barbas. ¿Pueden ustedes suponer que si se le dejara, Tony no llegaría á colocar por sí mismo la red, ó á estirar la alfombra? Su actitud, su iniciativa cuando está en el redondel, demuestran suficientemente que sí. Pero es teórico, no es práctico, y á cada tentativa de realidad, á cada esfuerzo por entrar en la acción ¡zás! golpe seguro. Es una lástima. Pero Tony el imbècil no es un imbècil, es un fracasado... Y, amigos míos, para fracasar, no es necesario carecer de inteligencia ¡Cuántas fuertes cabezas vivirán hoy mismo en la más profunda é irremediable de las obscuridades!...

—*Dii ignotis*...

—Pero entonces—dijo Carlos,—tú, yo, Pedro, somos otros tantos Tonys, puesto que no podemos «abrirnos cancha,» como decimos por acá...

—Puede que lo seamos para los demás. Para nosotros mismos no, porque nos queda la esperanza. Sin embargo, bien mirado, hay algo de eso, especialmente los días en que comemos acà—acontecimiento sugerente, porque implica muchos esfuerzos hechos en vano. En fin, aunque lo fuéramos, yo por mi parte no me quejaría.

—Ni yo—murmuró Carlos.—¡Pero preferiría ser el maestro ó director del picadero... por el látigo!... Mejor martillo que yunque. Y me

agradaría ser martillo... siquiera por variar. ¿Nos iremos?

—Vamos. Pero paguemos antes. ¡Mozo! la cuenta.

—¡Boum!—contestó el mozo, saliendo á escape á buscar el antipático papelito.

—*In cauda venenum!*—exclamó Pedro con angustia cómica.

—Lo que es á esto de pagar, acertamos siempre, pese á Tony. ¿Por qué no fracasar también en el pago?

—Porque eso sería comenzar á tener acierto —contestó Carlos,—y dejar de ser Tony. Pero Julio no nos ha mostrado sino el anverso de la medalla; el reverso vale más.

—Muéstralo tú.

—Sin inconveniente. Pero salgamos; hay aquí una atmósfera que me hace recordar un cuento del poeta Lamberti.

—¡A ver, á ver!

—Comían aquí mismo unos tallarines, y como le pareciera que el queso rallado estaba viejo, pidió otro que resultó igual. «Mire, mozo, exclamó, mejor es que me traiga el rallador y un »pedazo de queso; lo rallaré yo mismo.» Trajo el mozo el utensilio, uno de esos ralladores con cajón debajo, y no bien Lamberti había empezado la operación cuando por todos lados se producía un espantoso desbande de cucarachas.

—«¡Mozo!»—gritó indignado:—si esto está lleno de esta inmundicia.

—*¿Ma que quiere? Eh, si lo gurpia!*—contestó impávido el mozo, que había estado presencián-

dolo todo, y había visto á Lamberti sacudiendo el rallador.

»No sacudamos más de lo sacudido, y vámonos, porque de pronto van á comenzar las cucarachas; ¡ya les estoy tomando el olor!..

—¿Y ese reverso?—preguntó Julio, una vez que estuvieron en la calle.

—¡Oh! ese reverso es el que nos muestra á los Tony de fuera del circo, bajo el aspecto de elegantes de la calle Florida, de pilares de los salones aristocráticos, de diputados, de senadores, de ministros... hasta de jefes de Estado algunas veces.

—¡Ese Tony es trágico!—dijo Pedro.

—Ese Tony no es Tony—opuso Julio.—El pobre Tony no puede salir de su papel, so pena de dejar de serlo. Intentará sí, ser elegante, aristocrático, entrar en el Congreso, entronizarse en la Casa Rosada. Pero ni será elegante, ni aristocrático, ni actuará en las Cámaras, ni mandará en la Casa de Gobierno,

—¿Y acaso los que yo digo, son, actúan ó mandan?—exclamó Carlos deteniéndose, en medio de la acera.—Quieren hacerlo pero no pueden... como Tony; no pueden aunque triunfen.

—¡Oh! ¡el que triunfa, si es imbécil, no dejará de serlo: pero dejarán de decírselo, lo que viene á ser la misma cosa... ó quizá mejor!—dijo Julio para cerrar la conversación.—Miremos las muchachas...

La paradoja del talento.

> Claude se contemple dans l' éttendue de son royaume intellectuel et abandonne sa forme, avec une insouciance diogenique... Il est inhabile à gouverner la vie extérieure.—
>
> H. BALZAC.

A Augusto Ballerini.

Aquella noche se hablaba de Jacobo, cuyo abandono, rayano en renunciamiento, amenazaba ya malograr la hermosa cabeza en que sus amigos cifraran tantas esperanzas. El joven escritor comenzaba en aquel tiempo la serie de desórdenes que lo ha conducido por fin al manicomio, donde lo visitan pocos de sus antiguos compañeros, desconsolados por su terrible caída.

Alrededor de la mesa en que acababan de comer, veíase á Fernández,—el generoso anfitrión que, á pesar de su vida absolutamente mercantilizada, gustaba de la compañia de sus amigos escritores,—á Julio B. y á Carlos H. periodistas entonces como ahora y como siempre, y á Pedro Z, que comenzaba á escribir los

lindos versos que más tarde le dieron tanta fama, y quien en ese tiempo tenía la manía de sazonarlo y aliñarlo todo con latines.

Se había comido bien, en un saloncito reservado del Café de París, y en aquel momento fumaban, paladeando tranquilamente una copa de licor, mientras se conversaba con la formalidad y la franqueza que son atributos de la amistad verdadera y de la juventud.

—*Omnia saturatio mala, perdices autem pesima* — exclamó Pedro, cuyos ojos brillaban algo más que de ordinario tras de los cristales de sus lentes,—lo dijo Pedro Recio, el de Tirteafuera, y lo repito yo. Creo que la perdiz de M. Sempé, me va á dar una indigestion si no le echo otro poquito de chartreuse.

—De modo—continuó Carlos,—que ese pobre Jacobo anda mal, ¿eh?... ¿Y hay antecedentes de familia?

—No, que yo sepa—contestó Julio.—¡Pobrecito! Mucho me temo que vaya á concluir mal...

—¿Está muy abatido?

—¡Está muy extraviado!

—¡Eh! su extravío—dijo Fernandez,—acusa debilidad de carácter, sencillamente. Si su carácter estuviese á la altura de su inteligencia, otro gallo le cantara.

—¡Quién sabe!—objetó Pedro quitándose los lentes y volviendo á ponérselos con gesto completamente maquinal.—Ha de haber algo que no sabemos en su vida; quizá algún secreto doloroso, que él mismo se esfuerce por olvidar.

—Siempre le faltaría carácter—replicó Fer-

nández sacudiendo lentamente con el meñique la ceniza de su cigarro sobre el mantel.—La manera mejor de olvidar, es entregarse al trabajo, pero al trabajo de todas las horas, de todos los minutos...

Julio interrumpió:

—Yo comprendo hasta cierto punto esos abandonos. El trabajo intelectual no se asocia bien con las dificultades materiales. Se puede escribir con el corazón hecho pedazos, se puede estudiar con uno de esos dolores que marchitan el alma, pero es imposible estudiar ó escribir con los acreedores á la puerta.

—¡Bah! ¡los zuavos!—exclamó Carlos.—A mí poco me importan: ¡como que todas las noches, al acostarme, estoy convencido de que amaneceré rico!...

—*Spes nostra, salve!* — dijo Pedro irónicamente.—¡Tantos han llegado á viejos con ese convencimiento!... Pero tiene razón Julio; hay que ser benignos con los talentos rodeados de acreedores; son como la rosa brotada en un zarzal; su perfume es sólo para ella, y se malgasta tanto más cuanto mayor es la espesura de las espinas. Y no me explico tu acrimonia, Fernández; tú abandonaste joven aún la literatura, aunque todos te dijeran que tenías mucho talento y un gran porvenir... Eso también acusa falta de carácter.

El interpelado se agitó en su asiento, chupó repetidas veces su Cabañas, echó una bocanada de humo y dijo por fin:

—Es muy posible, si entendemos por carácter la testarudez, el empecinamiento...

—El carácter puede parecerlo—replicó Julio. —Cuando hay indomable vocación por alguna cosa, su cultivo á todo trance, ó sea el empecinamiento, la testarudez, como dice Fernández, es fuerza de carácter al mismo tiempo. Tú no tenías vocación por las letras.

—¡Indomable!

—¿Y cómo—preguntó Carlos, - tú que hubieras sido *eso que se llama una gloria nacional*, has podido desdeñarla y abandonarla? ¿Cómo no tomas ya una pluma, ni abres un libro?

—¡Me amputé!—dijo Fernández, usando de otro término y con un acento tal que nadie se sonrió siquiera.

Los cuatro callaron un momento, como bajo el peso de ideas amargas. Pedro, Julio y Carlos, en efecto, recordaban el brillantísimo estreno de su amigo en la literatura y en la prensa, y lamentando su silencio voluntario de tantos años, adivinaban que una causa oculta y poderosa lo había hecho renunciar á las letras para dedicarse al comercio, en que había levantado una fortuna al par de Román X., otro caso análogo al suyo; y aquel era justamente el momento de conocer esa causa misteriosa.

—¿Y por qué te amputaste, *imbécile!*—exclamó Carlos volviendo á hallar su sonrisa sarcástica de medio lado para reanimar la conversación que decaía.—Eso lo hacen los demás, ¡pero uno mismo!...

—Lo ha dicho Julio y lo has repetido tú: por-

que tenía talento y hubiera llegado á ser una gloria nacional, ni más ni menos...

—*Et sua modestia*—exclamó Pedro.

—No sé que tiene que hacer la modestia entre nosotros cuatro, ¿verdad, Julio?

—Hemos dejado los sobretodos, y con ellos las exterioridades en el guardarropa. Pero continúa, explícate; tener talento y ver la gloria accesible, no me parecen razones para abandonar el campo... así, á primera vista por lo menos.

—Es que considero el talento como una cualidad negativa, y desde el instante que lo comprendí de ese modo, no me detuve hasta arrancármelo, como órgano inútil y perjudicial, como un tumor que me deformara más bien. Hoy estoy conformado como los demás, no asombro ni llamo la atención de nadie, ni provoco resistencias como las provocaba con aquel enorme defecto. Soy igual á todos, es decir á todos los sanos, de quienes los enfermos pretenden burlarse llamándolos mediocres.

—*Aurea mediocritas!*

—¡Oh Pedro insoportable!—exclamó Julio.—Déjate de latín; estamos hablando seriamente.

—*Quid prodest?* ¿Quién gana con ello? ¿Para qué? No hay que hablar nunca en serio. *Omnia vanitas*, como dijo el otro, y la seriedad está desterrada cuando se charla *inter pócula*, como aquí. A propósito, dame otra copita de chartreuse.

—¡El diablo te lleve, vate endemoniado! Continúa Fernández, por favor.

—¡Mediocres! ¡Pero si ellos son los aptos para la lucha por la vida, si no tienen nada que les estorbe, nada que esté de más! Mientras que un hombre de talento, ¿saben ustedes á qué se parece? A esos toros á quienes se les pone una gran horquilla de madera en el cuello para que no puedan saltar los alambrados. Ellos tienen cerrados todos los caminos que se abren para los demás: no se emplean en la administración, no son capaces de entrar al comercio como se entra en él, comenzando por el principio, no se detienen á recoger el centavo que encuentran en la calle porque conocen su insignificancia exterior é ignoran su mérito oculto, su fuerza indomable; lo desprecian como vil, cerniéndose en las alturas del mundo moral é intelectual, y al hacerlo no recuerdan que tienen los pies en el mismo lodo que los otros hombres y, lo que es peor, que poseen un estómago que contentar, carnes que cubrir y que no viven solos, sino en medio de una sociedad exigente que los ayudará mientras parezcan no necesitar nada y que los abrumará con sus críticas y su maledicencia apenas sospeche la orfandad de su bolsillo y la vacuidad de su vientre. En suma: el talento es un parásito que sólo vive del trabajo del resto del individuo, y que al fin consume á éste y lo incapacita para la felicidad...— ¡Hay que extirparlo!

—*Sublata...*

—¡Déjanos en paz! Cuando cumplí los veinticinco años—acababa de publicar mi cuarto volumen y pertenecía á la redacción de...—me

detuve á hacer balance de mi vida. Pero no el balance del pasado; ¡qué importa el pasado cuando no se es criminal á los veinticinco años! Hice el balance del porvenir, y encontré que arrojaba pérdida, enorme pérdida. Me repugnan las maniobras políticas, esas reyertas de perros ante el plato de ración; soy incapaz de ir á la oreja de los hombres públicos: de los que estimo, por altivez, para que no se me atribuyan malas condiciones que no tengo; de los que no estimo por repugnancia, porque no admito ni la idea de un rebajamiento, de una relajación moral. Estaba, pues cerrado para mí, pero cerrado herméticamente, á piedra y lodo, el camino de la política; no había que pensar en él. Podía ser profesor, empleado... Para profesor tenía demasiada amplitud cerebral, tanta que era accesible á todas las teorías, enemigo jurado de la escolástica, capáz de romper con todos los programas y con todas las rutinas, vale decir inservible; además, dedicarme al profesorado era condenarme á la escasez durante la juventud y la edad madura, á la miseria luego. De mis libros no hablo; no había nada que esperar de ellos, porque los compra un número limitado de personas que son... justamente aquellos á quienes hay que regalárselos. De la prensa ¿qué me dices, Julio? ¿qué me escribes, Carlos? ¡Cuando uno podría comenzar á ganar en ella con qué vivir, ya está agotado, aplastado, reventado! ¿Un empleo? Tiene los mismos defectos del profesorado, y una canongía es una indelicadeza... Y hecho este balance

vino otro: la idea de la familia, de la esposa, de los hijos, porque no podía condenarme á vivir como un paria, y sus estrecheces, sus angustias, sus padecimientos... quizás su hambre! «No—me dije,—tienes un defecto orgánico que es necesario corregir cuanto antes, si no quieres ser toda la vida un lisiado.» Y lo corregí.

—¿Cómo?—preguntó Carlos.

—Muy sencillamente. Me presenté en la casa de comercio de... á quien había conocido y prestado algún pequeño servicio en el diario, y le pedí un empleo.

—¡Pero si usted no sirve para eso!—exclamó el comerciante— es la contestación obligada apenas tiene uno algún renombre.

—Tómeme usted á prueba—repliqué.

—Déjese de bromas y siga escribiendo, que esa es su carrera y no otra. Usted se perdería en el comercio.

—Se equivoca usted — insistí. — Tómeme á prueba; no pido otra cosa que lo estrictamente necesario para vivir, exigiéndole, eso sí, todo cuanto trabajo pueda. Tengo que olvidarme lo más pronto posible de que fuí escritor.

Me admitió en su casa, convencido de que se trataba de una veleidad, de que pronto iba otra vez á tender el vuelo; pero me puse en cuerpo y alma á la tarea, vendí mi biblioteca, renuncié al teatro y á los diarios, y cuando terminaba mis quehaceres—pronto acaparé casi todos los de la casa—me iba á caminar, á correr, hasta fatigar el cuerpo y caer rendido. Dependiente supernumerario primero, gané de

un salto el primer puesto, llegué á socio y hoy soy un hombre rico.

—Podrías hacernos partícipes... — exclamó uno, ya se sabe cuál.

—No, porque ustedes ya no son de los mios. Háganse de los míos. ¡Ampútense como yo!

—*Pœte non dolet!*

—¡Y ampútense bien! Las únicas pérdidas que he tenido en el comercio, las debo á las empresas complicadas en que me metieron los restos de mi talento, la herida no bien cerrada.

—Pero—dijo Julio, después de un instante, de silencio;—lo que acabas de hacer es justamente la defensa del pobre Jacobo; quizá se halle en tu mismo situación de hace diez años, y desalentado se deje llevar por la corriente.

—Yo no me dejé llevar; yo renuncié á un vicio que me perdía, el de la literatura, y maté mi talento. ¿Por qué no hace él lo mismo?

—Porque tendrá más que tú. ¿No decías hace un instante que el hombre de talento no sabe la materialidad de las cosas? Tú sabías... ergo como diría Pedro, tu talento era defectuoso... El... perseverará.

—Sí, y protestará de su derrota con sus desórdenes y al fin caerá herido de muerte.

—*Gloria victis*!—exclamó Pedro, cuyo latín fué esta vez aplaudido por todos.

Un terrible experimento.

Al Dr. Luis Mitre.

Meditabundo é inquieto, el doctor Menéndez se paseaba á grandes pasos con la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos cruzadas á la espalda y los ojos turbios, mirando hacia adentro de sí mismo. Caía la tarde, un rayo de luz rojiza daba tonos cálidos á los papeles esparcidos sobre el escritorio, y vagas penumbras indecisas y transparentes comenzaban á danzar en los rincones más alejados del balcón. Era la hora del diario paseo en que el doctor Menèndez refrescaba sus pulmones, daba ejercicio á los músculos y apaciguaba el cerebro despues del movimiento febril del trabajo. Pero aquel día no pensaba en salir.

Habíase ocupado desde muy temprano en redactar el capítulo «De la honradez en la moral moderna», uno de los más importantes de su «Homo», obra monumental, en seis grandes volúmenes que, como se sabe, aparecerá dentro de poco y simultáneamente en castellano,

francés, inglés, alemán, italiano y portugués... Pero no estaba satisfecho de la ejecución, aunque pudiera estarlo de los abundantes materiales que había utilizado para ella.

—¡Un poco más de brío, de elocuencia! se decía paseándose agitadamente en su despacho.

Recortes de periódicos y revistas, extractos de libros, comentarios y notas, todo el trabajo de diez años, hecho á lo Spencer, con rara proligidad, y luego ordenado y clasificado con admirable método, no le bastaba, le parecía ineficaz, descolorido para sus futuros lectores, árido como una demostración matemática.

—Me falta—seguía diciendo,—la observación directa, personal, vívida. Lo que suele dar interés arrebatador á ciertas novelas, lo que en un libro científico brilla y deslumbra, como una piedra preciosa. Sí... «La honradez es un »sentimiento artificial y siempre efímero, crea»do por las modificaciones que ha ido sufrien»do la sociedad, y mantenido por influencias »externas al individuo mismo». Impecable á la luz de la lógica y de la misma experimentación... Del hombre primitivo no hay que hablar: en él no existía la idea de honradez... En el hombre moderno es un incómodo postizo, que se echa á un lado á cada instante, como lo prueban todos los días los periódicos en sus noticias policiales, en sus ecos políticos, hasta en sus notas sociales... Pero esas pruebas no bastan para mi objeto, son aisladas, aparentemente intensas, pero «frías» como todo material de se-

gunda mano... Yo necesitaría un experimento sintético, claro como la luz del sol, caluroso como ella, fecundo como ella... ¡Una síntesis que fuese un deslumbramiento de evidencia!... Sí, pero ¿y cuál?...

Plantear bien un problema, es resolverlo: diez minutos después el doctor Menéndez iba haciendo volar los faldones de su manchada levita por esas calles de Dios, en dirección al estudio de su amigo el doctor Gómez, abogado de varias empresas de tranvías.

—Vengo á pedirle un gran servicio que le costará muy poco—le dijo, interrumpiéndole en la lectura de un voluminoso expediente.

—Comience usted por sentarse y ordene en seguida—contestó el doctor Gómez.

—No hay necesidad de sentarse ni de hacerle perder tiempo. Deseo colocar á un individuo de mayoral de tranvía, inmediatamente... Usted puede, sin dificultad...

—Sí... hay cientos de solicitantes, pero en este caso... ¿Cómo se llama el sujeto?

—Juan González.

—¡Muy bien!

El doctor Gómez garabateó una esquelita, le puso el sobre, y tendiéndola al doctor Menéndez:

—Aquí tiene usted—le dijo.—De su recomendado es inmediatamente el puesto, aunque haya mil candidatos con prioridad.

—¡Muchas gracias!—contestó Menéndez saliendo.—Esto ha de servirme también para mi capítulo «De la equidad.»

II

Aquel hombre de edad madura que salía tan de mañana envuelto en la luz difusa y como de ensueño de antes de amanecer, echando la llave con cuidado á la puerta del doctor Menéndez ¿era un mayoral de tranvía ó era el doctor en persona?... Para el que conociera á este último no habría lugar á duda, y bajo el pantalón raído y con flecos, el saco desteñido por el sol, el chaleco deformado por el peso del niquel en los bolsillos, los botines con recortes de paño de color, el pañuelito al cuello, la gorra de visera sobre la oreja y la cartera de marroquín negro colgando, terciada al hombro, el lector ilustrado y frecuentador de los centros científicos hubiera reconocido al sabio psicólogo, autor de «Homo» y otras obras no menos importantes, disfrazado de mayoral con la exageración en que suelen caer los que quieren las cosas perfectas.

Caminando de prisa no tardó en llegar á una de las estaciones de tranvía, presentóse á la oficina de inspección, dijo al encargado su falso nombre de Juan González, y recibió de él un número de latón, unas planillas, dos maquinitas cortadoras de boletas, un plumero y la orden de salir en el primer coche que estuviese listo.

—¡Ahora sí que vamos á ver!—murmuró el doctor Menéndez.—Creo que el experimento se hace con todas las precauciones y el rigor cien-

tífico exigibles...—Y se palpó los bolsillos del chaleco, llenos de monedas de niquel.

Un minuto después el tranvía echó á andar. Era uno de los de trayecto corto, en que el pasaje cuesta diez centavos. Y el experimento dió principio...

A las pocas cuadras subió un pasajero, un artesano, que dió á Menéndez una moneda de veinte centavos para que se cobrase. El falso mayoral le devolvió otra del mismo valor. El obrero se hizo el distraído y guardó la moneda.

Subió otro trabajador, dió justos los diez centavos. Menéndez le devolvió otros diez, como si la moneda hubiera sido de veinte. El trabajador se la metió tranquilamente en el bolsillo.

Siguieron embarcándose obreros, empleadillos de comercio, mujeres que iban á comprar al mercado con sus canastas, devotas que acudían á la primera misa, repartidores de periódicos, todo ese mundo especial que pulula en las horas tempranas y que luego no vuelve á verse hasta la tarde.

Y el experimento recomenzó en ellos, y siempre con el mismo resultado; ni un solo pasajero advirtió á Menéndez que se equivocaba.

—¡Bah!—se dijo el sabio regocijado por el sol que doraba ya las calles y le calentaba las espaldas.—Toda esta es gente pobre, necesitada hasta del último centavo, demasiado contenta de poder ahorrarse un gastito, demasiado perseguida también por las circunstancias que tienden este lazo á su honradez...

Pero aunque no diera exagerado valor á esos documentos, siguió aglomerándolos sin cansarse ni irritarse, impasible como el biólogo que estudia en su gabinete, sin opinión preconcebida.

Más tarde la clientela del tranvía comenzó á variar. Subieron y bajaron señoras, señoritas y empleados, comerciantes, niños que iban á la escuela, dependientes, mensajeros... ¡Trin!... ¡trin! repicaba sin descanso la maquinilla de las boletas, y la moneda pasaba de la mano del pasajero á la del mayoral, para volver sin merma á su punto de origen... No había excepciones.

—¡Cómo!—pensaba Menéndez—¡tengo cara de viejo, casi achacoso, mi ropa es miserable y sin embargo esta gente no tiene escrúpulo para aprovechar mi pretendida equivocación!... Nunca lo hubiera creído... Aunque puede que se digan que con el «degüello» he cubierto la falla de antemano, defraudando á la empresa, y que quien roba á un ladrón... ¡Bah! sigamos que la cosecha es buena, el día lindo y el aire libre me hace bien...

Después del descanso para almorzar completó la prueba en el público de todas clases que atestaba el tranvía. Dejó sin dar boletas á varios grupos de pasajeros. Nadie le llamó. En cambio uno de los inspectores que le revisaba la planilla murmuró guiñándole el ojo:

—Me debe cincuenta... Pero tenga cuidado, porque el «otro» es capaz de meterle un bochinche de órdago...

El inspector creía haberlo sorprendido en plena defraudación, y le vendía el silencio... muy barato.

Pero el hecho definitivo se produjo al terminar aquel día de labor extraordinaria, y cuando Menéndez iba ya á entregar el coche y rendir cuentas.

El tranvía estaba lleno de pasajeros, y una viejecilla que acababa de recibir ciento diez centavos á cambio de un peso, lo increpó violentamente, trémula de indignación:

—¡Mayoral! ¡Mayoral!...

Todas las miradas se volvieron á la vieja. Menéndez se aproximó con la mayor cortesía:

—¿Qué desea la señora?

—¡Mire, mire, so pícaro!—gritó á voz en cuello la pasajera, llamando la atención de los demás.—¡Me ha dado una moneda falsa de veinte centavos! ¡Es una desvergüenza! ¡Ustedes tratan siempre de aprovecharse de las pobres que andamos solas en el tranvía para estafarnos! ¡Pero lo que es á mí no me han de estafar, bribones! ¡Cámbieme la moneda, pronto!... ¡Y, no se crea! aunque me la cambie, me he de quejar á la administración para que lo ponga de patitas en la calle! ¡Salteadores!

—¡Tiene razón! ¡Es cierto! ¡Se aprovechan!—afirmaron varios de los que viajaban gratis, tomando partido por la vieja.

—¡Dispénseme, señora! ¡No lo hice de intento! —murmuró atónito el doctor Menéndez, cambiando la moneda falsa que él no había dado y

oyendo aún las vociferaciones de la arpía y el coro de los indignados pasajeros...

III

Derrengado, rendido pero contentísimo acostóse esa noche el doctor Menéndez. Tenía la nota pintoresca, vívida, elocuente para su capítulo de la «Honradez.»

De lo mal parada que saldría la humanidad en su «Homo» se le importaba un bledo: una de sus páginas sería un documento palpitante. Y hasta en sueños sonreía de regocijada satisfacción. No hay que extrañarlo: el sabio que encuentra un explosivo diez veces más poderoso que cuantos existían, ó un veneno diez veces más activo, rebosa también de júbilo, exactamente lo mismo que si hubiera dado con la panacea universal.

El aguinaldo de Rodolfito.

A J. Peralta Martinez.

I

—¿Qué quieres que te traigan los Reyes, Rodolfito?

El niño estaba montado en la rodilla del papá y hacía aquella tarde proezas de equitación que le hubiese envidiado un árabe del desierto para sus locas «fantasías», ó el gran Franconi, ó uno de nuestros gauchos pampeanos para sus no menos fantásticas domadas.

Al oir al padre detuvo de golpe su potro haciéndolo «rayar», miró de hito en hito al autor de sus días, luego á la mamá sentada al lado, y batiendo palmas exclamó:

—¡Ah! ¡es cierto que hoy es Nochebuena!

Sonriente, recapacitó un segundo, extendió las manitas abiertas sobre el pecho de su padre, deslizándolas hacia abajo y volviéndolas á subir, á modo de caricia, echó la cabeza atrás, y enumeró:

—Un sable... y un tambor... y un látigo... y un caballo... y...

—¡Pero, hijito! ¿Cómo quieres que los Reyes vengan cargados con tantísima cosa, cuando tienen tantos niños á quienes obsequiar también?—dijo el padre riendo.—Con una sola que pidieras sería suficiente, y aun así...

—¿No pueden traerme más que una cosa?...

—Nada más.

—¡Ah! entonces...

Y la hermosa cabecita rizada y rubia se inclinó, ocultando los ojillos azules y picarescos, la boquita roja, la nariz respingada del arrapiezo.

Meditaba profundamente.

La madre intervino cariñosa. Le daba miedo, un miedo terrible cuando lo veía así, pasando de la alegría más turbulenta á un mutismo caviloso en que su almita parecía viajar, transportarse, ir quién sabe dónde, allá por el cielo, acá por la tierra, pero siempre lejos, muy lejos de cuanto lo rodeaba:

—¡Vamos, niño! Contesta pronto. ¿Qué es lo que más deseas?... ¿Un sable?... ¿Un tambor?... ¿Un caballo?...

A cada una de estas preguntas Rodolfito contestaba que no con la cabeza, sin alzar los ojos, ensimismado y taciturno... Ya que era imposible pedir más de una sola cosa, sería necesario que fuese algo grande, excepcional, único...

El padre, que no tenía los mismos temores ó quizá la misma penetración intuitiva de su mu-

jer, miraba sonriendo al niño, y aguardaba tranquilamente su respuesta.

Por fin Rodolfito encontró lo que buscaba... Alzó la frente; brilláronle más los ojos, vagó una risita de felicidad por sus labios, y echando los brazos al cuello del padre gritó alborozado:

—¡Quiero... quiero un caramelo que nunca se acabe!...

II

Los padres se habían echado á reir. El doctor V**, sin embargo, cuando salió aquella noche á tomar sus precauciones para que los Reyes no fueran á olvidarse de Rodolfito, recordando á pesar suyo lo que él llamaba «visiones de su mujer,» iba pensativo por el camino que conduce á una de las jugueterías en que Melchor, Gaspar y Baltasar suelen tener sus conciliábulos antes de precipitarse à sus misteriosas y todavía inexplicables correrías por los techos de aldeas y ciudades, derramando juguetes y golosinas por los cañones de las chimeneas, hasta donde no hay ni chimeneas ni cañones... Y se decía:

—¡Un caramelo que nunca se acabe!... ¡Habráse visto ocurrencia!... Pero el chico es tan inteligente... y tan obstinado... Habrá que tratar de que se olvide; substituir su imposible antojo con algo que lo distraiga de él... Pero ¿con qué?... ¡Ah! ¡ya! llevándole todo lo que pidió primero se dirá que los Reyes no han oído su segunda solicitud... ¡Eso es!

Y ya resuelto caminó con más decisión hacia la consabida juguetería, punto de cita de los Magos que, como es notorio hasta para los niños menores, tienen entre nosotros el mismo encargo que el viejo Noel, San Nicolás, Santa Claus, que parece ser idéntica persona, etc., ect., en el viejo mundo y en el norte del nuevo. Porque, naturalmente, con un solo repartidor, ¿cuándo iba á bastar?

Pues, al dar las doce de la noche, la hora legendaria del reparto, el doctor V** estaba ya de regreso en su casa. Su mujer, que entró en el comedor al sonar la última campanada del reloj del Cabildo (todavía en aquel tiempo teníamos Cabildo con reloj), vió llena de alborozo en la chimenea, alrededor del zapato de Rodolfito, cosas que nunca, pero nunca hubieran podido caber en él!

Primero: un sable grandote, en su vaina de reluciente metal, ostentando rica empuñadura con dragona, tiros de charol de veras y no de hule, como algunos, y magnífica hebilla que, de lejos, y aun de un poco cerca, parecía de oro... Segundo: un estupendo tambor que á Rodolfito le alcanzaría á la rodilla, ni más ni menos, y de caja dorada cruzada por cuerdas para templarlo y destemplarlo, segun lo que se quisiera tocar... Tercero: un látigo, pero ¡qué látigo! ¡hubiérase dicho que era de ballena! una trenza de cuero blanco lo forraba hasta más de la mitad, y terminaba por un lado en un cabo negro, con pito, y por el otro en una azotera de piolín, de esas que restallan como cohetes,

cuando se saben manejar... Cuarto: un caballo, alto así, como un perrito, es cierto, pero ¡con una cola!... ¡con un cuero!... ¡con unas crines!... ¡No! ¡más grande no hubiera podido ser tan lindo!... Y quinto, sí, señor, ¡quinto y último! ¡la yapa! una gran caja llena, pero materialmente llena de toda clase de lápices de colores, de todos los colores, y en tal cantidad que con ellos se podría pintar muy bien toditas las paredes de la casa, y la mayor parte de las vecinas...

—¡Qué contento se va á poner Rodolfito!—exclamó la joven señora, conmovida sin saber por qué.

Y como los Reyes no andaban en aquel momento lo bastante cerca para agradecerles su generosidad, y como el agradecimiento y la alegría le rebosaban del alma, acercóse al marido y le dió el más sonoro y prometedor de los besos... Sé que los Reyes se lo tomaron tan en cuenta como si se lo hubiese dado á ellos mismos.

III

Contento, efectivamente, despertó Rodolfito, ya entrada la mañana, y sin aguardar á que lo vistieran, en camisón y descalzo precipitóse al comedor, y sus piesecitos sonaban en el piso encerado como palmaditas cariñosas en una mejilla...

El padre y la madre habían corrido tras él para gozar de su júbilo... Pero el niño revolvía

los juguetes, el sable grandote, el látigo magnífico, el resplandeciente tambor, el caballo que parecía vivo, la orgia de los lápices de color... y en nada se detenía... Buscaba algo que no era nada de aquello, por todos los rincones, hasta dentro del zapato, con afán, con encarnizamiento; y cuando se convenció de que no había lo que anhelaba, volviendo la carita mustia dijo desconsolado, entre pucheros, con los ojos húmedos ya:

—¡No está el caramelo!...

¡Qué horrible desencanto! La madre lo tomó en brazos, lo arrulló, lo besó una y mil veces, le enseñó los juguetes, describiendo y ensalzando todas sus imponderables cualidades y bellezas. ¡Nada! El padre tomó el tambor entre las rodillas, y se puso á tocar un paso de ataque con acompañamiento de pito... ¡Ni por esas! El niño se limitaba á murmurar dolorosamente:

—¡Yo quiero el caramelo que nunca se acaba! ¡Yo quiero el caramelo que nunca se acaba!...

Mamá le explicó que los Reyes habrían oído su primer súplica pero no la segunda: Rodolfito protestó, pues «entonces no le hubieran hecho decir que pedía demasiado;» la señora insistió observando que quizá no tuvieran los Reyes caramelos de esa clase; pero el niño no lo admitió tampoco: ¿acaso los Reyes, por intermedio del Niño-Dios, no son omnipotentes y no hacen todo cuanto se les antoja, hasta lo más imposible en apariencia?...

—¡Pues te voy á dar el caramelo!—exclamó

por fin la madre, creyendo que lo apaciguaría con un dulce cualquiera.

Y le dió un caramelo.

Apenas se lo había puesto en la boca Rodolfito, cuando recobró toda su alegría. Tomó los juguetes y comenzó ruidosamente à ejercer sus funciones: hizo de cochero, de tambor, de guardatrén, de domador, de pintor, y por último de general, y todo esto en el espacio de dos minutos cortos, pero con una habilidad, con una perfección tales, que si por allí pasa alguien necesitado de tan especialísimos servicios, no vacila un momento en confiarle algùn gran landó de gala, ó le encarga de la decoración de la Casa de Gobierno, ó le da á domar sus potros pur-sang, ó lo pone al flanco de una compañía de línea para que marque el paso de la marcha, ó le confía un ejército de las tres armas para que vaya á poner en vereda á los limítrofes mal educados...

Pero al terminar el segundo minuto, cochero, tambor, guardatrén, pintor, gaucho, general, todo, todo desapareció como un buen sueño, quedando en su lugar el cuerpecito inmóvil, como petrificado, y la cara afligida, llorosa y desencantada de Rodolfito... Y antes de que le preguntaran el por quė de tan repentino y violento cambio, exclamó con doloroso asombro, como un angelito que se hubiere caído de repente del cielo:

—¡Se me ha acabado el caramelo que nunca se acaba!...

Aquel horrible desengaño le costó una fiebre

y un amago de ataque á la cabeza; y en medio de sus pesadillas se le oía murmurar entrecortadamente:

—Yo quiero un caramelo que nunca se acabe... yo quiero un caramelo que nunca se acabe...

IV

Rodolfito—¡han pasado tantos años!—es hoy el doctor Rodolfo V**, dihno sucesor de su padre; ya no pone el zapatito en la chimenea, pero los hace poner; vive retirado, piensa mucho, hace todo lo bueno que puede hacer, sabe que en este mundo no hay dicha alguna completa, y no pretende hallarla. Soy uno de sus poquísimos amigos, y me consta que ha tenido muchas oportunidades de brillar y elevarse, pero que siempre las ha desdeñado. Hace ya tiempo, cierto magnate quiso conquistárselo, le ofreció el oro y el moro, le hizo entrever y hasta palpar el más halagüeño porvenir, la felicidad, toda la felicidad (de algunos), y se quedó atónito cuando le oyó murmurar, como hablando consigo mismo:

—Ni los Reyes tienen...

El magnate creyó que se le había aflojado algún tornillo por lo de reyes estando en república,—y lo mismo pasó á otra persona que ponderaba la felicidad de Rodolfo en su presencia, y á quien éste replicó:

—¿No lo sabe usted?... ¡Pues yo tengo la triste, la dolorosa experiencia de que no hay cara-

melo que nunca se acabe! Lo supe muy temprano... El hombre comienza por pedirlo y no se lo dan; lo busca luego afanoso y no lo encuentra... Se convence, por fin, de que no existe, y entonces... lo demás para èl son zarandajas.

Los amores de Fausto.

A Emilio Becher.

El café apestaba á humo de cigarro y á exhalaciones alcohólicas; la llama del gas oscilaba, medio ahogada, en la atmósfera densa; un murmullo ensordecedor subía de las mesas cargadas de vasos y rodeadas de bebedores.

—Ya estás borracho, Fausto—murmuré viéndole contemplar con ojos vidriosos la copa de ajenjo con cambiantes de iris.

Tosió una risita sarcástica.

—¡Ham, ha ha...!

—Sí, y con ello pierdes tu porvenir, malogras tu suerte. ¡Oh! no es sermón. Pero tienes años hermosos ante ti, y en vez de mirarlos te enturbias la vista con el alcohol... ¡Estás ebrio, completamente ebrio!

Me miró apretando los ojillos en que la luz del gas vibraba reflejos de talco.

—¿Y tú?—me dijo.

—¡Yo!

—En la relatividad de la vida tan borracho

estás tú como yo. Y si no ¿qué es la ilusión? ¿Qué es la esperanza, sino una completa borrachera con chisporroteos efímeros de champaña?... Tú tienes esa borrachera sin buscarla, y yo me fabrico la mía porque no tengo otra: esa es la diferencia... Yo no aspiro á nada que crea positivo, mientras tú corres detrás de lo que nunca será positivo, aunque creas que lo es. Tú tienes lo que se me ha acabado: la ebriedad de la sangre que hierve en las venas. Yo busco en el licor que agita el cerebro, lo que naturalmente pone al tuyo en movimiento. Y mientras que el ensueño provocado sólo produce en mí, al día siguiente, un poco de amargor en la boca y un poco de pesadez en la cabeza, el tuyo, espontáneo, te emblanquece y te quita hebras de cabello, y te da con el desengaño la desesperanza...

Friné pasaba, hermosa como nunca. Me sonrió. Su gesto lánguido me hizo comprender que había llegado la hora...

Corrí tras ella dejando á Fausto medio dormido, de bruces sobre la mesa.

—¡Bah!—me dije.—¿Es esto un ensueño, acaso? ¿No toco la más hermosa de las realidades?

Y esa noche pasó entre deleites inmortales, y al día siguiente hallé de nuevo á Fausto, junto á la misma mesa, mirando un rayo de sol tibio y alegre al travésdel ópalo de su ajenjo.

—¿Y Friné?

—Por fin tuve en mis manos esa copa de deleites. ¡No! ¡La gloria del cristiano en el paraíso

no puede compararse á la caricia suprema de esos brazos de terciopelo blanco!...

Fausto se rió, como con lástima.

—Poca cosa, poca cosa—murmuró bamboleando la cabeza pesada ya de alcohol.

—¿Alguna conquista tuya?...—pregunté burlándome.

—¡Bah! Anoche me aguardaba Margarita, mientras Ofelia, loca de amor, deshojaba sus flores en mi ausencia...

Bebió de un sorbo el resto de la copa, recorrió triunfalmente de una mirada el café entero, apoyó luego la frente en la palma de la mano, y se marchó allá lejos, muy lejos, más lejos todavía, á realizar conquistas imposibles en el mundo fantástico del ensueño...

Mujer de artista.

A la Sra. Justina. L. de Molinari.

Era más de media noche, mucho más. En las calles no se oía ruido alguno, la casa estaba profundamente silenciosa. Sólo, de vez en cuando, el sordo rodar de un carruaje sobre el empedrado. Frío agudo, cielo azul profundo en que las estrellas titilaban incansables...

El, en su cuarto, la miraba dormir, tranquila, en el lecho caliente, allí donde no alcanzaba la luz de la lámpara dirigida con fuerza por la pantalla sobre un montón de papeles en el escritorio revuelto.

Se había detenido porque le dolía la mano, de hacer correr la pluma durante tantas horas, sin descanso, y porque sus ojos fatigados duplicaban las líneas de lo escrito é interponían una niebla vaga é impenetrable entre él y las garabateadas carillas. Pero, notando que el sueño lo vencía y que la cabeza pesada estaba á punto de caerle sobre el pecho, se levantó y se lavó con agua helada, largamente, hasta tiritar en

la habitación tibia por el encerramiento y el humo de los cigarrillos, repuestos sin intervalo alguno.

El ruido inusitado que hizo no la despertó; volvió entonces á la mesa y se puso á escribir, febril, con los ojos bien cerca del papel; y los renglones brotaban de su pluma, uno tras otro, con rapidez vertiginosa, mientras la mano izquierda, apoyada sobre el margen de la carilla, le temblaba nerviosamente.

De pronto se interrumpió. No podía más. El estómago le gritaba, implacable; el cerebro, como coagulado, se negaba á producir una sola idea; la mano, entumecida, no podía continuar sosteniendo la pluma; en la base del pulgar sentía una punzada agudísima y continua; la luz de la lámpara le parecía menos intensa, el cuarto más frío cada vez, la tarea más penosa, más imposible de terminar.

Al retirarse de la imprenta, le habían encomendado aquella monografía «para el día siguiente bien temprano» sin detenerse á pensar en su extensión, sin tener en cuenta que, aun descansado y no después de tantos días de fatiga extraordinaria, le hubiera sido imposible llevarla á cabo.

—¡Oh!—pensaba,—escribir, escribir siempre, sin tregua, sin descanso, como máquina, para ganar apenas con qué sostenerme, con qué sostenerla...

Y recordaba su vida, tantos años atado á la mesa de las redacciones, clavado frente al escritorio en su casa, haciendo brotar carillas y

carillas que se convertían en arroyo, en río, en mar, en océanos de papel escrito, mal ó bien, con el alma primero, con la cabeza después, con la mano, únicamente con la mano ahora que la miseria le tenía en zozobra continua, rotas sus ilusiones, desvanecidas sus esperanzas, amargamente convencido de que todos los caminos se cerraban para él...

Se levantó en un rapto de ira:

—¡No trabajo más! ¡A la buena de Dios!—exclamó.

Tambaleando como un ebrio acercóse á la cama en que dormía su esposa, y apoyándose en la orilla le dió un beso en la frente.—Ella despertó por la sensación eléctrica que aquellas caricias producían en su alma, más que por haberlo sentido materialmente.

—¿Ya acabaste?—preguntó con dulzura.—Pobrecito, ¡cuánto trabajas!

—No, no he acabado. No puedo más. La pluma se me cae de los dedos. He perdido la atención. ¡Estoy muerto de cansado!...

—Acuèstate—murmuró María.—Mañana terminarás.

Y estas palabras insignificantes semejaban el eco de un cántico de amor, aunque la esposa supiera que no terminar aquel trabajo era condenarse á muchos días, quizá meses, de inacción—de miseria y sufrimientos en consecuencia.—Sobrevendrían las dificultades con el casero, agrio ya y exigente; con los proveedores, con todo el mundo... el martirio de tantos años, recrudecido otra vez. El lo pensó también, y su

decisión de no seguir trabajando desvanecióse, ahuyentada por el amargo remordimiento de aquella vida de sacrificio que no era la suya, y que por su culpa se arrastraba así, cuando debía ser un manso vuelo...

—No, no me acostaré. Ahora estoy mejor. En un ratito acabo.

María le echó al cuello los bracitos blancos, desnudos, se incorporó en el lecho y le besó la boca apasionadamente, sin decir palabra. El volvió al trabajo, y dos lágrimas—¿de qué? ¿de ira, de angustia, de compasión, de desconsuelo?—le rodaron por las mejillas apenas inclinó la frente sobre el papel. Un leve ruido lo distrajo. Volvió la cabeza y vió á su mujer vistiéndose de prisa, con los ojos enrojecidos de sueño.

—¿Qué haces?

—¿No ves? Me estoy levantando para acompañarte. Haré té, y verás que pronto concluimos.

—¡Qué locura! ¡Acuéstate! Te vas á resfriar...

Ya vestida, se acercó sonriendo, besólo de nuevo en la frente, de la que había desaparecido la arruga fatal de la desesperación, y se puso á hacer el té...

El siguió trabajando, trabajando casi con entusiasmo, y cuando María le llevó la taza del hirviente brebaje, pasóle el brazo izquierdo por la cintura, la oprimió sobre su corazón, y continuó escribiendo con un velo tibio en los ojos, y hasta le pareció que tenía claro el cerebro, la mano firme, ancho el pecho, y que allá en su

interior vibraba no sé qué divina canción que le infundía fuerzas y esperanzas, regocijadas esperanzas...

Y así estaban los dos, todavía, cuando la gran ciudad, indiferente á todos los padecimientos, á todas las luchas, á todas las miserias, á todos los dramas que no sean ficción, comenzó á despertarse envuelta en su manto de neblina y en la claridad lechosa y azulada de las mañanas de invierno...

Celos.

A Joaquin de Vedia.

I

Crispín era un pobre hombre: su mujer lo había hecho cornudo y sus congéneres desgraciado. Humilde, en su oficio de zapatero, doblado sobre el banquillo, trabajaba desde el amanecer hasta la noche para reunir centavos. Y reunía centavos: pocos centavos, naturalmente... Tres hijos tenía, tres de diferentes pelajes, y no le daban sus hormas espacio para acariciar al primero, el auténtico... Sonreía á los tres por encima de sus anteojos, y se daba dos minutos para abrazar á su mujer, cuando ya no podía más de fatiga, después de la cena y del gran vaso de vino carlón... En torno se burlaban porque Ernesta era bonita, de largos cabellos rubios, presumida y relativamente joven. La vecindad, dada á los escándalos, escarnecía aquella candidez y le confiaba sus zapatos viejos para que les pusiese medias suelas. Y co-

rrían los meses iguales, el manso claveteaba y cosía y engrudaba, con los ojos tristes tras de los anteojos turbios.

Y pasó el tiempo. Pasó...

II

—Ahora que somos viejos y que ya nada puede importarme, ¿has sido... infiel alguna vez?

Ernesta, bajo su copo de algodón, rió con la boca desdentada. Hubiera reído, sarcástica, largo rato.

—Don Pedro fué uno... el que más...—dijo él.

—¡Aaaah!—contestó confiada y burlona la boca vieja.

—Y Luisito...

—¡Oooh!—carcajearon los labios sobre el hueco sonoro.

Y no hubo más, porque el martillo que ablandaba la suela había ido á romper el cráneo, ya sin la antigua ègida rubia, guarnecido sólo por la helada è insuficiente defensa de las canas...

III

—Y usted la mató...—decía el juez.

—Con estas manos, sí, señor.

—¿Y por què lo hizo?

—Por celos, señor—contestó humildemente.

—Tiene usted ochenta y dos años...

—Así es...

—Ella tenía más de sesenta....

—Es verdad.

—Y si es así, ¿qué temía usted?

Crispín permaneció un instante en silencio. chispeáronle las pupilas bajo los párpados sin pestañas, levantó la cabeza, vagó amarga sonrisa por los pellejos de su rostro, y exclamó:

—Yo no temía... ¡me acordaba!...

La amargura del loco.

A Godofredo Daireaux.

I

La sencilla historia de Pascual Patricio Pacheco, tiene el don de conmoverme; no tendrè yo, por desgracia, el de transmitir esa emoción demasiado inmaterial.

Joven de saber é inteligencia, lleno de aspiración y de nobles emulaciones, dado á los graves estudios, escritor notable ya, orador brioso y elocuente, comenzaba á figurar y triunfar en medio de una generación anterior á la nuestra, que ha dado muchos hombres brillantes al país. Y él hubiera sido uno de los más brillantes. Pero, orgulloso de su cerebro, ambicioso de conquistas cada vez más grandes, de èxitos cada día mayores, adivinando que en la lucha es necesario poseer una fuerza incontrastable, y que ni aun así se está seguro de no ser vencido, sometió la delicada máquina á esfuerzo tan excesivo y continuado que un día, repenti-

namente, el desequilibrio incurable se produjo...

Aunque anonadada por el tremendo golpe, la familia vislumbrando una probabilidad, siquiera, de curación, ocultó á todo el mundo el medio heroico de que para ver de conseguirla, había tenido que echar mano: encerrar á Pascual Patricio Pacheco en el manicomio...

La demencia que lo hirió como un rayo esparció á los cuatro vientos muchas hermosas flores de esperanza arrancadas antes de cuajar, y los que conocieron aquel infortunio y leen hoy el nombre del desdichado, bajo su transparente pseudónimo, saben cuán honda impresión produjo aquella catástrofe intelectual. Muchos la ignoraron largo tiempo...

II

El no la ignoró sin embargo, y esa fué la implacable crueldad del destino.

Tenía momentos lúcidos en que podía medir todo el horror de su noche, de su larga y tenebrosa noche.

Una amargura infinita le anudaba la garganta, le oprimía el corazón, le llenaba los ojos de lágrimas de dolor y de impotencia.

Las primeras veces creyó que el intervalo de lucidez se prolongaría, perduraría, sería la salud del cerebro recuperada para siempre... Consideró exagerada prudencia no abrirle las puertas de par en par para que volviese al mundo... Y aguardaba tranquilo la libertad,

hasta que de pronto volvían á producirse las tinieblas... Más tarde ya no pudo forjarse ilusiones: los accesos lo sepultaban, lo sepultarían siempre, la vida entera, en un abismo del que salía, ¡quién sabe cuánto tiempo después! sin un recuerdo, sin una impresión, como quien despierta, como quien renace.

Para olvidar su tremenda desgracia, para contener la desesperación que en esos momentos lúcidos hubiera hecho de él un loco furioso, trabajaba, escribía—aprovechando sus vastos conocimientos,—un tratado de economía política á cuya tarea dedicaba todas sus horas, hasta que el fatal desequilibrio se producía otra vez... Y así ¡cuantos años como eternidades!...

III

Entonces ya no era el estudioso, el observador. Libre de toda traba reguladora, como una máquina sin volante, su pobre cerebro comenzaba á girar vertiginosamente en un torbellino, pero sin salir de su eje,cual si tratara de demcstrarnos que un movimiento más acelerado, nada más, separa la sensatez de la locura...

Pascual Patricio Pacheco llamábase entonces á sí mismo el hombre de lastres P. y se proclamaba descubridor de las tres «Ciencias del Poder», una por cada P de su nombre... Estas eran: la teoría de la suspensión, la sinalagmática y la reversión de los átomos.

Merced á la primera, afirmaba que podía elevarse á voluntad, salir de la atmósfera, viajar

ae astro en astro, y su cerebro enfermo fingíale la realización del fenómeno y su imaginación viajaba por los espacios siderales,por mundos desconocidos è inaccesibles, seguida de sesenta trenes conductores de la biblioteca que él había escrito, encerrando en sus volúmenes toda la suma del saber humano... ¡Símbolo extraño de su aspiración intelectual: saberlo todo, penetrarlo, tocarlo todo!

Su sinalagmática le permitía transformar recíprocamente las cosas: el río en una torre, y la torre en un río, al propio tiempo. Y sus alucinaciones le demostraban la evidencia de ese poder.

Con la reversión de los átomos, todo daba vuelta, obediente á su voluntad, y así podía ver la faz oculta de las cosas y conocer hasta el fondo de las almas...

Como demente la felicidad era suya, tenía la satisfacción de la casi omnipotencia...

Pero cuando el loco cedía el puesto al hombre sensato, cuando la máquina intelectual moderaba su marcha vertiginosa, ¡qué amargura terrible y atenaceadora, ante la impotencia casi total también!...

IV

Y tenía el pudor de su desgracia, una vergüenza invencible que, cuando entraban extraños al manicomio y él se hallaba en sus momentos lúcidos, lo obligaba á ocultarse, á huir de las miradas curiosas è inquisitivas... Escon-

día su desequilibrio mental, como se esconde un estigma, su dolor como una llaga infamante.

Pero ocurrió un día que, hallándose en el patio, de espaldas á la puerta de entrada, al volverse vió al Dr. Ricardo Gutirrez, su ex-condiscípulo, llevado al manicomio por las exigencias de la profesión, y que, reconociéndolo é ignorando su infortunio, se dirigió á él, con la mano tendida para saludarlo.

¿Qué pasó entonces por la cabeza de Pascual Patricio Pacheco? Debió pensar en huir, y darse cuenta de que ya no era tiempo, pues miró á todos lados antes de ir á estrechar la mano del doctor Gutierrez.

—Hola, mi querido doctor—le dijo—¿qué viene usted á hacer «tra la perduta gente, tra l'eterno dolore»?

—Gajes del oficio, amigo Pacheco, ¿y usted?

El pobre hombre de las tres P., que para saludar al amigo había fingido un aire despreocupado, aunque melancólico y entristecido, como cuadraba al sitio, se quedó perplejo, angustiado con aquella pregunta. ¿Diría simplemente: «estoy loco.» ¿Después de sufrir la tortura de la demencia ¿tendría que consumar el horrible sacrificio de revelarla á un extraño, á un condiscípulo, á un testigo de sus triunfos, á uno de sus mismos admiradores de otros tiempos?...

Y con esta dolorosísima perplejidad su rostro no tuvo que fingir la expresión de la pena, cuando dijo su vergonzante mentira, inútil—

bien lo sabía él,—pero que le ahorraba el tormento de que sus propios labios pronunciaran la tremenda palabra...

Y la mentira vibró,en las notas bajas de la angustia.

—Una inmensa desgracia doctor... Un hermano... loco. Aquí lo tenemos, y aquí estoy yo también encerrado... ¡Oh!... voluntariamente... para asistirlo.

¿Creyó ó no creyó el médico poeta? ¡Quién sabe!... Si no había creído, si había adivinado la verdad, fuė muy piadoso y muy noble, al contestar al infeliz demente, estrechándole ambas manos.

—Tiene usted, mi querido Pacheco, tanto corazón como talento, y es raro. ¡Esas cosas no suelen andar juntas!

V

El infeliz corrió en seguida á encerrarse, y ya no se atrevió á salir, de miedo de encontrar otros conocidos. Aquel contacto con el mundo ėxterior, le había hecho ver más claro aún, el espantoso abismo en que se hallaba, haciendo más inmensa su amargura.

Fuė el ermitaño, el voluntario «emparedado» del manicomio...

Estar loco, y saberlo, es como estar enterrado y vivo...

Inmigrantes á bordo.

A José León Pagano.

A bordo del «Pelagus» 14 de Diciembre de 1903.

Mi querido amigo: Mañana, por fin, vamos á desembarcar, con dos días de atraso, y entonces echaré al correo esta primera carta que te escribo, todavía bajo la impresión de terribles emociones.

Mi pasaje de tercera me dió un sitio entre cuatrocientos cincuenta pobres diablos como yo, que llenan el entrepuente convirtiéndolo en una especie de plaza de aldea en día de mercado, pero sin aire, ni luz, ni alegría. Está rebosando de hombres, mujeres, niños, en revuelta confusión, que hablan todos los idiomas, exhalan todos los olores, visten todos los harapos... No te puedes imaginar lo que una persona medianamente educada, por mucho que sea la amplitud de su espíritu, padece en lo físico y lo moral durante uno de estos viajes dolorosos y deprimentes. Mis compañeros mismos, aunque en su mayoría hechos á la mise-

ria, se sienten rebajados de su dignidad de hombres, y se rebelan instintiva é inconscientemente contra ello, manifestando la protesta con su irritabilidad y mal humor.

Considérame en este hacinamiento humano, entre multitud de mareados que en un principio aumentaban minuto por minuto, con las apreturas, la falta de aire, el hedor, el contagio inevitable por la excitación y luego depresión de los nervios... En los primeros días yo no podía estar sino en el puente, echado de bruces sobre la borda, mirando el mar, bebiendo la buena brisa del Océano, hasta que la fatiga me obligaba á ir á acostarme abajo, en aquellas mazmorras de madera, en que las camas parecen obscuros estantes para mercancías sin valor, desperdicios de humanidad... Pero no podía quedarme mucho rato: apenas me despertaba cualquier ruido, cualquier movimiento, semi-asfixiado por aquella atmósfera gelatinosa, irrespirable, corría á cubierta y me bañaba en el viento, como para sacarme una pringue que me cubriese de pies á cabeza. Mis pobres compañeros, anónimas reses de aquel rebaño encajonado, sufrían también, y en medio de la noche, entre ronquidos y respiraciones anhelosas, sonaba de vez en cuando algún terno sofocado, alguna imprecación, algún juramento...

Así navegamos varios días, sin poder acostumbrarme á tal suplicio, cuando de repente empeoró nuestra situación sorprendiéndonos una terrible tempestad... El barco amenazaba

á cada instante hundirse en el mar para no reaparecer. Las olas rompían sobre el puente, con verdadero furor, cataratas intermitentes y repentinas que se precipitaban con el estruendo de un estampido, arrebatando cuanto había sobre cubierta. Era casi imposible mantenerse allí, pero, abajo, con los ojos de buey cerrados y los ventiladores insuficientes, la permanencia era una tortura intolerable. Por eso, desdeñosos del baño continuo y del peligro inminente, muchos pasajeros de tercera, y yo entre ellos, preferimos quedarnos arriba, nerviosamente asidos de los cabos, de los pasamanos, de todo cuanto presentara un firme punto de apoyo. Las olas que entraban por la proa y llegaban hasta más de la mitad del trasatlántico, en forma de torrente furioso, nos envolvían empapándonos, y sus espumarajos pasaban sobre nuestras cabezas, haciendo que el puente y todos sus accesorios, mástiles, chimeneas, ventiladores, chorrearan agua como bajo una lluvia diluviana. Pero aunque á cada momento podíamos ser lanzados, cual por una catapulta, á la inmensidad del Océano negro como tinta, muchos preferíamos el peligro al aire libre, á las angustias de la asfixia... Pero la situación fué haciéndose insostenible, la lucha para mantenernos y no ser arrebatados agotaba rápidamente nuestras fuerzas, y uno por uno, mis compañeros comenzaron á bajar derrotados... Quedábamos los más fuertes, los que más odiábamos el encerramiento, cuando el comandante ordenó:

—¡Todo el mundo abajo!—al ver que una nueva partida de inmigrantes subía á respirar, á despecho del peligro.

Varios marineros, dirigidos por el contramaestre, nos arriaron como ovejas hacia las escotillas, obligáronnos á bajar, pese á nuestras protestas, y cerraron herméticamente, para que no nos fuera posible volver á subir.

¡Qué te diré! Aquello fué un horrendo martirio que nadie describiría sin ser tachado de exageración, y que yo no puedo pintarte en estos cuatro renglones escritos sobre las rodillas. Imagínate cuatrocientas cincuenta personas vivas, amontonadas y clavadas en un solo ataúd con que se entretuviera una turba de sacrílegos gigantes jugando à la pelota ó al foot-ball. ¡No te sonrías! la comparación será extravagante, pero la situación era terrible.—Los cabeceos y los rolidos del inmenso *Pelagus*, eran tales que nadie lograba mantenerse en pie, y todo, personas y objetos, rodaban mezclados en la infernal zarabanda, dándonos unos contra otros y causándonos contusiones y lastimaduras...

Las mujeres rezaban aterradas y desesperadas; los niños lloraban; los hombres nos mirábamos unos á otros, cambiando á veces á gritos, nuestras amargas reflexiones. Un niño de pechos, en brazos de su madre, golpeó una columna de hierro con la cabeza, abriéndose ancha y sangrienta herida. Esto aumentó el pavor y la consternación. Nadie pensaba en comer, ni en dormir, ni en otra cosa que en la

catástrofe inevitable al parecer, tales eran los espantosos tumbos del navío.

Las exclamaciones, los gritos de espanto, aumentaban de minuto en minuto. El ambiente era irrespirable, la ansiedad mortal ..

De repente—y hacía más de veinticuatro horas que estábamos en aquella tumba sin que la tempestad amainara,—de repente nos sentimos levantados en el aire, con buque y todo, á una inconcebible altura, y volvimos á caer, con la respiración detenida y latièndonos atrozmente las sienes, á una profundidad que nos pareció inmensa. Y á aquel salto mortal sucedieron otros desordenados y terribles movimientos, arfadas espantosas, rolidos tan grandes que el vapor se tumbaba, ora á un costado, ora á otro... No, no puedes imaginar aquellos trances que, para mí, no han tenido igual en la vida entera.—Sabes, que no temo la muerte... sin embargo, en esos momentos temblaba, más por *zozobra* materialmente física, que por sensación moral de miedo, pues te aseguro que casi ni pensar podía... Después de la espantosa sacudida, se alzaron algunas voces llenas de terror:

—Le bateau coule!—gritó un francés.

—Goddam!—imprecó un inglés.

—Madonna mía!—suplicó una italiana junto á mí con acento desesperado.

Y en lugar de extinguirse, esas voces fueron creciendo, otras se les incorporaron, y luego otras y otras más, hasta que aquello se convirtió en un clamor inmenso, tremendo, inaudito,

que hacia retemblar las maderas del entrepuente, sacudidas ya por el oleaje... Y al propio tiempo se producía un atropellamiento, una avalancha de personas hacia las escotillas, para tratar de salir de su cárcel, de ir á morir viendo siquiera el cielo tormentoso, seguros del inevitable naufragio. Pero aquel empuje terrible resultó inútil. Las escotillas estaban sólidamente cerradas por fuera. Al comprenderlo redoblaron los clamores. Yo me había apoyado en una columna del centro del entrepuente, y miraba la escena á la luz turbia, que resultaba siniestra, palpitante de los fanales, pero resuelto á quedarme allí para no ser deshecho por aquella tromba humana.

Alguien encontró una palanca, otros se proveyeron de barretas, sacadas quién sabe de dónde, y enfurecidos de desesperación comenzaron á golpear violenta y redobladamente las escotillas, para hacerlas añicos y salir... ¡Qué cuadro! Algunas mujeres, petrificadas, sollozaban amargamente, con grandes sollozos; otras lanzaban ayes lastimeros; otras, unidas á los hombres que asaltaban las escotillas, animábanlos con grandes gritos. La madre del niño herido estaba de pie, muy tiesa, totalmente incrustada en un ángulo, con el hijito en brazos, el cabello negro caído en dos mechones lacios y perpendiculares á los lados de la cara, y los ojos tan abiertos y tan fijos, mirando sin ver, que parecían habérsele salido de las órbitas.

Los clamores y los golpes llegaron á ser tan terribles —según he sabido después,—que los

pasajeros de cámara los oyeron á pesar del fragor de la tempestad, y aterrados, temiendo un asalto de aquellas criaturas dementes si llegaban á violentar su cárcel, se encerraron en los salones y en los camarotes, haciendo barricadas en las puertas con cuanto encontraban, y teniendo que rehacerlas cien veces, pues á cada golpe de mar, á cada tumbo del barco, todo rodaba, yendo á chocar con furia contra los tabiques, las columnas, las escalas, aumentando el pánico general.

Allá abajo, cansados los primeros asaltantes, otros los relevaban en seguida, continuando con rabia su trabajo de destrucción pero sin conseguir que las implacables escotillas se conmovieran. La falta de herramientas adecuadas, la incoherencia del esfuerzo y la solidez del cierre, hacian inútiles sus titánicos forcejeos...

Te lo habré dicho todo cuando añada que este drama terrible duró otras veinticuatro horas largas, lo mismo que la tormenta que nos había hecho su juguete y que no amainó hasta el tercer día... Por último, al ver que el barco no se hundía, que la muerte no llegaba, que los movimientos de las olas iban aplacándose poco á poco, el sosiego comenzó á reconquistar lentamente los enajenados espíritus. Por fin, al tercer día de estar á la capa, el *Pelagus* pudo seguir su derrotero, y poco después se abrían las implacables puertas de nuestra prisión... Una olada de hombres, mujeres y niños, se precipitó al puente con tanto ímpetu como si aún se tratase de escapar á la muerte... Así de-

be huir la multitud en un teatro incendiado... Abajo no quedó uno solo de los pasajeros. Yo salí el último. Me detuve un momento á examinarlos: todos estaban horriblemente demacrados, como si acabaran de salir de una larga enfermedad mortal y comenzaran apenas á convalecer. ¡También, la verdad que la angustia es una enfermedad terrible!...

Y ahora que te escribo estas líneas, que quizá no aciertes á descifrar, llega á mis oídos el resuello de satisfacción de los magníficos *pur-sang* que vienen á bordo. Hace un rato me asomé á mirarlos. Gordos, relucientes, con la mirada viva y las narices abiertas al aire del mar, nada han sufrido con tantos trajines.

Cada uno llevaba un ayuda de cámara á su lado. También es cierto que su pasaje cuesta mucho más que el nuestro, y que el dinero hace desaparecer todas las jerarquías, aun entre especies zoológicas...

Drama Vulgar.

A Martiniano Leguizamón.

Horas hacía que avanzábamos lentamente, arrastrados por dos robustos caballos hechos ya á aquellas inusitadas fatigas á bordo del extraño vehículo, mezcla de bote, trineo y carro, sobre la inmensa, la implacable sábana de agua con que la inundación cubría los feraces campos del Este de la provincia de Buenos Aires, en una extensión de mil leguas cuadradas.

Nublado y ceniciento estaba el cielo, y una luz difusa reinaba en el ámbito silencioso, entristeciendo más el monótono paisaje.

Bajo el toldo de breack agregado á la popa de la embarcación hecha con simples tablones de pino, planos en el fondo, arqueados en las bordas para formar una á modo de proa, y rectos en la parte de atrás, como si se tratase de un cajón ó una batea, Julio y yo sentados en un banco cubierto con nuestros ponchos, navegábamos en dirección á los mèdanos que corren á lo largo de la costa del Atlàntico, jun-

to á la ensenada de Samborombón. Pancho, mocetón criollo de dieciocho años, manejaba la yunta, sentado en una tablita en el espacio triangular de la proa, y apenas llegábamos á algùn albardón en que la poca profundidad del agua permitía emprender el trote, veíamoslo envuelto en una aureola de luminosas y fugaces salpicaduras.

Nos habíamos cruzado con uno que otro vehículo semejante al nuestro, y con varios botecitos manejados á botador y hasta á vela; los pobres que no pudieron huir habían debido adaptarse á aquel medio anormal, y los hacendados más ó menos pudientes no podían alejarse mientras quedara un esfuerzo que hacer para salvar los comprometidos restos de sus haciendas.

El afán de hacer una tentativa más en tal sentido, era lo que conducía á Julio á su estancia del mèdano. Yo lo acompañaba como simple turista, deseoso de ver de cerca la extensión de la catástrofe.

La conversación, animada en un principio, fué decayendo á medida que nos alejábamos de Dolores internándonos más en aquella desolación, hasta que, por ùltimo, guardábamos completo silencio. Aquella tranquila, aquella plácida crueldad de la naturaleza, infundíanos una especie de terror vago è íntimo que oprimía el corazón y anudaba la garganta.

Todo el campo, hasta donde alcanzaba la vista, hasta la línea indecisa del horizonte, esfumada por tenues vapores, á la derecha, á la iz-

quierda, adelante, atrás, ofrecía el mismo aspecto presentando apenas uno que otro accidente topográfico, la espalda verde claro de alguna lomada libre todavía, ó la mancha negruzca de algún albardón, pisoteado y enlodado por los animales refugiados en él para prolongar su agonía. El agua, hipócritamente oculta bajo el «camalote» verdoso ó rojizo, había nivelado todo lo demás, con su rasero implacable y devastador. Sólo aquí y allá, revelando la posición de una casa, un puesto ó un simple rancho, veíanse como suspendidas entre cielo y tierra las copas de algunos árboles, azules á la distancia. Del «camalote», de entre los juncos, de los espartillares, salían volando bandadas de patos, blancos cisnes, presuntuosas gallaretas, toda una fauna acuática que se solazaba en los limpiones, brillantes como espejos.

Las aves, los anfibios, los insectos, los reptiles y los moluscos, reinaban en aquella región, pocos meses antes poblada de vacas y de ovejas. Bandadas de gaviotas, de gansos, de chajás, de garzas, de flamencos, cruzaban volando sobre nuestras cabezas, como en una fiesta, como acudiendo desaladas á la servida mesa del banquete. Una legión de golondrinas bailaba una danza complicada y vertiginosa, cazando mosquitos; lo único que se escuchaba era un hervor vago, un susurro compuesto por el correr del agua, el zumbar de los insectos, el fermentar de las plantas muertas, cortado de vez en cuando por el silbido de algún pato, el graznido

de algún ganso, el trino de algún pajarillo aventurero.

Y juncales, y espartillares estaban sembrados de nidos llenos de huevos. El agua había derogado las leyes habituales, creando otras nuevas, y la infatigable naturaleza había restablecido, sin detenerse á meditar siquiera, el equilibrio de la vida.

Era ya la hora del apetito, adelantada un tanto por el madrugón, el aire libre y el día fresco.

El disimulado horror del cuadro no pudo lograr que Messer Gaster olvidara sus derechos, y no impusiera su soberanía.

—Supongo que tendrás ganas de almorzar—dijo Julio rompiendo el largo silencio.—Yo también. Pero es mejor que nos lleguemos á aquel rancho ¿lo ves? donde están los tres saucecitos. Aquí, á bordo, no podríamos tomar nada caliente, y «misia Pepa,» nos dará unos matecitos con yerba de matar ratones.

—Pero estamos muy lejos todavía...—objeté.

—No creas. Los árboles son bajos y muy pelados; por eso parece que están lejos. ¡Pancho! —ordenó—vamos á casa de misia Pepa.

El muchacho obedeció, haciendo describir al bote un arco de círculo que quedó marcado con ancho rastro en el «camalote», como estela singular en que danzaban rotas las plantas acuáticas, é hizo que los caballos se internaran en el abra de un amarillento y alto espartillar cuyas tupidas varillas limitaron nuestro horizonte á unos cuantos metros, irguiendo sus

puntas erizadas sobre el agua tranquila, á trechos limpia de vegetación, y azulada y luminosa como una lámina de acero. El abra corría casi en línea recta hacia los sauces, y en su canal profundo nadaban bufando y resoplando los caballos.

Media hora duró la travesía. Por el enrejado que formaban las últimas varas del espartillar, menos compactas ya, divisé el rancho sobre un islote verde apenas elevado.

Tres sauces raquíticos, árboles crecidos sin el cariño ni los cuidados de los habitantes, por casualidad y á la ventura, bebían con el extremo de sus lacias ramas el agua de la inundación, á la orilla del islote en cuyo centro levantábase el viejo rancho de paja y barro, de techo ceniciento vencido ya por los años y bajo cuyo alero apenas se distinguía el negro y estrecho boquete de la puerta sobre la obscura, sucia y abollada pared. Unas cuantas gallinas vagaban por el islote, picoteando el suelo. Un perrillo lanudo comenzó á ladrar desaforadamente en cuanto nos vió, levantando la cabeza hacia el cielo, como para tomarlo por testigo de nuestra audacia, y hacer que sobre nosotros cayera toda la responsabilidad de lo que iba á acontecer. Dos lanchitas chatas y sin pintar, hechas con cuatro tablas y otros tantos clavos, hallábanse varadas en la orilla.

—Cinco minutos más, y estamos en el rancho. Misia Pepa debe tener visitas, pues hay dos botes varados—dijo Julio.

—Pero, ¿qué misia Pepa es esa?—pregunté.

—¿Misia Pepa? Pues, sencillamente, misia Pepa es una vieja criolla, muy vieja y muy criolla, con sus ribetes de curandera y sus puntas de bruja según los que le tienen mala voluntad. Hace muchos años que vive sola en ese ranchito, sin temer á Dios ni al diablo, y gana más de lo que necesita para comer, haciendo tortas, lavando ropa, y embaucando á los paisanos más infelices que ella con sus pretendidas curaciones maravillosas; es un tipo bastante curioso; ya verás.

Estàbamos á muy corta distancia del islote, cuando un hombre joven, robusto, pelirrojo, de barba abundante y revuelta, roja también, cubierto con un ancho chambergo, y vestido con bombacha de lienzo y camiseta de algodón á cuadros de colores, salió del rancho, agachándose para no tropezar con el alero, tiró al pasar un puntapié al perrillo, metióse en una de las lanchas despuès de empujarla al agua, y dando un vigoroso golpe de botador—una caña tacuara,—se acercó á nosotros. Al mismo tiempo una borrosa figura de mujer, medio agazapada, apareció en el hueco de la puerta, pero no se dignó salir á recibirnos, aunque necesariamente nos viera ya muy bien.

—¿No es Juan el nutriero?—preguntó Julio, señalando el hombre que se nos acercaba.

—Sí, señor, es Juan.

—¡A ver! parémonos un poco.

El bote se detuvo y dirigièndose al individuo en cuestión:

—¿Cómo va, amigo?—gritó Julio.

—Bien no más, don Julio. ¿Cómo quiere que me vaya?

—Y, ¿por dónde anda ahora?

—Ahí, por el mèdano, p' a' lau del cangrejal, nutriando.

—¿Hay mucha nutria?

—Mucha, señor, y está mansita.

Seguía empujando la lancha con el botador después de haber virado hacia el Este, y se alejaba cada vez más de nosotros. Por fin se perdió entre otro espartillar.

Nuestros caballos jadeaban por el esfuerzo que habían tenido que hacer nadando tanto trecho, así es que Pancho les dió un «resuellito» antes de hacerlos andar los pasos que nos separaban del islote.

La fisonomía del cazador de nutrias me había causado profunda impresión. Como el cabello, grueso y lacio, que le caía sobre la frente, como la barba revuelta y ruda que le cubría casi todo el rostro, èste era de un rojo acentuado, y sin necesidad de verlas adivinábanse las innumerables y anchas pecas que lo salpicaban dando mayor dureza aún á sus prominentes pómulos, á sus ojos pequeñitos y penetrantes, á sus pobladas é hirsutas cejas. Era todo un tipo, aunque no tan excepcional como pudiera creerse.

Entre nuestros paisanos suelen presentarse bastante á menudo ejemplares así, y los que le conocieron afirman que el mismo Juan Moreira—colocado ya en la categoría de prototipo gauchesco,—era pelirrojo y ancho de cara, no

de enjuto y ascético rostro moreno y cabellera y barba nazarenas como nos lo presentan en la novela y en el teatro.

—¡Mal bicho!—dijo Julio.—No le conozco todavía ninguna barrabasada, pero es tan antipático que de repente hará cualquier atrocidad, estoy seguro...

—¡Vaya!—interrumpí,—es lo que uno cree de cuantos no le agradan, aunque sean unos infelices. Acuèrdate, si no, de Pedro González, aquel muchacho tan bueno y tan feo que estaba con nosotros en el colegio, y á quien los maestros secaban á penitencias, aunque nunca hiciera nada, mientras la mayoría de los condiscípulos lo zurraban... por feo...

—Así serà—replicó Julio.—Pero éste no sólo es feo: mira mal, también.

Me encogí de hombros.

—¡Ave María!—gritó Julio acercándose á la puerta del rancho seguido por mí.

—¡Sin pecado concebida!—contestó desde dentro una voz desapacible y chillona.—Pasen adelante, si gustan.

Entramos casi doblados en dos para no darnos un golpe en la cabeza. El rancho, cuya única abertura era aquella puerta, estaba tan obscuro que nada vi en un principio, fuera de las brasas del fogón hecho en el suelo y en que se calentaba la infaltable «pava» de agua.

—Asientensè—agregó la voz agria.

Volviendo entonces la vista hacia el lugar de que partía, alcancé á distinguir un bulto más negro que la negrura ambiente.

—Siéntate Jorge, ahí tienes una cabeza de vaca—dijo Julio acercándola con el pie; y luego agregó, dirigiéndose á la vieja:—Y, ¿cómo dice que le va, misia Pepa?

—Muy bien, gracias á Dios, y p'a lo que guste mandar. ¿Y qué anda haciendo por acá, don Julio, si no es demasiada curiosidad?

—Voy á la estancia, con este amigo, y hemos bajado para almorzar unos fiambrecitos que traemos y á pedirle un matecito para asentarlos.

—¡Cómo no! ¡Vaya, pues, con el mayor gusto!—exclamó la voz chillona; y oímos que la vieja se movía buscando algo sin duda.

Entretanto, el muchacho había transportado la canasta de provisiones—pollo asado, sandwichs, jamón, queso, pan, agua de aljibe y vino de Burdeos,—á los que llevamos irresistible ataque, á tientas y sólo guiados por el olfato primero, por el paladar después.

Misia Pepa se ocupaba de reanimar el fuego con toda suerte de infernales combustibles, dándonos humazo como si fuéramos viscachas, y con humo tan denso y tan acre que me hacía llorar grandes lagrimones.

Terminado el almuerzo y servidos los primeros mates—cuya yerba merecía efectivamente la calificación que le diera Julio,—ó yo me acostumbré al insoportable zahumerio de la leña de oveja, ó, convertida en brasa, dejó ésta de producir tanto humo. Lo cierto es que comencé paulatinamente á vislumbrar algunas cosas de las que en el rancho había.

Un rato después pude examinar á mi sabor á la vieja paisana. Apergaminada, muy flaca, tenía los dedos largos y nudosos, y los negros bracitos—según lo que alcanzaba á verse por la manga de la bata,—como sarmientos envueltos en pergamino ahumado. Los ojillos negros, como cuentas de azabache, le brillaban allá muy en el fondo de sus obscuras órbitas, bajo espesas cejas duras y entrecanas, límite de una frente estrecha y surcada de arrugas terrosas, de la que arrancaba el pelo crinudo, mate y canoso. La nariz de gancho avanzaba descendiendo sobre una boca de labios delgados y descoloridos, vueltos hacia adentro por falta de dientes y aureolados por innumerables y polvorientas arruguitas. Las mejillas hundidas parecían una vieja vejiga de vaca á medio deshinchar, y de la mandíbula aguda, como un par de cortinas colgaba el pellejo á ambos lados de la nuez.

Estaba en cuclillas, y al cebar el mate las manos le temblaban como un haz de ramitas secas, sacudidas por el viento. Ni aun allí dentro abandonaba el arratonado pañolón negro, con que cubría sus greñas, á trechos negras como tinta, á trechos cenicientas, á trechos amarillas como vellón de oveja, en las que ni la poca luz del día que entraba por la puerta, ni los rojizos y móviles resplandores del fogón iban á quebrarse con el menor reflejo brillante.

Aquella figura tenuemente iluminada así, por dos luces distintas, fría y azulada la una, cálida y danzante la otra, destacándose sobre el fondo

bituminoso del rancho, era un cuadro completo, digno de un vigoroso pincel.

A cada instante, levantando ambos brazos, la vieja se arreglaba el pañolón, adelantándolo sobre la frente, lugar en que no quería quedarse. El movimiento, completamente maquinal, resultaba matemático como el de un autómata: debía ejecutarlo desde muchos años atrás, ya sin darse cuenta de él, para entretenimiento de las desocupadas manos.

Lanzábanos rápidas ojeadas con sus ojillos relampagueantes, sin fijar, sin embargo, la vista en nosotros, y bajando la cabeza hacia el fogón en cuanto la mirábamos á nuestra vez.

Pero nadie hubiera deducido de ese manejo que fuera tímida. Al contrario. Me hizo el efecto de un ser indefinible, muy poco humano, casi en los linderos de la animalidad, silvestre, arisco y desconfiado, en cuyo estrecho cerebro debían campear todas las supersticiones, todos los mezquinos y brutales instintos primitivos, una de esas brujas criollas médio indias, cuyo ascendiente se extingue más cada vez, pero que un día no lejano fuė poderoso entre los gauchos sencillos, dispuestos á creer en todo lo sobrenatural, por espíritu poètico y simplicidad de alma.

—¿No me has dicho que la señora es médica? —pregunté á Julio.

—Asiste y cura, efectivamente. ¿No es así, misia Pepa?

—De juro.

—Y lo más curioso es que cura sin remedios, sólo con palabras, ¿no es verdad?

—Así será, pues, con ayuda de Dios y de la Purísima—contestó la vieja.—También curo con agua.

Como lo dijo con cierta displicencia, comprendí que no me había captado aún su confianza lo bastante para continuar el interrogatorio. Y mientras Julio le pedía noticias de los alrededores, en que la inundación continuaba haciendo estragos, me puse á observar á mi alrededor.

El interior del ahumado, obscuro y sórdido rancho nada tenía de particular para los que conocen esas rudimentarias habitaciones; en el rincón más lóbrego una cama hecha con palos y cueros sin curtir, revuelta y sucia; en las paredes, cubiertas de hollín y telarañas, colgaban lazos trenzados, maneadores de cuero crudo, lienzos, alguna prenda de vestir; una tablita sostenía platos de loza grosera y jarros de hojalata; en el suelo el fogón, un banco y tres ó cuatro cabezas de vaca para sentarse.

Lo culminante era, sobre una cómoda negra, probablemente de jacarandá pues aun tenía algunos suaves reflejos á pesar de la mugre que la cubría,una gran imagen al cromo de la Purísima Concepción, en un marco de papel picado de colores, con los ángulos de oropel, todo punteado por innumerables estigmas de las moscas, menos la imagen misma, cuidadosamente defendida con un pedazo de tarlatán color de rosa desvanecido ya y manchado.

En la puerta abierta, pendiendo del dintel y

atrayendo todas las moscas de los alrededores, se veía el negro cuerpo de una nutria desollada, oreada y ya rígida como si fuese de palo. Probablemente acabaría de llevarla el nutriero pelirrojo.

Por la única abertura del rancho entraba el reflejo verde claro de un pedacito de tierra cubierto de abundante yerba y limitado á las pocas varas por el agua de la inundación. Uno de los sauces surgía del agua clara que se arrugaba en torno del tronco, al correr lentamente.

—¿Y cómo se anima á vivir aquí, tan sola?—pregunté por fin á la vieja.—¿No tiene miedo á la inundación?

—Vide muchas como ésta, y pior. Y á más ¿ande quiere que vaya, á servir de estorbo? Méjor estoy en mi rancho...

—Pero, ¿no puede faltarle qué comer?

—¿A mí?—¡Di ande! Mire, a'i tengo una bolsa de máiz y un paquetón de yerba. Antes que eso se acabe, ya habrá bajau l'agua. Tamién tengo mis gallinitas; fuera de que hay güevos de gallareta á montones por todos laus, y no tengo más que salir en la lancha para enllenarla, si quiero. A más, los paisanos siempre me tráin algún regalito, como esa nutria...

—¿Y no tiene hijos, señora?

—M'hijo murió p'a la regulución del ochenta...

—¿No le queda más familia?

—Un' hija, Petrona. Se fué con un mocito, un gringo, hará diez años... No he güelto á saber d'ellos... La indina juyó una noche, sin de-

cirme nada, y de balde la hice campiar por la polecía, aunque no me guste meterme con milicos ni comisarios... mala gente. ¡Quién sabe ande han ido! El gringo tenía su pasar... A la cuenta áura tendrán hijos grandecitos....

—¿Y usted desearía conocerlos, no es así?

—¿A qué santo? Solita y mi alma he vivido; solita y mi alma me puedo morir también.

No había en su acento ni la menor sombra de emoción, cual si se tratara de personas extrañas, por completo indiferentes.

Un hijo muerto, una familia diseminada, la soledad, la vejez, la muerte trágica que podía acecharla en medio del drama de la inundación, nada hacía asomar á los ojillos brillantes de la vieja un poco de ternura, una chispa de sentimiento ó de temor.

Julio conocía en todos sus detalles la historia de misia Pepa, y viendo que me interesaba, especialmente oyéndola de sus labios, la preguntó:

—Tengo entendido que antes de la fuga de Petrona usted tuvo algo que hacer con el que se la llevó ¿no es cierto?

La vieja tuvo una desabrida y pálida sonrisa.

—Sí, no vivía en el pago; era gringo además, y yo no quería que me sonsacara á la muchacha, que me ayudaba mucho. Ansí, una noche que iba venir al rancho, lo aguaité cuando estaba más descuidado en la tranquera hablando con Petrona y le di una güelta de lazazos con aquel mesmo arriador, mire, lo conservo porqu'era del finau m' hijo. El gringo de balde

sacó el cuchillo y quiso atropellarme. El arriador es largo y no me lo dejé acercar... Me la juró, dijo que se l'iba á pagar, como si quisiera matarme, montó á caballo y se juė... Pero dende que me robó l' hija, ya se las hi pagau, ¿no?... Aura el nutriero que vino esta mañana dice que el gringo anda puaquí... No sé. No le tengo miedo tampoco...

—¿Y cuánto tiempo hace que vive sola, misia Pepa?

—Ya le dije, pues: diez años p'a este verano... Pero ya ve que he vivido...

—Y hasta creo que ha ganado platita—observó Julio.

—Algunos riales p'a un sí acaso, sí, don Julio. Pero no es cosa... Como me puedo morir l'he dicho á Juan, el nutriero, ¿sabe? ande los h'escondido p'a que se los mande á Petrona. Anqu'es un'indina, al fin es m'hija, y ¿á qué santo si han de perder?

La hora más calurosa de la siesta había pasado y teníamos que continuar el viaje. Pancho, que había permanecido sentado en un rincón escuchando sin meter baza, se levantó á una orden de Julio para ir á atar los caballos. La vieja continuaba cebando mate, interminablemente, revolviéndolo de vez en cuando con la bombilla y sacando un poco de yerba que echaba en el fogón, para renovarla. Y siempre en esa postura de ídolo agazapado, en cuclilllas como si aquella fuese su posición más natural y cómoda.

Yo, entretanto, sentado en una cabeza de va-

ca, no sabía ya dónde poner mis piernas entumecidas de pueblero.

Me levanté y comencé á dar lentos paseos por el rancho cuyo techo bajo tocaba con el sombrero en que se iban depositando guirnaldas de telarañas. La imagen cubierta de tarlatán rosado me hizo detener de pronto, y recordé que la vieja curaba con palabras y con agua fría.

—¿Cómo hace para curar los enfermos, misia Pepa?—le pregunté.

—¿Y cómo he de hacer? Cuando viene el enfermo—y anque no venga es lo mesmo si viene un pariente ó un amigo,—le rezo á la Virgen unas cuantas avemarías asigun l'enfermedá, y después quemo tres pelos del cogote del enfermo, mezclaus con inciencio, ó más pelos, asigun también. Cuando es rumatismo, tengo que rezar seis avemarías y quemar seis pelos que han de ser del cogote porque de no no sirven. Y entonces digo unas palabras:

—¿Qué palabras?

—No puedo decirle: es un secreto.

—¡Ah! ¡entonces!... ¿Y sanan los enfermos?

—¡Ya lo creo! Sanan qu'es un gusto... Juan el nutriero qu'estuvo hoy, tenía casualmente un rumatismo feroz de andar en l'agua... Aura como si nada, y eso que siguió nutriando... Es muy agradecido, y siempre me trai algún osequio ¡Tamien lo que sufría cuando lo curé!

—¿Cuánto cobra por curación, misia Pepa?

—¿Yo?... Nada, pues. Lo que me quieran dar.

Algunas veces me train una gallinita, otras me dan plata, dos pesos, tres, asigun.

—¿Según qué?

—¡Asigun como anden los pobres. ¡Porque casi todos los que vienen p'a que los cure no tienen ni un rial. Los ricos se van á que los maten los dotores.

—Y para curar con agua, ¿cómo hace?

—Igual no más. Ha de ser agua recièn sacada del pozo despuès di valdiar tres veces, rezando padres nuestros y avemarías p'ahuyentar al malo, y eso á la nochecita, cuando no hay luna ni tampoco está nublau. El enfermo tiene que tomarla en ayunas, persinándose antes.

—¿Y cura tambièn el agua?

—¡Lo mesmo que las palabras!

Los caballos estaban atados y la lancha pronta para entrar al agua. Llegó el momento de la despedida.

—Bueno, misia Pepa, será hasta otra vista—dijo Julio tendiéndole la mano que ella estrechó con la suya negra y descarnada.—Tenemos que irnos ya, para estar esta misma tarde en el médano y ver el canal de desagüe que han abierto junto á la estancia.

– ¡Ah! ¡vaya!—exclamó la vieja, mirándome al soslayo.—Ya había maliciau que el señor era ingeñero...

Aquella «malicia», coronamiento de la silenciosa curiosidad de la vieja hacia mi persona y mi presencia en aquellos parajes, me hizo sonreir.

—Y, dado el caso que lo sea, ¿en qué ha sospechado que soy ingeniero?—pregunté.

—En el antiojo, pues.

Era un aparato fotográfico que llevaba colgado del hombro, y que parecía vagamente un anteojo.

—¡Ah! ¡es claro!... Bueno, misia Pepa será hasta pronto. Mil gracias por sus atenciones y sus matecitos.

—No hay de qué darlas. Adiosito. Adiós don Julio y no se pierda. Acuerdesé de los pobres...

Nos embarcamos en la lancha y el mozo castigó los caballos; una fuerte sacudida nos hizo tambalear en el asiento y la embarcación, penetrando en el agua, comenzó á guiñar suavemente, arrastrada por la yunta envuelta en un nimbo de salpicaduras que cegaban al cochero y quebraban junto á nosotros la luz del sol, pintando en la superficie del agua efímeros arcoiris sucesivos y borrosos.

Yo no volvía de mi sorpresa de ver aquella anciana, débil y desamparada, viviendo sola y sin temor en medio del campo devastado, amenazada por la inundación y por la posible falta de recursos, y así se lo observé á mi compañero.

—Hay muchas, pero muchas como ella en toda la extensión del país—me contestó.—La criolla vieja nunca teme nada, y menos aún cuando sabe que la creen un poco bruja. Es un carácter curioso: desde que cesa de ser mujer, la criolla se convierte en un verdadero marimacho, terrible sobre todo cuando la materni-

dad no dulcifica un tanto sus asperezas. También es cierto que nunca, ni cuando moza, ha sido muy mujer. El padre primero, el marido más tarde, la tratan siempre como cosa, como instrumento de trabajo exclusivamente el uno, de trabajo y placer al propio tiempo el otro. Y ese placer que podría afinarlas, enternecerlas, queda anulado como influencia en tal sentido por el trabajo, y cuando ya no le restan ni esperanzas de gozarlo, ¿qué extraño es que exterioricen como única característica las partes egoístas, intolerantes y hasta vengativas de su individualidad? El sexo frustrado, como todo fracaso total de una vida, irrita, provoca el odio, más ó menos visible, más ó menos puesto en acción. No hay que sorprenderse, pues, de la especie de inversión que has notado en misia Pepa...

Seguimos navegando hasta la caída de la tarde, desembarcando y reembarcándonos en las pocas lomadas que sobresalían del agua y en las que pastaban cabizbajas y mustias, devoradas por la sarna que les desprendía los sucios vellones, las ovejas que habían podido salvar de la inundación. Al ponerse el sol, muy rojo, entre grandes fajas amarillas, estábamos en el médano y á pocos pasos de la estancia. Hicimos el resto del camino á pie.

...Cuatro días despuès, bajo una lluvia torrencial, emprendíamos el regreso hacia Dolores. Era muy de madrugada y la red de la lluvia ocultaba y borraba completamente el pobre paisaje. ¡Tanta agua en el suelo, tanta en las nu-

bes, tanta cayendo aún! ¿Era aquello el diluvio? ¿Iba esa hermosa region aluvional de la provincia de Buenos Aires á verse trocada en el mapa por las tintas azules que representan océanos, mares y lagos? El viaje fué triste. Ni Julio ni yo teníamos ganas de cambiar una palabra, invadidos por una melancolía casi dolorosa. El había perdido millares de ovejas y centenares de vacas finas. Pero no era sólo la pérdida material lo que le tenía así: era sobre todo la vaga sugestión de aquella catástrofe, la penosa expectativa de sus ulterioridades para propios y extraños, terribles á juzgar por aquel espantoso comienzo.

Pasaron las horas lentas y monótonas, sin que nos acordásemos siquiera de almorzar aunque lleváramos, como la otra vez, la canasta repleta de vituallas. Al cruzar entre algunas vacas escuálidas que metidas en el agua hasta la barriga ramoneaban las puntas de la gramilla pertinaz que había logrado tender sus tallos hasta la superficie á pesar de lo inadecuado del nuevo medio que se le ofrecía, los pobres animales volvían hacia nosotros los redondos ojos adormecidos y tristes, mientras de sus belfos húmedos colgaban grandes hilos de baba: no nos hacían el favor de un mugido, ni trataban siquiera de apartarse, aunque fueran lo que se llama «hacienda brava,» «chúcara,» acostumbrada á andar entre el cangrejal y los lagunones, lejos, más lejos que cualquier otra de la presencia del hombre.

Así llegamos hasta cerca del rancho de misia

Pepa. Vimos los sauces tristes y achaparrados cuando ya estábamos á un paso de ellos, pues la lluvia continuaba ocultándonos todo. Muy cerca, un bulto negro boyaba en el agua entre un gran manchón de camalote.

—¿Qué es eso, Pancho?—preguntó Julio.

—No sé, señor; no me doy cuenta—contestó el muchacho.—Parece ropa.

—Vamos á ver, acerquémonos.

Pero los caballos, al cambiar de rumbo, perdieron pie y comenzaron á nadar bufando. Estaban muy fatigados por la larga etapa, y tuvimos que renunciar al propósito de acercarnos, porque, de lo contrario, correríamos el riesgo de no poder contar con ellos para llegar aquella tarde á Dolores. Seguimos, pues, hacia el rancho.

—No sé qué espina me da ese bulto—murmuró Julio, mirándolo á medida que nos alejábamos.—Ropas por aquí. Es extraño... ¡Bah! Las habrá arrastrado la corriente.

La inundación había crecido. La llegada de las avenidas lejanas, del Norte, del Oeste, del Sur, había elevado notablemente el nivel de las aguas. Cuando llegamos junto á la tranquera, vimos que el islote había desaparecido por completo. El agua entraba por la abierta puerta del rancho y lamía traidoramente las paredes de barro y paja para engañarlas y derribarlas mejor. Demás parece decir que el rancho estaba abandonado.

¿Qué había sido de misia Pepa? ¿Había esca-

pado en su bote para refugiarse en el pueblo, como era natural?

No le faltaba valor para ello, como no le faltaba para ninguna otra cosa á la azotadora del gringuito que le había robado la hija. Además, contando con aquella embarcación, había tenido sobrado tiempo para salvarse con todos sus trebejos, sus gallinas, ropas é imagen de la Virgen.

Pero es el caso que el bote estaba allí, atado al sauce, meciéndose bajo la brisa y llenándose de agua con la lluvia torrencial.

Un ruidito que salía del árbol nos hizo levantar la cabeza: en sus ramas estaban las gallinas hambrientas...

—Me intriga esto—dijo Julio.—Vamos á ver...

Y levantándose del asiento pasó la pierna sobre la borda y se metió en el agua. Yo lo seguí.

El rancho estaba tal cual lo habíamos dejado, sólo que las cabezas de vaca parecían haber rodado más que de costumbre, arrastradas sin duda por el agua que llenaba la habitación hasta diez centímetros de altura. Todo estaba en su sitio, los maneadores, los lazos, el arreador, las prendas de vestir, los platos y jarros, la imagen de la Virgen... No, la vieja no podía haberse marchado.

—Vamos á ver el bulto negro—dijo Julio sin más tardanza.—Ya me decía el corazón que aquello era algo...

Era, como lo temíamos sin habérnoslo dicho, el cadáver de la vieja curandera, al que llegamos exigiendo de los pobres caballos un esfuer-

zo que los dejó temblorosos cuando salimos á las aguas bajas llevando el cuerpo á remolque.

El rostro de misia Pepa estaba azul. La muerte había sido violenta. Los pellejos del cuello presentaban manchas violáceas, huellas indudables de gruesos y fuertes dedos.

¿Quién la había asesinado? ¿El raptor de Petrona? ¿Duraba tanto el odio? ¿Había preparado durante tanto tiempo la venganza, cumplida diez años después de la ofensa?

—¡Estos extranjeros suelen tener el alma atravesada!—exclamó Julio.—Pero afortunadamente podemos dar buenos informes á la policía, y el crimen no quedará impune; así es mejor, aunque se trate de una vieja no muy apreciable que digamos. ¿Pero qué es esto?

Las manos crispadas y nudosas de misia Pepa, fuertemente cerradas y apretadas, tenían cada una un mechón de pelo rojo, que el agua había apelmazado.

No cabía duda. Julio y yo nos miramos, y una misma exclamación brotó á la vez de nuestros labios.

—¡El nutriero! La ha asesinado el nutriero para robarla.

¿Qué íbamos á hacer? El problema se nos presentaba obscuro. ¿Dejaríamos el cadáver allí entre el agua, sobre el catre del rancho, ó lo llevaríamos á Dolores? Lo primero era casi contribuir á la impunidad de un crimen imperdonable; lo segundo condenarnos á bien triste compañía en aquella jornada ya penosa de por

sí. Pero un sentimiento de solidaridad humana nos hizo optar por el segundo temperamento.

—Almorcemos, sin embargo, antes de embarcar el cuerpo—sugirió Julio.—Ya ha pasado con mucho la hora de almorzar y hay que hacer por la vida, aunque se esté frente á la muerte.

Almorzamos en silencio con poquísimo apetito, excepto Pancho, cuyas juveniles mandíbulas no perderían su fuerza y su eficacia por ninguna catástrofe del mundo, y en seguida, emprendimos todos tres la fúnebre tarea de embarcar el cadáver en la popa de la embarcación, pues en las partes bajas sería imposible llevarlo á remolque. Cubrímoslo luego con nuestros ponchos y llenos de malestar continuamos la marcha. Pancho visiblemente pálido, miraba de vez en cuando hacia atrás, como si temiera ver moverse el cadáver ó como si le incomodara su vecindad.

Apenas llegados á los suburbios de Dolores corrimos á caballo por las calles convertidas en pantanos para dar á la policía, sin pérdida de tiempo, cuenta de nuestro triste hallazgo y las fundadas sospechas que abrigábamos respecto al autor del crimen.

El comisario dió las órdenes é instrucciones del caso, y la pesquisa se inició inmediatamente.

Pocos días después, Juan, el nutriero pelirrojo, en quien tanto confiara misia Pepa, entraba en un calabozo de la comisaría local.

Lo habían hallado en un islote entre el mé-

dano y la costa, en compañía de otros cazadores de nutrias.

Cuando lo prendieron, mostróse sorprendidísimo, jurando y perjurando que no tenía cuenta alguna con «l'autoridá.»

Pero se le encontraron veinte pesos en el bolsillo, procedentes de la venta de cueros, según afirmaba: los cueros estaban en el islote, húmedos todavía, sin que se hubiese vendido ninguno, tal fué la declaración de los compañeros de Juan, tomados de improviso. También declararon que éste había faltado todo un día del islote, en la fecha probable del crimen, volviendo mucho después de anochecido, y sin una nutria. Al regresar, cerca del rancho de misia Pepa, un vigilante encontró el perrito ahogado, con una piedra atada al pescuezo. El asesino le había dado muerte, sin duda para evitar que con sus aullidos llamara la atención sobre el rancho abandonado.

Pero Juan se empecinó en afirmar que no tenía la menor noticia de la curandera. Después, hostigado por el comisario, y como revelase cosas de que sólo entonces se acordaba por asociación de ideas, echó mano del plan de defensa que había preparado: contó los incidentes que mediaron entre la vieja y el que le había robado la hija, las amenazas de este último, su presencia en los alrededores...

Muchas cosas quedaban sin explicación, pero él no se inmutaba, encastillándose en su plan.

—Si no he casau ese día, es porque la nutria

anda muy perseguida y principia á estar matrera.

E insistía en su acusación al gringuito.

—¡El no más ha è ser! Esos gringos son tienen el alma atravesada...

O cambiaba de táctica para suponer:

—Quizá se haiga muerto sola... A esas adivinas es difícil que las mate un cristiano...

Pero el comisario tenía preparado su golpe de teatro para hacerlo confesar. Lo llevó ante el cadáver de misia Pepa, que el nutriero miró impasible durante un rato.

—¡Bueno!—exclamó el comisario.— Ahora vamos á ver lo que dice la difunta.

Y sacando un poco de pelo de la mano crispada del cadáver, cotejólo con el del asesino, de tan inconfundible matiz.

—¿No ves? ¿Qué tienes ahora que decir? La misma muerta te acusa...

El nutriero bajó la cabeza volviendo la vista á otro lado y haciendo rayas con el pie, mientras murmuraba:

—¡Bien decía yo qu'era bruja la hij'e perra!...

Un pioneer de Tierra del Fuego.

A David Peña.

18... fuė un año terrible. Hasta los optimistas veían inminente una catástrofe que las pasiones desencadenadas, llegadas al paroxismo, se encargarían de hacer espantosa. Llegó á hablarse en los corrillos, con aire misterioso, del asesinato político: la muerte del presidente sería la señal de una revolución decisiva, de una tempestad asoladora que purificaría el ambiente del país... Nadie lo dudaba, y la repugnante idea iba haciéndose familiar, convirtiéndose en obsesión. Amenazadora era la crísis. En los comités los oradores de barricada, en algunos diarios los escritores adventicios que surgen en épocas de revuelta, desconocidos, ambiciosos, feroces, hacían, en efecto, una propaganda encaminada, quizás inconscientemente, á poner el puñal en mano de los fanáticos.

El estado de sitio se declaró por fin, y una formidable fuerza detuvo de pronto la actividad

sediciosa, verdaderamente febril. El modo de protestar en las calles de ese acto coercitivo, denotaba ya un cambio instantáneo en las ideas. El pueblo suele estar con el más fuerte, ó sabe aparentarlo. Había anhelado la revolución... ya se declaraba satisfecho de que no estallara.

En esta circunstancia fuè detenido Juan Elgrina. ¿Por qué? Ni en su persona ni en su casa se encontró nada comprometedor; pero el sujeto debía ser extraordinariamente peligroso á juzgar por las precauciones y el sigilo que rodearon su arresto.

Juan Elgrina era un hombre alto, robusto, de ojos y cabellos negros, recio bigote y enèrgicos rasgos fisionómicos: tenía algo del mestizo de indio. Todo en él revelaba resolución, la mirada, el andar, los ademanes. Hablaba poco; cuando le detuvieron manifestó extrañeza en frases breves, sin calor excesivo, y subió tranquilamente al carruaje que le aguardaba.

—¡Debe tratarse de una equivocación!—terminó diciendo.

Luego permaneció en silencio hasta que se le hizo bajar en un patio del Departamento de Policía, se le metió en un calabozo y se le dejó incomunicado.

Elgrina era ambicioso; todas sus energías se dedicaron desde la primera juventud, á ensanchar ó romper—en caso de falta de elasticidad,—el círculo estrecho en que se desarrollaba su existencia. Inteligente y apto, pero ignorante—como crecido en un rincón de provincia,—re-

pugnábale el trabajo manual como indigno de él, y no estaba preparado tampoco para más elevadas tareas. La industria lo hubiese salvado quizá; pero no tenía, nunca tuvo capital suficiente para emprender nada, y merodeó sin éxito en todos los ramos de la «comisión» comercial, fué procurador, agente de colocaciones, corredor «pichuleador», hasta que, falto de recursos, infortunado y resuelto, adoptó por oficio la política y por campo de acción los comités, aspirando á un empleo y contentándose, mientras, con los escasos regalos de los caudillos y caudillejos, y con el empréstito sin amortización al correligionario, el «sablazo» que para ser eficaz exige sabia esgrima...

Su descenso fué desde entonces rapidísimo; mareado por los sofismas políticos, debilitado por la miseria más abyecta cada vez, su protesta contra la suerte y contra la sociedad que lo excluía, se hizo reconcentrada y feroz. Todos los medios llegaron á parecerle buenos para llegar al fin de su éxito material, y no tardó en verse envuelto en un drama sangriento que costó la vida á un personaje político de provincia... Prófugo, más miserable que nunca, pudo apenas escapar de la justicia, pero sin recoger el fruto esperado de la acción que lo hizo cómplice en un asesinato...

Y, naturalmente, pocos años más tarde había reincidido... Las mismas circunstancias volvían á ponerlo en la misma tentación...

Pero he aquí que se descubría su recóndito pensamiento, su resolución insinuada apenas,

vagamente, á unos cuantos correligionarios seguros, cuando ya no frecuentaba siquiera los comités, para evitar sospechas...

Exaltado por el fracaso, su angustia, su indecisión se trocaban otra vez en espantosa rabia, y hubiese escapado del calabozo, como una fiera hambrienta, para no detenerse sino sobre el cadáver de su víctima...

Pero este acceso de fiebre fué calmándose poco á poco, y cuando se le llevó á la presencia del jefe de policía, Elgrina estaba tranquilo.

Aquel funcionario le comunicó que iba á ser deportado á Tierra del Fuego y no le permitió que hablara ó escribiera á nadie: la misma familia continuó ignorando su suerte.... En nuestra república hay una suspensión de garantías constitucionales, un «estado de sitio» que hace renacer momentáneamente los misterios del absolutismo... Momentáneamente, si alguna vez no llegan á perpetuarse à favor suyo...

Elgrina fué encerrado de nuevo y permaneció completamente aislado hasta que le condujeron á bordo de un transporte, en las primeras horas de la mañana siguiente. Debía hacer el viaje confinado en su camarote para que no pudiera comunicarse con persona alguna, ni de palabra ni por escrito. No convenía en semejantes momentos que se supiera el destierro de Elgrina, reo de intención de asesinato—no bien comprobada tampoco,—en la persona del presidente de la República...

Zarpó el transporte, y se sucedieron días bien largos, bien monótonos para el pasajero

forzoso, encerrado en su estrecha cárcel, sacudido por los movimientos del barquito que danzaba en el mar, víctima también de sus propios pensamientos, el nombre deshonrado, la familia abandonada, el porvenir desvanecido...

—¿Me habré equivocado?—se decía.—¿Seré un instrumento ciego que ha trabajado en su propio daño, esgrimido por el egoísmo ajeno y engañado por un miraje? Si el hecho se hubiera consumado ¿estaría mejor mi familia, ó abandonada como hoy, y yo proscripto?... ¡Ah! Mi conciencia condena lo intentado, es cierto... pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿cómo abrirme paso en la vida? ¡Sí! la fatalidad me ha arrastrado; ella me hizo secuaz y fanático; ella me hubiese llevado más lejos aún, si hubiese querido... ¡Si hubiese querido! ¡Qué cambio en todo!... ¡Y yo sería el autor de ese cambio!... ¿Con una mancha más? ¡Bah! los hombres como yo no tienen ya campo de acción sino en lo reprobable: no se nos deja otro. Vivimos víctimas del engaño y del abuso, y engañamos y abusamos á nuestra vez... Somos demasiado ó demasiado poco... Allá, por las provincias en que he vivido, hubo antes un Facundo, y otros, y otros más... ¡Hoy ni allá!... Esto desespera á los ambiciosos como yo, los empuja como una fuerza irresistible... Yo siquiera había tomado sobre mí una tarea tan grave... Sería por avidez, no lo niego... pero jugaba mi persona, mi libertad, mi vida... y además, bien podía esa tarea resultar útil á los buenos... Me habré equivocado... lo creo... ahora me parece casi

evidente... Y sobre todo, la fuerza ha podido más; hay que soportar la derrota...

Y meditaba así, incoherente, febril, largas y largas horas, ya justificándose, ya condenándose, ya responsabilizando á los demás. La primera parte de su viaje le pareció todo el período que media entre la juventud y la edad madura.

Cuando fondearon en Golfo Nuevo apenas se interesó en mirar por el ojo de buey de su camarote las casuchas de Madryn, diseminadas en la playa estéril, las maniobras de un tren que llegó de Trelew, la descarga de algunos cajones de mercancías en el pequeño muelle... La soledad le pesaba, creía ahogarse, y una angustia cada vez más terrible le subía del pecho. Sentíase aislado de la humanidad, fuera del mundo, y la palabra «Ushuaia,» que le había dicho el jefe de policía, sonábale insistente en el oído, misteriosa y amenazadora. ¡Ushuaia, el último confín de la tierra, el sitio á cuya entrada hay que dejar la esperanza!...

Deseado, San Julián, Santa Cruz, con sus barrancos desnudos, tristes como un paisaje lunar, lo confirmaban en la idea de que iba saliendo de la humanidad, y le presentaban una Patagonia asolada, reseca, desierta, una comarca maldita en que no puede vivír el hombre, ni el animal, ni la planta...

—¡Dios mío, Dios mío! ¡qué suerte me espera!

Y el viento que soplaba furioso, el salvaje viento de la costa Sur, levantaba en la orilla

nubarrones de arena, como un simún arrollador, y hacía dar bandazos al transporte, cuyas maderas crujían gimiendo, y cuyos hierros rechinaban como con rabia.

—En mal hora pensé, en mal hora quise comprar tan caro un bienestar que ya no alcanzaré... ¡Tierra del Fuego! Ha de ser uno de esos lugares de donde no se vuelve nunca... No hay más que mirar la Patagonia... la desolación, la muerte... Y aquello es todavía más lejos... y me parece haber oído que tiene indios antropófagos y que el clima mata... No sólo el Zar tiene su Siberia...

Río Gallegos, que entonces era apenas un puñado de casas, cuartujos de madera salpicados en una playa alta como un murallón, triste y pedregosa, más árida que lo más árido del mundo, aumentó su infinita tristeza. La tierra de la amargura, sí, la muerte lenta por anemia del alma, el mortal suplicio de la continua, de la absoluta soledad... La tierra de la amargura, sí, sí, sí... ¡Qué castigo para una simple intención, ni siquiera una tentativa!...

... Entró el transporte, pocos días después, en el Estrecho de Magallanes, y fué á fondear frente á Punta Arenas. Asomóse Elgrina al ojo de buey, pero nada vió: algun barquito velero y la despoblada costa de Tierra del Fuego perdida entre las brumas. El frío, un frío intenso é insistente, que nada atenuaba, aumentó su desesperación. El encerramiento de tantos días, en el camarote como un ataúd, el cielo implacablemente nublado, el desconsuelo de la

derrota total, de la decadencia definitiva, le habían hecho ya pensar muchas veces en el suicidio... ¿Por qué no acabar de una vez? ¿por qué no escapar con la muerte á las penalidades que lo aguardaban?...

—¡Vaya! ¡Haría como los soldados cobardes que al entrar en batalla se matan por miedo de morir!

Pero, de pronto, experimentó un cambio: el transporte, borneando lentamente, presentaba aquella banda á Punta Arenas, que ya podía verse desde el camarote de Elgrina, acariciada por un rayo de sol que incendiaba los anchos ventanales de sus casas, y reberveraba en la nieve prematura que les blanqueaba los techos. El prisionero creyó revivir. Después de la pesadilla de orfandad que lo obcecara á lo largo de la Patagonia, la alegre villa chilena le pareció un país de ensueño, como sólo había visto en los cuadros, un pedazo encantado de tierra donde la vida debía ser fácil, tranquila, feliz, uno de esos rincones de los que nos llegan los cuentos más apasionadores de aventuras, que nunca podremos reproducir. Y le palpitaba el corazón, lleno por primera vez durante aquel interminable viaje de veinticinco días, del deseo de desembarcar, correr las calles, confundirse de nuevo con los hombres. Y esa sensación, dulce en un principio, se hizo luego amarga y dolorosa, como un choque contra lo imposible, como un desencanto, como un regreso violento á la miserable realidad. Si-

quiera las escuetas costas patagónicas eran marco adecuado para su desgracia...

Partieron. Una vez fuera de Punta Arenas, la situación de Elgrina se dulcificó bastante. Le permitieron salir del camarote, por concesión especial del comandante compadecido, y pasó largas horas sobre cubierta, admirando los maravillosos canales fueguinos cuya belleza—ora melancólica, ora majestuosa, ya alegre y desbordante como un paisaje tropical, ya imponente como un templo en que la Naturaleza se mostrara sin velos,—producía en su ánimo una impresión desconocida, una mezcla de dulzura indecisa y de vaga pesadumbre que jamás había experimentado hasta entonces. Su falta se desvanecía, se borraba, como una nube borrascosa que se disuelve en el aire antes de que haya estallado el trueno, y se consideraba á sí mismo, allá en Buenos Aires, preparando el golpe, como otro individuo muy distinto, como un pobre ser que se había dejado arrebatar por la borrasca, enloquecer por la ambición y las pasiones... Y la opresión que le apretaba el pecho y en un principio casi le impedía respirar, trocóse en una especie de conmiseración conmovida, en una profunda lástima...

Las nieves eternas de singular y azulada blancura sobre la masa verde del bosque, algunos de cuyos rincones sonrosaba ya el otoño, junto á las peñas grises ó negruzcas que se reflejaban en las aguas tranquilas, luminosas, le infundían un encanto indecible, llevándole indecisos è injustificados recuerdos de la infancia.

inspirándole ideas nuevas, como si aquel baño en plena naturaleza lo retemplara, como si asistiese á su propia milagrosa resurrección, sin haber pasado antes por la muerte... Y el mismo recuerdo de su pobre familia, torturador hasta aquel instante, volvía á él con claridades tibias, más dulce, más tierno, más apacible...

—¡Oh si pudiera traerlos! si pudiera pasar la vida con ellos en estos bosques, sobre estas montañas, junto á este mar que parece un espejo...

Ushuaia, pequeña, más pequeña que una estancia de la provincia de Buenos Aires, no lo desencantó sin embargo. ¿Era aquel, acaso, el lugar de destierro y de tortura que había imaginado en sus eternas horas de encerramiento? La península con las casillas de madera de la misión anglicana, la iglesita, el cottage del pastor; la ancha bahía de aguas azules y transparentes como cristal; la faja de tierra en que se levantan las casas de la Gobernación, dominada primero por el bosque eternamente verde, en seguida por las montañas de crestas cubiertas de nieve, con el alto pico del Olivia en que van á enredarse las nubes; el cielo luminoso y cambiante, todo le pareció encantador y tan distinto de sus aterradas pesadillas...

Y tuvo la sensación de que aquel suelo iba á serle hospitalario. Algo como una corriente simpática desprendíase de cuanto le rodeaba; su pecho se ensanchó al desembarcar, y parecióle que en el cerebro le brillaba una lucecilla...

Le condujeron ante el Gobernador, que por el mismo transporte había recibido instrucciones para su custodia.

—Tendrá usted el pueblo por cárcel—le dijo, —aquí no hay fugas que temer... Dormirá en una de las casillas de la Gobernación, y se le dará el rancho usual á las horas de costumbre.

—¿Podré saber, señor, cuánto tiempo he de quedarme aquí?

—Estoy tan informado como usted... Será hasta nueva orden.

—¿Presidio indeterminado, entonces?

—Presidio no. ¡En cuanto á poder marcharse... eso ya es otra cosa!...

Los primeros días de permanencia en Ushuaia fueron muy tristes para Elgrina. Gozando de relativa libertad podía ir y venir por los alrededores del pueblo, internarse en el bosque que lo rodea, pescar y recoger mejillones en la playa. Pero el espacio era estrecho y las horas le parecían eternas, su actividad inútil lo angustiaba y las ideas negras volvían á obcecarlo. Necesitaba encontrar un objeto en que aprovechar sus energías, un trabajo productivo en que entretener sus días inacabables. Quería... sí, su anhelo era, también, ganar algo para su familia, abandonada en Buenos Aires, en la miseria sin duda... Pidió algo en que ocuparse al Gobernador que le encargó la copia de algunas notas; pero no era bastante, y el tedio no tardaba en volver á apoderarse de él. Por último, afortunadamente, observó el afán con que los vecinos y hasta los mismos empleados

adquirían y acopiaban pieles de foca y de nutria, y se propuso ensayar aquel comercio, con el escaso dinero que había ganado prestando algunos servicios. Compró con él licores espirituosos, galleta y algunas mezquinas prendas de vestir, á uno de los buquecitos que, procedentes de Punta Arenas, comercian con Lapataia, Ushuaia, Slogett, la Isla de los Estados, Río Grande, San Sebastián, haciendo un poco de contrabando del que en ocasiones tenían que usar las mismas autoridades, porque muchas veces los transportes no llegaban ó llegaban sin los víveres imprescindibles... Con aquellos elementos comenzó el intercambio con los indios, à quienes daba guachacay, (aguardiente anisado) ó galleta, ó un par de pantalones, á cambio de cueros de nutria que luego vendía á los mismos comerciantes chilenos. Aunque la pesca de focas estuviera prohibida, no dejó de adquirir pieles á precio irrisorio, y poco á poco fué creándose un capitalito que, de cuando en cuando, le permitía enviar algún socorro à los suyos.

Sus convecinos, gente llena de tolerancia, quizá por lo mismo que la necesitaban también ellos, lo trataron bastante bien en un principio; luego fueron estimándolo cada vez más, por razón natural, á medida que fué prosperando...

Cierto día—más de un año después de su llegada,—sorprendiólo un llamamiento del Gobernador, que quería hablarle en su despacho. Acababa de llegar un transporte...

¿Qué podía ser aquello, y qué nuevas desgracias iban á anunciarle?...

—Buenas noticias, Elgrina—dijo el Gobernador en cuanto le vió entrar.—El transporte me ha traído autorización para dejarlo en completa libertad, de modo que hoy mismo puede embarcarse si quiere volver á Buenos Aires. Su pasaje corre por cuenta del Gobierno...

—¡Muchas gracias, muchas gracias, señor Gobernador!—dijo el deportado, brillándole en los ojos un relámpago de alegría.

Pero en seguida su rostro tomó una expresión meditabunda, y una nube de tristeza pasó por él.

—Y... ¿si quisiera quedarme, señor Gobernador?—preguntó por fin.

—¿Quién se lo impide? ¿No acabo de decirle que está en plena libertad?

La satisfacción volvió á iluminarlo.

—Entonces, me quedaré, señor Gobernador... y hasta espero que algún día podré traer la familia... En Buenos Aires no se vive.

¡Oh! el desierto no exige capitales para permitir la vida al hombre enérgico que puede luchar con él; la competencia no lo cerca, el trabajo es libre, el porvenir no es una sempiterna amenaza. Hay que combatir, pero en ese combate brilla siempre una esperanza de posible triunfo.

Elgrina, con lo poco que había ganado ya en el comercio de pieles haciendo lo mismo que los demás, es decir, explotando á los indios, se pro-

ponía dedicarse á tareas más nobles y quizá más productivas.

Encargó á Malvinas unas cuantas ovejas, y se las llevó á un rinconcito fértil, ni muy lejos ni muy cerca de Ushuaia, sobre el canal del Beagle, donde vivió solitario como un hongo, cuidándolas, esperando, esperando el día lejano en que aún le fuera posible llamar á los suyos, y gozar al fin de una existencia de hombre. Esto ocurrió más pronto de lo que creía: un rico hacendado del territorio, conociendo su laboriosidad y su incontrastable energía—esa misma energía antes descaminada y terrible,—lo habilitó con buen número de animales, sembrando también así en excelente terreno, y sin sacrificio... En efecto, también Elgrina es rico á la hora de ésta, y eso que ha pagado diez por uno á su protector.

Allí está hoy rodeado por su familia, tranquilo y satisfecho en su rincón, sabiendo ya qué es lo que debe ambicionarse en este mundo: el pan de cada día con la libertad menos relativa que se pueda alcanzar.

Pero, ¿y la conciencia? ¿No siente alguna vez el antiguo «bravo» remordimientos por lo que pensó hacer y hubiera hecho si no se le descubre? ¡Eh! ¿quién nos dirá si no se alegra, al contrario, de haber alimentado un proyecto que, en suma, le abrió indirectamente las puertas del porvenir? No. Ni una ni otra cosa. Cree que *aquél* fué otro hombre, completamente extraño al actual, al respetado, al rico, al prudente, al feliz...

Pero un día sintió deseos de volver á Buenos Aires: tenía la añoranza de los sitios en que había sufrido tanto. Y escribió al doctor X*, consultándole el caso.

«¿Puedo volver— le preguntaba, — con la »frente alta y el corazón sin temores? ¿Debo con»siderarme un hombre honrado y digno del »aprecio de las gentes? El pasado ¿pasó ya, ó »está presente todavía? Aguardo su sentencia »no sin inquietud pero tampoco sin confianza. »Y me ceñiré fielmente á ella.»

El doctor X*, cuya rectitud es insospechable, le contestó dándole la absolución social, después de su castigo y de su enmienda. Pero terminaba así:

—«Muchos á quienes estrecho la mano tienen »menos mérito, porque no han tenido para qué »pecar, ni necesitado corregirse. Pero permíta»me que le observe una cosa: Usted anhela vol»ver á Buenos Aires... ¿por qué? ¿para qué?... »Hay un poco de vanidad en ello: usted quiere »mostrarse en su nueva faz, tan simpática, ante »los que le conocieron en la otra, sin recordar »que esos tales no mostraron entonces el menor »interés hacia usted. Déjelos, y bendiga la tierra »que le ha dado los medios de rehabilitarse; qué»dese en ella, considerándola una protectora »de la que no debe separarse.»

Y Elgrina, orgulloso de la estimación de aquel hombre, se ha quedado en efecto en las comarcas en que se realizó su renacimiento. Sus últimas nostalgias han desaparecido y vive en

la paz que antes buscara, insensato, alejándose violentamente de ella.

Sus hijos serán, como él, fuertes pioneers fueguinos, ignorarán sin duda la desgraciada historia de la juventud de su padre, y contribuirán eficazmente para que aquellas tierras se incorporen de lleno á la vida de la civilización: quizá algún día me toque también contar la ruda educación que reciben, en lucha desde temprano con la naturaleza—relato que será tan sencillo como éste, porque todo es sencillo allá donde el hombre, si no es ayudado, no es estorbado ni hostigado tampoco por sus semejantes...

La gesta de Luiggin.

A Pedro Angelici.

I

—En cuanto junte un capitalito, pongo una carpintería por mi cuenta. El que trabaja hace camino en este país, ¡todo el mundo me lo ha dicho!

Así pensaba Luiggin, el marido de la linda Marietta al desembarcar en Buenos Aires por el antiguo muelle de pasajeros, con pocas liras en el bolsillo y muchas ilusiones y esperanzas en la cabeza, su decisión de buen piamontés, sus fuertes brazos de mozo robusto y su habilidad de oficial carpintero.

Había que verlo subir por la barranca de la calle Piedad hacia el centro, alto, enjuto, con sus largos bigotes negros y sus ojos resueltos y brillantes, dejando colgar los brazos de que

pendían dos macizos y encallecidos puños, balanceados por el movimiento, al lado de Marietta, menuda y vivaracha, en cuyo rostro sonrosado ardían como brasas los labios y como llama las pupilas.

Se habían casado hacía poco, en una aldea próxima á Turín, convenidos de antemano para venir á Amèrica en busca de fortuna, seguros de sí mismos, de su buena suerte, de su amor y de su alegría. Y se embarcaron días después de la boda, y aquí estaban ya, en el teatro de la lucha, dispuestos á vencer y convencidos del triunfo.

Luiggin no perdió tiempo, y antes de acabar con la última de las pocas monedas que había traido, ya tenía ocupación y salario en el taller de un paisano suyo, y veía el horizonte de color de rosa, soñando entre las astillas y las virutas con su futuro establecimiento, las riquezas, la vuelta triunfal á Italia y á su pueblo. Su mujer soñaba con él, en las horas tranquilas del descanso, frente á la frugal comida, y á los proyectos de ambos se mezclaban risas y bromas, la afectuosa jovialidad de gente optimista que cuenta con su fuerza y su juventud, y no vislumbra siquiera dificultades en el camino.

El salario era pequeño, bastaba apenas para sus necesidades; pero modestos y ordenados, no sufrían ni se quejaban.

—Hay que empezar por el principio—decía Luiggin,—y es malo apurarse mucho.

Y reía y cantaba bromeando con Marietta, y en el taller, envuelto en aserrín y polvo, su

voz alegre, se oía de la mañana á la noche, vibrante de contento y de confianza.

Hasta entonces le había sido imposible poner nada de lado, pues los gastos se equilibraban estrictamente con las entradas. Pero, ¿no tenía aquellos brazos formidables y aquel pecho de atleta? ¿Para qué pedir más? ¡Tiempo al tiempo, qué diablos!... Y sin embargo, sin ahorros, no podría establecerse por su cuenta... ¡Bah! ya llegaría el momento de economizar, aunque el patrón, «paisano» y todo, se mostrara duro y mezquino.

Nada podía turbar su fe ni amenguar su alegría cuando la más grata de las noticias, la que debiera haberlo llenado de satisfacción, le puso una arruga en la frente: Marietta estaba en cinta. Con los ojos brillantes, las mejillas encendidas y las manos trémulas, se lo dijo una tarde, muy en secreto, casi angustiada de tanta alegría. Y á Luiggin le pareció como si se rasgara de pronto un velo cuya existencia ignoraba y que le había deformado las cosas del porvenir... Ceñudo, pensó por primera vez en que aún no tenía asegurado el día de mañana... y por primera vez sintió un poco de miedo.

Reflexionó, hizo sus planes, y pocos días después hablaba con el patrón, solicitando un aumento de salario.

—Vamos á tener un hijo—explicó.

—Me alegro mucho, pero, por otra parte, siento no poder pagarle más. Los tiempos están muy malos. Más tarde, dentro de unos meses, quizás... Haré lo posible.

Desconsolado por esta negativa su tristeza se prolongó, se hizo más profunda. Buscó otro taller, pero no se le ofrecieron mejores condiciones y tuvo que quedarse donde estaba, esperando que se cumplieran ó no se cumplieran las vagas promesas del patrón...

Marietta notó sus desfallecimientos, adivinó sus preocupaciones, y sin decirle nada utilizó la habilidad de sus manos, bordando y cosiendo para afuera, por una escasa compensación. Pero á fin de mes, roja de orgullo y de alegría, puso una pequeña suma en manos de su marido.

—¿Y esto?—exclamó Luiggin, con sorpresa y recelo, mientras se le ahondaba más la arruga de la frente.

—Esto es, lo que he ganado bordando—replicó Marietta con aire de triunfo.—Esto quiere decir que yo también soy capaz de trabajar y que no estarás solo para mantener... al que viene. ¡Alégrate y echa al diablo las preocupaciones y las tristezas!...

Una lágrima de rabia, empañó los brillantes ojos de Luiggin que, con un nudo en la garganta, sólo pudo murmurar para sus bigotes:

—¡Cuesta Mèrrica!

Y en esta frase sintetizaba su desconsuelo, de que el trabajo no le bastara para ser el único sostén de la familia, su desencanto al ver burladas sus esperanzas y su amargura de que sus ilusiones comenzaran á desvanecerse, precisamente cuando más las necesitaba... Y haciendo juego con la arruga de su frente, un pliegue irónico que ya no iba á desaparecer ja-

más, cambió la expresión de su boca, hasta entonces franca y sonriente.

—¡Esta América!

II

—Los patrones... Los patrones pagan lo suficiente para que uno no se muera de hambre y pueda seguir trabajando, nada más—le decía Gervais, un francès obrero del mismo taller, con quien solía ir á «tomar la tarde» en el almacén de la esquina.—No hay modo de economizar un real, porque ellos saben muy bien que uno se les escaparía y hasta se pondría á trabajar por su cuenta. Hace diez años que le doy al formón y al escoplo, y si me enfermo no tendré más recursos que los que me pase la sociedad francesa... Usted haría bien en entrar en la italiana de Socorros Mutuos. Nadie sabe lo que puede suceder...

—Pero hay muchos trabajadores que se enriquecen. Nuestro mismo patrón que llegó sin un cobre, hoy tiene plata.

—Pregúntele si la ganó trabajando... Nadie hace fortuna trabajando. ¡Es una mentira! ¡Sólo por una pillería ó por un milagro se puede llegar á ser rico!... ¡Hasta en este país que se considera el país de Cucaña!...

—Una pillería ó un milagro— iba diciendo Luiggin, al volver á su casa.—Pillerías no sé hacer ni tengo ocasión. ¡Y los milagros andan tan escasos!...

Marietta había dado á luz una robusta chiquilla, á quien llamaron Marianina, y cuya presencia alegró por un momento el cuartujo del conventillo en que Luiggin y su mujer vivían miserablemente, pues lo poco que pudieron ahorrar en los meses anteriores se lo habían llevado la partera y el farmacéutico en un abrir y cerrar de ojos.

Pero aquel regocijo no pudo durar mucho, el hijo no venía con el pan debajo del brazo de que habla el proverbio, y el almacenero y el carnicero ponían mala cara, pues comenzaban á deberles demasiado. Marietta podía bordar muy poco, preocupada á cada instante como buena primeriza de atender á Marianina cuando lloraba, cuando reía, cuando dormía y cuando se despertaba. Y en aquel cuarto bajo y obscuro al que llegaban los cantos, los gritos y las discusiones de los vecinos, envueltos en el olor del jabón de las lavanderas y el vaho de las cocinas al aire libre, ollas y sartenes hirviendo en los braseros, la batahola incesante de los chicos y las reyertas frecuentes de los grandes, en Marietta evocaba la aldehuela del Piamonte, cuya miseria habían trocado por otra más amarga, reagravada por el aislamiento.

Y Luiggin llegaba todas las tardes, tomaba á su hijita sobre las rodillas, la hablaba, la sonreía, la hacía bailar en sus brazos... y luego caía en una sorda irritación que la pobre Marietta compartía al fin, desconsolada ante la idea de que Marianina pudiese enfermárseles ó de que Luiggin se quedara sin trabajo, viendo visiones

angustiosas engendradas por la incertidumbre en el porvenir...

—¿Sabes lo que dice Gervais? ¡Que ni en esta misma tierra se puede hacer fortuna, si no con alguna picardía ó con algún milagro!

—¡Oh! ¡Eso es una exageración!—replicó Marietta, poco persuadida pero por alentar á su hombre.—¡Hay muchos que se han puesto ricos trabajando!...

Luiggin meneó la cabeza sonriendo, con amargura.

—¡Cuesta Mèrrica! ¡Cuesta Mèrrica! — murmuraba irónico, semi-indignado contra los que le contaran maravillas incitándolo á abandonar su país para venirse...

—La suerte tiene que cambiar, y entonces tu trabajo bastará para que vivamos, y todavía nos dejará ahorrar y comenzar á ser ricos.

—¡Si sucede un milagro! Ya ves, tú misma dices: «la suerte tiene que cambiar.» Entonces, ¡es claro! ¡El trabajo no basta!...

III

Pasaron años en aquella existencia de galeotes, y otros hijos vinieron, pero sin traer tampoco pan alguno debajo del brazo. Un accidente que costó un dedo á Luiggin estuvo á punto de hacerlos morir de hambre: los salvó el consejo de Gervais, seguido inmediatamente por el obrero que había entrado en una sociedad italiana de socorros mutuos.

Esta le suministró los medicamentos y un subsidio mientras estuvo imposibilitado para trabajar. Cuando curó, la suerte pareció más benigna. Su antiguo patrón lo había substituido, y después de mucho buscar, encontró una casa donde se le retribuía mejor.

Marietta ganaba algo por su parte: los tiempos eran más propicios, allá por el 88, cuando el dinero parecía bailar un can-cán furioso. Hicieron economías y comenzaron á vislumbrar más cercana la realización de su sueño de independencia, de patronato, de enriquecimiento. Y Luiggin, sin darse cuenta de aquellas circunstancias anormales, aquel delirio general de grandezas que podía considerarse como una casualidad ó un milagro, recobraba poco á poco los bríos de su juventud, la confianza en sí mismo, la alegría de vivir, de sentirse fuerte, animoso, capaz de conquistar el mundo. Y se decia: ¡El trabajo y la voluntad! ¡No hay nada más! ¡Qué suerte ni qué milagros! Con la energía puede tardarse en triunfar, pero al fin se triunfa, ¡qué diablos!

Marietta, al ver el cambio de Luiggin, su cara plácida en que apenas quedaba la huella de la arruga preocupada y del pliegue irónico y amargo, se reanimaba y rejuvenecía, como una planta mustia puesta por fin en el terreno que necesitaba. Los chicos mayores iban ya á la escuela, y aprendían, y los ligaban cada vez más al país, pues eran completamente de él. ¡Tan diferentes á los niños del Piamonte! Y ya no hablaban de volver á Italia, donde ellos, qui-

zá, se encontrarían solos, sin vinculaciones de amistad ni de costumbres, y donde sus hijos parecerían extranjeros, pues ni siquiera hablaban el dialecto que ellos conservaban en un principio, con la idea de volver más tarde, porque eran recalcitrantes á la prosodia castellana.

En fin, muchos años despuès de haber llegagado y á principios de 1890, sus ahorros les permitieron realizar su sueño dorado. Luiggin alquiló una gran pieza á la calle, en un barrio populoso, compró herramientas, bancos, útiles y madera, y abrió su taller, poniendo orgullosamente sobre la puerta este letrero que él mismo pintó:

CARPINTERIA DEL TRABACO
E LA FORTUNA

—¡No es cierto que se necesiten ni picardías ni milagros!—repetía convencido.

Y... sobrevino la crisis, la revolución, el diablo á cuatro. De repente, no hubo con qué pagar el alquiler, ni cayó un encargo en la carpintería, ni hubo casi qué poner en el puchero. El fuerte y animoso Luiggin, desalentado otra vez, con más arrugas y más hondas, lanzando sarcasmos contra la suerte, tuvo que venderlo todo, bancos, herramientas, útiles y tablas, y antes de entregar al propietario las llaves del taller, borrò con rabia el orgulloso letrero con que había querido hacer ostentación de su triunfo.

IV

Dos años más tarde, casi viejo ya, irónico y desalentado, ha conseguido, sin embargo, establecerse de nuevo por su cuenta. Pero ya no tiene la resolución de antes. Tanto es así que, tratándose del nombre que había de dar al flamante taller, dijo sarcásticamente á Marietta:

—No le pondré ni de la fortuna ni de la suerte, ni de ninguna otra tontería. Le daré el nombre de la primera obra que se me encargue: «Carpintería del banquito» ó «de la mesa de luz...»

El primer cliente fué un cura de una capillita muy pobre, erigida en aquel barrio suburbano. Le encargó un armarito ó tabernáculo para guardar el copón en el altar de las comuniones. Luiggin se puso á hacerlo con fiebre. Y cuando lo terminó, acordándose del letrero, pintó sobre su puerta:

CARPINTERIA DEL TABERNACUL

En seguida, como quedara en blanco un gran espacio de pared desnuda, su espíritu sarcástico le dictó un complemento á aquel nombre estrambótico, un complemento que sintetizaba las amarguras de su vida, los desencantos sufridos, la convicción amarga de que el trabajo

no es bastante para vencer, de que se necesita algo más. Y á un costado del frente, rimando con el título, apareció esta sentencia, que aún leen soprendidos y curiosos los transeuntes:

SI LA VA BEN

A LE UN MIRACUL

Manchas de acuarela.

A Eduardo A. Sala

I

CREPÚSCULO.

Arremolinados entre nubes de polvo llegan los animales al corral cercano, con sordo redoble de pezuñas en el suelo recio y duro, balando en toda la gama, desde el grave y bronco lamento de los padres hasta el chillido agudo, lastimoso è infantil de los corderos. La atmósfera, opaca, vibra sus colores armonizándolos con esas notas é infundiendo en el espíritu una melancolía casi desgarradora, amarga y punzante.

Ovejas y carneros, de lomos amarillentos y sombras de índigo puro, trepan unos sobre otros, y sus líneas indecisas diseñan altos bisontes cornudos; descansan las patas delanteras en la grupa lanuda del que los precede, y

siguen así, marchando con el hocico abierto para lanzar al aire su lamentación.

De la espesa nube de polvo, más atrás, surge la desmesurada y movediza silueta de los peones que, á caballo, hacen molinete con el arriador y silban empujando la majada que desprende un vaho denso de olor acre y penetrante. El movimiento, la luz incierta, el color indeciso, la línea mudable, dan al cuadro el sabor de una pesadilla...

... El pisoteo disminuye, los balidos ralean, la agitación del corral se tranquiliza como el agua revuelta y turbia que va recobrando su paz lacustre, y las primeras gasas tenues de la neblina se confunden con el hálito de la majada soñolienta, y espesan el velo que la esfuma.

Ancho trazo de luz rojiza corta la pared y luego el suelo blanquizco desde una ventana del rancho de los peones, que pasan de vuelta, á pie, como sombras, dando las buenas tardes, para destacarse en seguida, negros, con los perfiles luminosos, entre las oladas de bermellón y de carmín que inundan la cocina; donde el chirriar de las grasas sobre la leña imita el hervidero de un remolino. El nimbo de amarillo y rojo que rodea la puerta y la ventana, borra lo demás, que parece tenebrosa, insondablemente negro...

Brota la luz en la casa, en los corredores: todo se desvanece. A la tristeza sin causa del crepúsculo, sucede la alegría del interior iluminado, de la larga mesa blanca que, hospitalaria, espera...

II

LLUVIA EN LA PAMPA.

Una nube, una sola, arrastrada violentamente por el pampero, manchaba el firmamento azul celeste claro, en que brillaba el sol, alto aún. Parecía que nos hallásemos bajo una inmensa campana, y el horizonte circular estaba libre en un radio de leguas. La nube marchaba al encuentro del sol, muy alta también, cargada de lluvia, con una rapidez vertiginosa.

—Vamos á tener un chaparrón—dijo un paisano.

Las matas de paja brava y de cortadera no se movían en nuestro alrededor; las capas inferiores de la atmósfera parecían dormir; zumbaban en torno los tábanos, los mosquitos, los jejenes; la tropilla se arremolinaba y apeñuscaba en círculo, bajo el ardiente sol, y los pobres jamelgos, desesperados, agitaban las colas en defensa de sus flancos sangrientos, tratando de ocultar la cabeza melancólica entre la masa formada por sus compañeros.

Me quedé á la puerta del rancho, interesado por el drama de aquella nube, arrebatada en medio de tanta tranquilidad, cuando no se movía una brizna en el campo y vagos vapores transparentes, como vibraciones del aire, her-

vían entre los matorrales, á raíz del suelo, con la evaporación violenta de la tierra caldeada por el sol.

La nube era alargada, recortada con curvas caprichosas, cual de copos de algodón en los contornos más cercanos, blanquísimos, que cambiaban de forma, como derrumbamientos súbitos á cada instante, ancha orla de plumón de cisne que corría de Norte á Sur, circundando el cuerpo fusiforme y ceniciento de la nube, muy opaca en el centro, algo más clara luego, en escala descendente, como si se esfumara y su límite, indeciso, quisiera confundirse con el azul casi blanco del cielo.

Bogaba con rapidez vertiginosa, como extraño barco que navegara hendiendo el agua con la banda en lugar de la proa, y á medida que se acercaba iba afectando en la continua variación de sus perfiles, una forma semi-circular, cóncava, cuyo centro pareció, de pronto, situarse en el lugar en que yo me hallaba.

Un instante después, la nube aislada ocultó el sol, perdió la orla su blancura de cisne, la masa aún más opaca, proyectó sombra sobre una vasta extensión de la pampa, como una mancha neutra sobre el verde cálido y vibrado de la hierba, y que corría por el suelo amoldándose á sus menores accidentes, como apocalíptico reptil que sólo tuviera dos dimensiones: el ancho y el largo.

Dos paisanos que seguían á caballo la huella polvorienta, como dos manchitas de color al rayo ardiente del sol, se trocaron de repente

en dos notas grises y galoparon un rato á la sombra, hacia mí como antes, pero más lejos, llevados gran distancia atrás por la luz difusa que los envolvía. La nube siguió su carrera desalada. Los gauchos iluminados de pronto por el sol que me deslumbró al reaparecer, dieron un enorme salto hacia delante.

La nube pasó sobre mi cabeza, cuando ya su sombra huía á lo lejos; pasó como ave fantástica de ala sin rumores, arrebatada por el vendaval de la altura, dejando al sol triunfante tras de ella...

En el ambiente diáfano, tranquilo, fulgurante, de una claridad, de una transparencia de pureza infinita, bajo la vibración blanquecina del cielo y la aureola de gualda del sol, allá en el aire dormido, hubo una avalancha, un derrumbamiento de piedras preciosas, brillantes tallados, rojos rubíes, topacios, amatistas, turquesas, esmeraldas, una lluvia de gemas sorprendentes de hermosura, embriagadoras de riqueza, fascinantes, como si ellas también fuesen luz. Derramábase en la atmósfera ũn caudal, un tesoro, una maravílla, como no la soñó el mismo Aladino, como no se alcanzó á desear en el más fantástico de los cuentos orientales.

La nube, al pasar, había volcado su joyel sobre la pámpa, y caían á montones, precipitadas desde lo alto, las estupendas pedrerías conque se forma el iris, pero no ya en fastuosa diadema, sino en cascada rutilante, en un desbordamiento desordenado y artístico, inverosímil y caprichoso de riquezas que fueron mías, sólo

mías en aquel instante, y que en vano buscará luego la avidez entre la humilde hierba, en el suelo de la pampa que, ávido y avaro él también, las recogió antes de que el sol pudiese devolverlas á la nube.

III

RAYO DE LUNA.

La luna, muy nueva aún, ilumina vagamente la extensión en reposo, deforma los objetos, presta á los matorrales inmediatos apariencias de lejanos y gigantescos árboles, y á las arboledas del horizonte aspecto de vecinos y desmirriados almácigos ó de zarzas bajas y ondulantes.

Entre la masa de índigo del suelo la disputa de las ranas y los grillos se exaspera en la soledad, bajo la sombra de la hierba doblegada por el rocío, y en el aire levemente plateado suele cruzarse el agrio graznido de la lechuza con el alerta espasmódico del tero, la grave voz desapacible é inquieta del chajá y el ladrido confuso de la perrada en las estancias vecinas.

Trotan los caballos envueltos en la luz blanca y falsa, dejan atrás el largo y negro biombo de álamos que señala el límite de una estancia, y que, confundiéndose con su propia inmensa sombra, finge desmesurada altura, y se inter-

nan en otra alameda, un camino misterioso y obscuro. Detrás queda el arco de la luna, como la uña de un dedo de luz que rasgase la techumbre aterciopelada. Vense blanquear, indecisas como una nube rastrera, las paredes de la casa sobre el fondo azul de la noche, allá en el confín de la calle sombría en que el aire, al mover de uno y otro lado las ramas susurrantes, hace saltar y danzar formas inciertas y quiméricas, alimañas de pesadilla y de fiebre entre el follaje de que cuelgan muselinas azules, engañosamente translúcidas, de un azul fantástico y evocador.

IV

Condensación.

La niebla cae como una lluvia lenta, dormida, pulverizada. A lo lejos, lechosa y opalina, envuelve y decora los árboles, las desigualdades del terreno. El panorama es un caos, indivisible é infinitamente dividido, pues la niebla baja aquí, alta allí, allá densa, acá tenue, es una, única y sola, del uno al otro extremo del reducido horizonte, é invade la extensión como las cenizas de una erupción volcánica.

A lo largo de los cinco ó seis alambres de los cercos, las gotas de rocío son interminables y paralelas sartas de diamantes unidas á veces entre sí por el sol de las grandes telarañas, en-

cajes de hilos de plata, recamos blancos de mostacilla, petos principescos de perlas diminutas.

El rocío es tan abundante, que su peso doblega el pasto en los taludes del ferro-carril, dejándolo como pisoteado por la hacienda. Debajo de los vagones, las esferitas apeñuscadas y blanquecinas borran el verdor de la hierba, y simulan el mantel quebradizo de la escarcha.

Al ras del suelo se está como en una alta cima rodeada de nubes que pudieran tocarse extendiendo los brazos, y esas nubes tienen matices desleídos de acuarela, desde los índigos al blanco, en manchas caprichosas de azules, de violáceos, de rojos, de amarillos, de verdes muy lavados y puestos inexpertamente en el papel, velando apenas su blancura.

El espectador está como en la parte baja é interior de una esfera, achatada en sus puntos tangenciales con el suelo.

V

HORA DE MISTERIO.

El aire quieto y transparente ahonda la noche azul; la alta bóveda se ha elevado aún y con ella los astros de oro que, sin embargo, brillan más.

En Oriente un vago resplandor blanco vela sus fulgores.

A lo lejos, en el paisaje sin perfiles, flotan ligerísimas brumas, muy intangibles, muy tenues, y masas negras se agazapan entre los árboles cuya ramazón es una mancha de índigo sobre el fondo, más claro, del cielo.

Hay luz en todas partes, y todo está en tinieblas; se escuchan mil rumores y todo ha enmudecido.

Grazna de pronto una lechuza que revolotea atraída por la lámpara, agria y sarcástica. Sus alas se oyen rasgando el silencio. Pasa apenas el calofrío de su burla intempestiva, cuando ya otra le responde con un cloqueo medroso, erizando la epidermis.

El ambiente húmedo atraviesa el paño y, caricia estremecedora, siniestro cosquilleo, se desliza por la piel.

Alrededor de la lámpara las falenas hacen fantásticos, macabros simulacros, y un grillo que se oculta frente á la ventana amodorra el cerebro y hace zumbar los oídos con la intermitente estrofa insulsa que canta sus sabrosos amores.

No hay color, no hay formas, hasta que salga la luna y blancos imposibles vaguen por la atmósfera amodorrada.

VI

LLUVIA.

Ahora, el agua cae continua, torrencialmente, redobla en los techos y en las hojas de los

árboles que rodean la casa, se quiebra con mil chispas de ópalo en la orilla del alero, levanta móviles estalagmitas en el suelo encharcado, raya el aire como un espejo cortado por millones de diamantes, susurra y cloquea en el albañal, muge dentro de las paredes en los caños colectores del aljibe, llena el aire de mil extraños roces de seda, mide el tiempo campanada á campanada, múltiple y sonora clepsidra, por las goteras del techo.

Desde el corredor se abarca el triste paisaje.

Del cielo plomizo, uniforme, abrumador de melancolia, cuelga una inmensa cortina gris, á la que se suceden otras y otras más, hasta dejar impenetrable el horizonte. Sólo muy cerca, al otro lado del arroyo limitado por la hierba, que fué camino hasta ayer, se ve un retacito de campo fresco, casi luminoso, algunos árboles barnizados por la lluvia; de un verde vivo y brillante, como de porcelana.

Pocos pasos más allá, los mismos edificios comienzan á ocultarse tras del trémulo telón, y más lejos; los animales inmóviles, con la cabeza gacha y el anca al viento, reciben pacientes el diluvio,—manchitas sucias sobre el fondo verdoso y frío.

Todo lo demás se ha disuelto en el agua y agua es el cielo mismo.

Reportaje endiablado.

A Alberto I. Gache.

I

—¡Váyase usted al infierno!
—Inmediatamente, señor Director.

II

En la antesala, no había nadie, y profundo silencio reinaba en las oficinas infernales. Me atreví á asomar las narices por la puerta de una especie de alcoba, y quedé estupefacto: Satanás dormía la siesta á las dos de la tarde, como cualquier funcionario del interior. Debí hacer ruido porque mi hombre despertó, y restregándose los ojos y en medio de un bostezo, preguntó malhumorado:

—¿Quién es? ¿Qué se le ofrece? ¿A quién busca?

—¿Tengo el honor de hablar con el señor Satanás en persona? Soy reporter... y venía...

—Sí, sí: reporter; ya sé... Tengo muchos aquí. Me aburren todo el día á fuerza de preguntas... Son un verdadero suplicio... Usted, también querrá preguntarme, ¿no?

—En efecto, y si usted permite... El lugar que ocupa, la importancia de sus funciones y la trascendencia que tendrá su actitud en las actuales circunstancias, tan erizadas de dificultades y peligros...

—Ta, ta, ta, señor reporter. Está usted muy atrasado de noticias, cuando no sabe que me he retirado á la vida privada. Sí, amigo, sólo quiero silencio y olvido, y que se me deje gozar en paz de mis rentas... ¡Bastante he trabajado en esta última cincuentena de siglos!...

A todo esto, Satanás se había sentado á la orilla del catre, y se abrochaba los botines de suela angosta y larga, una de sus grandes invenciones.

—Sin embargo—exclamé,—su opinión es tan decisiva, influirá tánto en la marcha ulterior de los sucesos, que sería un triunfo conseguir esa primicia y darla á la publicidad. Además, usted está en el deber de decir una palabra y el Director sabe muy bien cuándo debe mandarnos al diablo!...

—¡Pues amigo!—contestó Satanás, desperezándose hasta descoyuntarse, — viene usted mal. No sé nada de lo que ocurre, y no estoy para ocuparme de tonterías.

—Pero, ¿no dicen que maneja usted el mundo en compañía de la carne?

—Eso fué, hace siglos... por inexperiencia. Siéntese.

El se tendió en un sofá, ofreciéndome una silla.

—¿Y ahora?—inquirí.

—Ahora, la humanidad se maneja á su antojo, y como anda dada al diablo, y la vida es un infierno, poco tengo que preocuparme de ella. Ella se lo guisa, ella se lo come y las zahurdas de Plutón como llamó Quevedo á nuestra residencia, están más pobladas que nunca...

—¿Ha modernizado usted los sistemas?

—En efecto: He adoptado el de las sociedades anónimas y he convertido mi gran establecimiento en una compañía de que soy el principal accionista. Le presto mi nombre, maneja mis capitales y me da mi parte de los dividendos sin exigir nada de mí.

—Pero las tentaciones...

—La gente se tienta sola, amigo. Antes, me daba un trabajo de todos los demonios para hacer pecar á unos cuantos pobres diablos que no me dejaban tiempo para nada. Muchas veces tenía que pasarme días enteros en una miserable tentación, que solía fracasar, porque, por atender á este, descuidaba á aquellos, y todo iba como el diablo. Hasta estuve por hacer bancarrota en una ocasión...

—¿Los gastos son muchos?

—Ahora no. El sistema moderno tiene grandes ventajas: sin riesgos, sin alternativas graves; no tengo sino una responsabilidad limitada,

y la empresa prospera á vista de ojo. El costo del funcionamiento es pequeño, porque los hornos eléctricos son muy económicos, exigen poco personal y sustituyen con ventaja á las calderas de pez hirviendo, sucias, antihigiénicas y de un gasto bárbaro. Pedro Botero lo maneja todo por medio de conmutadores, desde su oficina, y los tres condenados del motor y los dinamos, que trabajan como unos ángeles, están hoy en el Paraíso gracias á la sencillez de la maquinaria. ¡Oh! el infierno, confortable y bien alumbrado, está limpio como una patena, y da envidia á los conservadores y retrógrados del Cielo, que ni siquiera tienen pavimentos de asfalto...

—Muy bien. Pero ¿qué hace usted para que no disminuya la inmigración?

—Nada.

—¡Cómo así!—exclamé con asombro.

—La gente se ha hecho muy desconfiada, y no hay que despertar sospechas con ofrecimientos de ninguna especie.

—No comprendo.

—¡Inocente! Si usted ofrece algo á su prójimo, así, de buenas á primeras, le hace temer que haya trampa, y se malogra el negocio. Ahora dejo que mis competidores ofrezcan el Cielo, con estrellas y todo; yo me callo, y, como es natural, la clientela toma el camino de mi casa, convencida de que no le daremos aquí gato por liebre.

Y Satanás, se levantó dando por terminada la entrevista.

—Pero ¿y los pactos con el diablo?—pregunté al despedirme.

—¡Oh! ¡antigualla! *vieux jeu,* engañabobos contraproducente. ¡Cuàntos he tenido que protestar, al divino botón, porque no me han pagado ni por esas! Melmoth se reconcilió. El mismo Fausto, á quien di plata, juventud, una linda moza y qué se yo quė màs, me estafó al fin, me hizo el cuento del tío... Ahora no doy, ni prometo nada... Los ricos vienen porque tienen dinero, los pobres porque quieren tenerlo... Y yo paso tranquilamente mi eternidad. Buenas tardes.

—Para servir à usted.

—Cuando esté desocupado véngase á mis five-o'clock. Tenemos canto llano, y un predicador estupendo...

La comedia diaria

A Juan Pablo Echagüe

I

Linda... lo era, y elegante, y espiritual, y simpática con sus ojos de violeta, su cabello castaño, sus formas delicadas y flexibles, su frente límpida y serena...

Era, también, la más honesta de las mujeres, y ni una sola de sus amigas se había atrevido á tijeretearla mucho.

Todo el mundo recordará sin duda aquella época triunfal de la juventud de Matilde; pero muchos habrán olvidado su drama y las circunstancias en que se desarrolló. Sin embargo es interesante.

La «festejaba»—como se decía entonces,—el doctor Juan F., hombre serio ya, de buena posición y mayores esperanzas; pero aunque la siguiera á todas partes, mostrándose solícito y

rendido, tardaba demasiado en pronunciarse. Muy distinto del otro, este don Juan no tenía más que buenas intenciones, pero no estaba dispuesto á comprar gato encerrado. Prefería saber antes, para no llamarse á engaño cuando fuera irremediable.

Matilde, con su perspicacia de mujer inteligente, comprendió, desde el primer momento, que el pez había picado de veras, y que lo tenía bien seguro. La madre, con quien habló del caso, fuè de la misma opinión. Pero la urgía definir posiciones, abandonar de una vez el papel de ingenua, llegar á la alta dignidad de mujer casada. Y un buen día resolvió poner en juego toda su habilidad y precipitar los sucesos.

La fortuna de sus padres era escasa. Sin embargo, no la faltaban cortejantes, unos enamorados realmente de su belleza y espiritualidad, otros aficionados al flirt sin consecuencias y otros, por fin, pescadores de río revuelto. Y entre todos, eligió al menos peligroso á su juicio, para excitar el amor de don Juan y obligarlo á un rápido desenlace... ó enlace mejor dicho.

Luis, el elegido para mecha que pusiese fuego á la pólvora, no estaba mal en su papel: veintiún años, bien parecido, fogoso, versificador si no poeta, y con un alma romántica que no parecía de estos tiempos, ni de otro país que el encantado de los Amaury ó los Ruy Blas.

La primera mirada tierna lo derritió; la primera charla amistosa lo volatilizó. ¡Ya podía

don Juan ir apresurándose á presentar su formal pedido á los padres de la niña! ¡No había escape!

II

Tal pensaba por lo menos Matilde, que sin desatender al pretendiente serio, hacía gala de dedicarse más gustosa al joven poeta. Pero don Juan, razonable y juicioso, era poco accesible á los celos, y consideró aquella maniobra como una niñería sin importancia, un coqueteo casi podría decirse natural en una joven tan bella, para con un galán que le cantaba himnos en todos los tonos, haciendo derroche de endecasílabos y de octavas italianas. Además, él mismo no había llevado las cosas tan lejos que le permitieran exigir la exclusividad en la atención de la niña, ni cosa semejante.

Exasperada al ver la poca eficacia de su juego, Matilde lo forzó aùn, permitiendo mayores familiaridades á Luis, pero notó con rabia y no sin temores, que cuanto más se acercaba el poeta, más se alejaba el prudente don Juan. Era el momento de cambiar de táctica si no quería perder el novio seguro para quedarse con un jovencito, muy estimable por cierto, pero cuya pobreza del momento y cuyo dudoso porvenir aplazarían indefinidamente el día de la boda.

Todos los pretextos le fueron buenos para atraer á don Juan.

Afectó cierto airecillo grave que no la sentaba mal; trataba de no hablar con él de cosas frívolas, halló medio de mantener á Luis hecho á un lado durante algunas semanas; y tanto hizo, que por fin provocó la declaración deseada, aunque no sin ciertas reticencias, quizá inapreciables para cualquier otra menos astuta y perspicaz.

—¡Bueno!—se dijo.—No me queda otro recurso que convertirme en vieja, si no quiero que se me escape.

No pensaba así sólo por cálculo. Estimaba mucho al doctor F., y estaba segura de amarlo en cuanto se casara con él. Pero ante todo, la urgía casarse.

Luis, entretanto, extrañado de su largo destierro, y convencido de sus derechos y prerrogativas, volvió á la carga con petulancia juvenil. Matilde no se atrevió á desahuciarlo de buenas á primeras, temiendo un estallido é hizo el plan de una sabia graduación, desde el cariño hasta la indiferencia más completa, plan que debía desarrollarse en pocas semanas. Pero no contaba con la rígida sensatez de su pretendiente.

—Matilde—la dijo una vez don Juan, mientras miraban juntos unos grabados,—bien sé que sólo se trata de inocentes bromas, pero... si usted me promete no enojarse...

—Diga usted — murmuró Matilde viéndolo

venir, y ruborizándose hasta la raíz de los cabellos.

—Pues á mi juicio, hace usted mal en mantenerse en un pie de familiaridad con... personas muy dignas de aprecio, no lo dudo, pero que pueden dar lugar á suposiciones equívocas...

La niña lo miró, á punto de encolerizarse; pero el doctor F. la había dicho aquello con tanta dulzura, la miraba con ojos tan francos y serenos, tenía tanta razón por otra parte, que en vez de la protesta y la indignación, sólo tuvo un poco de llanto, que apenas si alcanzó á humedecerle las pestañas.

—Haré lo que usted quiera—murmuró.

Don Juan se lo agradeció con una larga mirada de ternura.

III

La explicación con Luis fuè borrascosa. El joven, desesperado, no podía creer en un cambio tan brusco, tan completo, tan desgarrador. Pero tuvo que convencerse. Matilde llegó hasta ordenarle que no volviera á poner los pies en la casa, ni á seguirla en los salones, porque la comprometía...

—¡Está bien! ¡Yo sè lo que he de hacer!

—¿Me amenaza? ¡Pues haga lo que quiera!

—¡No amenazo, no!... ¡Pero no ha de reirse

usted de mí sin que le remuerda la conciencia!...

Matilde se quedó perpleja y asustada. ¿Qué iría á hacer aquel loco romántico y apasionado? Con su carácter ardiente y su cabeza llena de ideas violentas era capaz de todo.

¡Y, en efecto, el pobre Luis había ido sencillamente á pegarse un tiro, como solía hacerse en tiempos febriles, con más frecuencia que ahora, por desengaños amorosos!..

No acertó por fortuna á matarse, aunque se hiriera malamente.

Matilde sufrió, se lamentó de aquella locura, consolada en el fondo con la idea de que ya había desaparecido todo obstáculo posible entre ella y don Juan. Y esperó ansiosa la visita de éste, para tener de sus labios la confirmación de esta esperanza.

Pero don Juan tardó en aparecer.

La tentativa de suicidio de Luis había tenido enorme resonancia. No se hablaba de otra cosa. Su nombre y el de Matilde sonaban juntos en todas partes. El doctor F. lo sabía, el asunto lo preocupó en alto grado, y quiso pensarlo muy bien antes de tomar una resolución...

El caso no dejaba de ser arduo...

Por fin, al cabo de unos días, Matilde recibió una carta que abrió llena de ansiedad, adivinando de quién era. Don Juan la decía sencillamente entre cosas no tan amargas: «El hogar á »que yo aspiro no debe tener en sus cimientos »nada que comprometa su futuro. Quiero un »pasado sin una nube, porque la menor neblina

»suele convertirse luego en serie interminable »y dolorosa de tempestades.»

Y terminaba diciendo: «Usted es merecedora »de toda clase de felicidades y dado mi carác»ter, no las alcanzaría conmigo. Le devuelvo, »pues, su palabra, adelantándome á lo que qui»zá sobreviniera, cuando ya no hubiese reme»dio y hago votos por su dicha, que yo no podría hacer.»

Matilde quedó aterrada, fulminada. ¿Qué culpa tenía ella en lo que había sucedido? ¿Una simple coquetería sin consecuencias debía pagarse tan caro?

Luego pensó en Luis, que al fin había intentado matarse por ella... Pero Luis, una vez bueno, cambió también completamente de modo de pensar, y ni aun trató de verla. En cuanto á los versos que habían contribuído tanto á su extravío, no tardaron en aparecer, en una bonita *plaquette*,—dedicados á otra...

Y todo esto, que había ocurrido antes millones de veces, siguió ocurriendo despues millones de veces más.

Un héroe del 90.

A Eduardo Talero

I

La noticía de que el Presidente de la República había renunciado, corrió en la tarde del 6 de agosto como un reguero de pólvora por la capital, inflamándola de entusiasmo.

Aunque estuviese en cama, Pedro no tardó en saberla también y quiso levantarse. Pedía detalles, explicaciones, ampliaciones, y parecíale oir á lo lejos el rumor de la multitud que festejaba con transportes de júbilo el triunfo definitivo de la libertad. Vibraban sus nervios, corría aceleradamente la poca sangre que le quedaba en las venas, brillábanle los ojos, y el acontecimiento que á tal extremo lo exaltara, fué medicina que aceleró después su curación.

Pero no dejaron que se levantase. El enfermero adujo las órdenes terminantes que tenía, y consiguió tranquilizarlo prometiéndole que le llevaría los diarios y cuanto boletín apareciese... Y le llevó tres, cuatro, seis, una docena, con e texto de la renuncia, con el de la aceptación del Congreso reunido en Asamblea, con la crónica de la trascendental sesión... A pesar de su satisfacción desbordante, Pedro masticaba y no podía tragar ciertas frases de la renuncia, que le parecían otros tantos insultos personalmente dirigidos á él:

—«Un motín de cuartel ha ensangrentado las »calles de la capital y llenado de dolor al pueblo »argentino que descansaba tranquilo en la se»guridad de sus altos destinos». ¡Qué cinismo, qué desvergüenza! «Medios criminales de rea»lizar evoluciones políticas y satisfacer ambi»ciones de círculo...» ¡Innoble calumnia arrojada sobre la justa indignación de todo un pueblo! «El motín ha sido vencido». ¡Mentira! La revolución santa ha continuado en otra forma, hasta vencer. El mismo lo dice: «Mis esfuerzos han sido inútiles». ¡Cómo si hubiese hecho un solo esfuerzo que no fuera egoísta!...

Un paquete de petardos de la India que estalló allí cerca, semejando un fuego graneado de fusilería lejana, trajo á su memoria los días de la revolución con sus ansiedades y sus esperanzas, con su fiebre, tan diversa de la que lo sacudía en aquel momento... Y las escenas, ora terribles, ora triviales que había presenciado ó en que había sido actor, volvieron á presentar-

se á sus ojos, desde la interminable noche en que aguardaba el amanecer del 26 de julio, hasta el instante en que cayó ensangrentado junto á la balaustrada de la azotea, simplemente contuso, según le pareció. ¡Cuánta mudanza! El fragor del combate, luego la calma terrible de la derrota, el silencio tétrico y aterrador de un pueblo dos veces vencido, una agonía lenta y bárbara en que las horas eran años; y por fin, cuando menos se esperaba, el triunfo moral, inmenso, indiscutible; la caída del gobernante infiel, el pueblo redimido y alborozado, echándose á la calle á manifestar su júbilo, iluminando, embanderando la ciudad, quemando pólvora como incienso ante el altar de la patria reconquistada, salvada, más grande y más gloriosa que nunca.... ¡Oh qué felicidad, qué honor haber contribuido con la propia sangre á la obra de redención, cumplida ya! Todos los padecimientos son pocos cuando se llega á la realización del ideal...

Al día siguiente, 7 de agosto, desde el amanecer, Pedro, que casi no había podido dormir, devorado por la fiebre del entusiasmo, se revolvía en su camita estrecha, prestando oído á los menores ecos que llegaban de afuera, y la cabeza le zumbaba llena de voces y aclamaciones imaginarias que pronto iba á escuchar en realidad, y más intensas, y más vibrantes, y más locas de lo que imaginaba.

A las ocho no pudo seguir conteniéndose y se levantó después de vencer las últimas débiles resistencias del enfermero, ganado también

por el alborozo que en el ambiente había. Salió á la calle, y los primeros pasos le costaron gran esfuerzo, pues estaba muy débil, y el aire vivo, el sol, el frío, le produjeron algo como un mareo, una embriaguez en que se confundían la alegría, la zozobra, la salud y la decadencia pasajera en que se hallaba. Pero fué reponiéndose poco á poco, à medida que avanzaba por las calles cada vez más henchidas de gente, toda con expresión risueña, toda satisfecha de sí misma, toda pronta á las ruidosas expansiones.

El también necesitaba entregarse, abrir su alma, dar salida á los sentimientos que rebosaban del corazón y no le cabían en el pecho todavía anhelante. Pero veía con cierto desdén los grupos que peroraban en las puertas de las casas particulares y de comercio, en las esquinas, en todas partes.

—Si hubiesen ido á tomar un fusil, como yo... Si cada uno de estos hombres hubiera derramado su sangre... Pero ¿dónde estaban *entonces?* ¿Por qué no acudieron al Parque, á los cantones?

Se consideraba héroe entre tantos ciudadanos apáticos y cobardes, que creían cumplir su deber con sólo festejar el triunfo de los que se habían sacrificado por ellos; y buscaba inconscientemente las miradas que debían fijarse en él, las señales hechas con el dedo, las manifestaciones de aprobación respetuosa, los cuchicheos admirativos... Pero nada; era uno de tantos, indiferente para la multitud que no se detenía ni á mirarlo. ¡Qué! Ya dos ó tres tran-

seuntes habían tropezado con su brazo herido, sin parar mientes en ello, como si ese brazo no fuera colaborador abnegado de la obra que glorificaban en aquel momento... La amargura de aquella indiferencia, tan natural sin embargo, le oprimía la garganta y le llenaba los ojos de un vapor de agua... Pero el sol brillante, el aire tenue, la alegría general reponíanle muy luego, haciendo que desechara pensamientos tristes y egoístas.

—El sacrificio debe ser completo, ó deja de ser tal. La abnegación es tanto mayor cuanto más ignorada...

Y seguía avanzando lentamente por las calles de la ciudad, que se llenaban de pueblo cada vez más ruidoso, más expansivo, más entusiasta. En los balcones, en las azoteas, hasta en las puertas de calle flameaban al viento las banderas argentinas, con una profusión tal como nunca se había visto hasta entonces, y sin embargo iban en aumento minuto por minuto, como la muchedumbre que pululaba sin rumbo, de aquí para allá, siempre en movimiento, siempre agitada por una satisfacción nerviosa, rayana en paroxismo.

—¡Hola amigo! ¿Ha visto? ¡Si tenía que suceder! Si una revolución tan linda no podía perderse... ¡Ya se fué el burro!

Era Alvarez, un compañero del cantón, que apenas vió á Pedro corrió á él y le dió un formidable abrazo. El herido disimuló el dolor que el apretón le produjo, y contestó efusivamente:

—¡Ah! ¡Ya era tiempo! ¡Nos ahogábamos! No se podía vivir...

—¿Cuándo supo la noticia? Yo ayer mismo, á la tarde; y no quería creerla... Anduve por todos lados. ¿Ha visto qué manifestaciones, qué alegría? Yo no dormí anoche, no pude... ni un minuto... Las casas estaban todas iluminadas; hasta los más pobres habían puesto sus lámparas de kerosene en las ventanas, y flores y trapos vistosos... La gente se abrazaba por la calle... Y banderas de todas las naciones... Los cafés estaban llenos, y los dueños ó los mismos clientes convidaban á la concurrencia... Qué distinto de aquellos días del cantón ¿se acuerda? y de los siguientes, cuando Buenos Aires parecía de luto, y estaba de luto ¿no le parece?

—¡Ya lo creo!—exclamó Pedro, un poco apenado de que ni aquel camarada del cantón, que lo había visto caer sin embargo, se acordara de su herida, ni le preguntara siquiera cómo seguía.

Alvarez continuó;

—¿Para dónde va?... Yo lo acompaño... Hoy es día de fiesta y no hay nada que hacer... Mire: se están cerrando las casas de comercio, sin que nadie haya dado orden... Es que todo el pueblo, gringos y criollos, está con nosotros... Si el *burro* viera esto, pasaría un mal rato... Pero dicen que ayer mismo, en cuanto presentó su renuncia, se mandó mudar, de miedo de una pueblada... ¡Claro! Ningún hombre puede burlarse impunemente de un pue-

blo; porque el castigo y la venganza llegan tarde ó temprano...

Y sin transición, atropelladamente, como estaba hablando hacía rato con la fiebre que lo devoraba, preguntó:

—Y usted ¿dónde estuvo anoche?

—No me dejaron salir... por mi herida... No vi nada...

—¡Ah! Es cierto que lo hirieron en el cantón... Pero yo, ya le digo, anduve toda la noche, y me parece que hoy va á ser lo mismo, porque éste tiene cara de día de manifestaciones. ¡Mire, mire!

Por la bocacalle pasaba un grupo de gente, hacia el cual se precipitó Alvarez corriendo. Todos los que lo formaban habían adornado sus sombreros con ramitas de espinillo en flor, arrancadas de los árboles en alguna plaza, ó compradas á los vendedores, cuya fragante mercancía desaparecía rápidamente de las canastas, pues la muchedumbre adoptaba todas las formas demostrativas de contento.

Pedro no tuvo aliento para seguir á Alvarez, y lo perdió de vista apenas se mezcló al grupo que aclamaba al general Mitre, al general Roca, al doctor Pellegrini... Volvió, pues, á encontrarse solo en medio de la multitud creciente, que gritaba, vitoreaba, vociferaba á ratos, haciendo llegar hasta su oído intermitentes clamores, ya lejanos y semejantes á una ola que rompe en las rocas, ya inmediatos y formidables como una sucesión de estampidos. Y en este caso él también gritaba, vitoreaba sin

saber á quién ni á qué, sólo porque sentía un cosquilleo en la epidermis, un erizamiento en el cuero cabelludo y un ansia en el pecho, y un vacío en el estómago, que le obligaban á abrir la boca y á prorrumpir en vivas, agitando el sombrero en la mano derecha, como un desahogo necesario, urgente, como un acto instintivo y salvador...

Perdió la noción del tiempo, que sin embargo le parecía largo, interminable, como las horas eternas del cantón; y todo era bello á sus ojos, bajo el sol claro y el cielo sin nubes, y todo, hasta los objetos más triviales, hasta las personas más ínfimas, asumían una importancia desmesurada y misteriosa que lo hacía desear abrazarlas, besarlas, acariciarlas. Hasta el último dejo de amargura se había desvanecido en su alma rebosante, desbordada, capaz en aquel momento de confundir en el mismo amor á la humanidad entera.

Cuando, más tarde, trató de reconstruir aquella jornada, su memoria sólo le presentó un cuadro confuso, desordenado, en que se mezclaban los acontecimientos, los lugares, las personas. ¿A qué hora habló el nuevo Presidente prometiendo que bajaría del poder en brazos del pueblo? ¿Dónde vió la innoble mascarada, el burro llevado del ronzal y azotado despiadadamente, seguido por la multitud que producía formidable estrépito vociferando: *¡Ya se fué! ¡Ya se fué!* con el ritmo del *pan francés*? ¿Cómo se halló dentro de aquel carruaje descubierto en que iban ocho personas más,

cubiertas con boinas, que vivaban á todo el mundo y eran contestadas por los pasajeros del tranvía que marchaba adelante, lleno hasta el techo en que se habían trepado algunos con las piernas colgando hacia afuera? ¿Cuándo y cómo perdió el conocimiento, desmayándose de debilidad en plena calle?

Recordaba sí, este incidente, el último que le había ocurrido. Sintió de pronto que se le iba la cabeza, como si sufriera un vahido, y extendió los brazos buscando apoyo en la multitud que lo rodeaba. Cuando recobró el sentido hallóse en un café, y notóse en la boca un fuerte sabor de cognac. Tenía á cada lado un desconocido, y los curiosos formaban apiñado círculo en torno suyo.

—¿Está mejor?—le preguntó el hombre de la derecha, dándole otro sorbo de cognac.

—Sí, muchas gracias. No es nada: un poco de debilidad... ya pasó...

—¿Está enfermo?

—No... Es la herida... Desde el 27 estoy en cama... Hoy me levanté...

—Es un herido—murmuraron algunos.—Es un herido — repitieron otros. — Un herido del Parque— dijeron más lejos.—¡Viva el herido! —gritó uno más allá.—Y el café se llenó de un nuevo clamor, entusiasta, elocuente, y todos se precipitaron hacia él para estrecharle la mano, para tocarlo, para admirarlo, para estrujarlo con cariñosa y espontánea efusión. Le hicieron beber más cognac, aunque lo que necesitaba era alimento, después de tantas horas

de marcha y de emociones no interrumpidas. Pero se brindó por él, por los revolucionarios, por los mártires, por el nuevo Gobierno... Y nadie le preguntó su nombre, pero él, naturalmente, no pudo menos de retribuir esos brindis, satisfecho, orgulloso de verse eje y centro de toda aquella gente entusiasta y patriota, comerciantes, empleados, hombres de cierta posición social á juzgar por su traje y la importancia del café.

Un joven habló con el dueño del establecimiento, que inmediatamente impartió órdenes á sus mozos; un momento después aparecían éstos con grandes bandejas llenas de copas de champaña, y comenzaban á saltar con alegre estrépito los gruesos tapones y á hervir el vino de las botellas con rumor de manantial. El joven que invitaba así á todos los presentes, subió sobre una silla con una copa en la mano, establecióse el silencio, y dijo:

—Señores: Porque la sangre derramada por los héroes de Julio, notorios ó ignorados como el señor, pero gloriosos siempre, haya lavado, para hoy y para lo futuro, cuanta mancha pudiera obscurecer ó empañar el escudo argentino! Señores: ¡Viva la patria!

Un inmenso clamor, acompañado por el repique de las copas y el golpear de los pies en el piso de madera, contestó á estas palabras. Y la algazara continuó con brindis parciales, conversaciones en tono de discurso, vivas á que respondía parte de la concurrencia...

—¿Quién es ese que ha brindado?—preguntó Pedro á un vecino de mesa.

—¿No lo conoce? Es Sánchez.

—¿El doctor?

—El doctor.

—Pero ¿no era gubernista?

—Hombre, creo que sí...

Pedro comenzó á sentirse mal otra vez. Aquella atmósfera cargada, espesa por la respiración, el humo de los cigarros, los vapores del vino, le producían la sensación de tener un círculo de hierro en torno de la cabeza, vacía y dolorosa, pues la anemia durante un momento burlada con el alcohol, recobraba su imperio, aprovechando la falta de alimento.

—Me voy—dijo, y se levantó tambaleando.

Pero no dejaron que se fuera solo. Un grupo de personas salió con él, y lo detuvo largo rato en la acera, hasta que pasara un carruaje desocupado. Todos iban atestados de gente, tan llenos que casi no podían con ellos los caballos. Por fin uno de los acompañantes se resolvió á detener una victoria ocupada por cuatro extranjeros.

—¡Es particular!—le gritó el cochero, evitando que subiera más gente.

Pero el otro se acercó al estribo, y habló con los paseantes... Un herido... ¡Un herido del Parque!

—¡Oh! entonces... con mucho gusto. ¡Inmediatamente!

Y los caballeros bajaron de la victoria, estrecharon la mano de Pedro, y éste subió con

ellos, conmovido, sintiendo que el corazón le latía de otro modo.

—¡Viva! — gritaron los que se quedaban, cuando el carruaje echó á andar—¡Vivaaa!

No sabían su nombre, no lo sabrían jamás.

...

II

Pedro se repuso de las emociones de aquel día memorable, y recobró rápidamente las fuerzas. Su padre y Juana, la novia, informados de su mejoría, consolados ya y alegres después de tantos temores y congojas, lo aguardaban de un momento á otro. Don Antonio había querido venir en su busca á Buenos Aires, pero una carta del herido le disuadió del intento. «Estoy tan bien como podrás observarlo por »tus propios ojos en la letra de esta carta y de las »anteriores, de modo que te incomodarías inú»tilmente, lo que es una locura á tu edad y con »tus achaques. Si no he ido ya, es porque el »médico esperaba la completa cicatrización de »la herida, ó por lo menos que su estado no »permitiera que se reabriese con cualquier »movimiento falso. Probablemente saldré pasa»do mañana, y ese mismo día podré abrazarte, »con tanta mayor alegría cuanto que los desti»nos de la patria parecen para siempre bien en»caminados.» Otra carta dirigida á Juana tendía á desvanecer sus últimos temores y á ma-

nifestarle un cariño más tierno que nunca, pues «en el peligro he aprendido á apreciar cuánto »vales y cuánto te quiero: la muerte me era »más dolorosa pensando en que te perdía.»

El día de su llegada lo aguardaban en la estación don Antonio, Juana, su mamá y Luis, —otro revolucionario, menos heroico porque no resultó herido,—formando grupo aparte, y algunos miembros del comité y vecinos nacionales y extranjeros, sabedores de su vuelta y deseosos de manifestarle su aprecio; allí estaba la banda de música, y el comité había designado á uno de sus miembros para que le dirigiera la palabra en nombre del pueblo.

—Pedro no se espera indudablemente esta manifestación—dijo Luis paseando la mirada por el andén lleno de gente movediza y rumorosa.

—Sin duda — contestó Juana, satisfecha, aunque trataba de disimularlo.—Porque al fin, no ha hecho más que cumplir con su deber.

Y en sus ojos, desmintiendo sus palabras, brillaba la convicción de que en estas épocas «cumplir con el deber» es acto heroico y merecedor de premio.

—Su deber... ó lo que él cree su deber—murmuró don Antonio.—Muchas veces un error generoso parece un deber, porque exige sacrificio. Pero no hay nunca razón de estrellarse la cabeza contra una pared sólo porque está mal levantada...

El anciano seguía creyendo, creía más que nunca que aquella revolución, como todas las

revoluciones, no valía lo que el trabajo lento y persistente de todo un pueblo animado por la inquebrantable voluntad de ser libre y dueño de sí mismo. Encarándose con Luis continuó:

—Lo he dicho y lo repetiré hasta el cansancio: la última sacudida será estéril, justamente porque es una sacudida, una explosión, no un esfuerzo lógico y continuado, una labor de todos los días. Estos espasmos cuestan más y son menos eficaces, porque el pueblo sale de ellos enervado, rendido é incapaz de persistir, no ya sólo en la explosión, sino en su misma tarea... No, esto no es ni el deber ni nada que se le parezca...

—Ya sabe, don Antonio—replicó Luis un tanto incomodado, pero dejándolo traslucir apenas —ya sabe que respeto sus opiniones, pero no pienso como usted... Al contrario, me parece...

—¿Que chocheo, no?—interrumpió el viejo, sonriendo y golpeando las piedras del andén con la contera del bastón.—¡Si tengo unas vejeces!...

—¡No digo semejante cosa!—exclamó Luis.

—¡Qué don Antonio éste!—añadió doña Carolina por decir algo, aunque no hubiese entendido muy bien la homilía provocadora de aquel tiroteo.

—Pues hace bien en no decirla—continuó don Antonio, sin dejar de repicar con el bastón.—Hace bien, porque no es una chochera; yo también suelo leer los librotes que están saliendo ahora sobre política ó *sociología* como hoy se la llama, y veo en ellos que mi experiencia, por

lo mismo que es tranquila, no me ha descaminado. ¡Al revés! Los modernos quieren basarse en los hechos, en el estudio *experimental*, como ellos dicen y, claro está, tienen que coincidir entonces con los viejos, que han visto mucho y han observado mucho, siempre que éstos no sean rutinarios, como no lo soy yo...

Algunos conocidos se habían ido acercando poco á poco, al ver que el anciano estaba entregado de lleno á una de sus sabrosas pláticas sobre «esto, lo otro y lo de más allá.» El lo notó, y alzó la voz para que sus palabras alcanzaran bien á todo el improvisado auditorio que le formaba rueda, con gran descontento de doña Carolina que, cortada, no sabía qué postura adoptar.

—Pues yo le digo á usted, Luis—siguió,—que yo, y esos modernos que tienen que coincidir conmigo, que saben *aquí* menos que yo, porque ellos estudian en Europa y yo observo aquí en *mi tierra*, que es cosa muy distinta, no podemos arribar nunca á la conclusión de que las revoluciones sean benéficas aquí, por la sencilla razón *de que la experiencia ha demostrado y está demostrando precisamente lo contrario, todo lo contrario*, así, como suena. Y ¿quiere que le diga, por ejemplo, lo que se ha ganado con la última?... Pues véalo con sus propios ojos. El expresidente ha caído, porque sus amigos, sus cómplices y sus instigadores, se han asustado y le han vuelto las espaldas, con el único objeto de estar libres para mantener y conservar sus posiciones, lo que á su jui-

cio iba á ser muy difícil con esa piedra al cuello. El sucesor no ha hecho sino vagas, vaguísimas promesas, que el mismo pueblo, embriagado por lo que creía un triunfo, se encargó de exagerar y de dorar vistosamente, y apenas sentado en su sillón, su primer pensamiento, su primer acto ha sido romper y enredar los hilos que se mantenían atados desde la revolución, para que ésta no pudiera repetirse fácilmente. Ahora... ¡trabajo les mando! Todo el mundo está todavía satisfecho porque le han quitado el símbolo representativo de las cosas, aunque esas *cosas* queden, estèn en pie del uno al otro extremo del país...

Y el viejo enarboló el bastón y lo alzó en la mano como si fuera un asta de bandera.

—Hay que apelar á otros medios... Hay que empezar por el principio.

Calló, y los curiosos que lo rodeaban comenzaron á separarse con miradas significativas y algo burlonas de incredulidad.

—Sí, Luis—añadió entonces don Antonio, tomándolo de la solapa.—Mi hijo y usted, ya que son tan patriotas, deben hacerlo así: empezar por el principio, buscar y encontrar la falla causante de todos nuestros trastornos y de todos los abusos que se cometen, y dedicar la vida entera, si es preciso, á corregirla... Yo creo haber encontrado esa falla... Creo que está en la justicia...

En esto sonó el redoble de un tambor, un golpe de bombo y platillos y rompió á tocar la banda. Llegaba el tren... Cuando bajó Pedro

hubo primero una confusión, porque el joven, sin darse cuenta de que le aguardaba una manifestación popular, se precipitó hacia el grupo en que veía á su padre y á su novia, y en que fué recibido con los brazos abiertos. Pero no escapó al discurso.

—Señor Pedro García, Señores—oyó de pronto que gritaban junto á él, á voz en cuello.—¡El pueblo saluda por mi humilde intermedio al héroe de la Revolución de Julio!... etc., etc.

III

Al día siguiente ya nadie se acordaba de todo aquello. Nadie más que el hèroe...

Puntos de vista.

A Román Bravo

—¡Oh! ¡el mar, el mar!—murmuró Teresa.—¡Quisiera verlo, vivir junto á él, embriagarme con su olor, marearme con su ruido eterno!...

—¡El mar! El mar, es como todo—replicó Ernesto con acento irónico y desabrido.—Los libros mienten mucho, y te han engañado otra vez...

—No te creo... quisiera verlo, conocerlo... Tú, no amas la naturaleza, eres mal juez.

—¡Bah!—Ya lo verás algún día y entonces... Mucha agua, que se mueve más ó menos... y pare usted de contar. Vé, cuando quieras... no está lejos.

—Tendrás que acompañarme tú.

El marido se encogió ligeramente de hombros y dijo con indiferencia:

—El primer día que salgamos á pasear á caballo.

Estaban en la estanzuela, cerca de la Ensenada de Samborombón y aunque aquella no era propiamente la costa del Atlántico, pues el caudaloso río lleva aún sus aguas hasta allí, mar es, al fin y al cabo, la inmensa extensión que desde la orilla se ofrece á las miradas.

Y Teresa, que no quería dejar escapar la ocasión, aprovechó la primera salida para dirigir su caballo hacia el médano que debían transponer antes de llegar á la playa.

En apariencia, el médano sobresalía apenas de los campos que desde allí avanzan hacia poniente y no se le notaría si su línea más alta, á la que se llega por ligeras inflexiones, no cerrara el horizonte, limitándolo de un modo visible.

La conchilla, los blancos crustáceos fósiles de la época en que el mar era señor indiscutido de la comarca, cuyos ingentes montones formaban á trechos aquella elevación, y la misma arena fina, seca y cálida que la continuaba en otros puntos, estaban fijadas, inmovilizadas ya por una vegetación corta y pertinaz que las cubría como una alfombra verdosa, raída por el uso hasta dejar ver la trama.

Del otro lado, hacia el Este, hacia el cangrejal, se tendía de Norte á Sur otra ancha faja de campo, rica y feraz, que escapaba generalmente á las inundaciones gracias á la barrera

casi infranqueable del mèdano. Y encima de èste, el terreno duro y firme parecía un camino carretero meticulosamente conservado, sin una depresion, sin un bache, nivelado como las avenidas de un parque señorial.

Galoparon largo rato sobre el médano, entretenidos con el redoble metálico de las herraduras en la apretada masa de conchilla, y abarcando el panorama insondable de la pampa, aún más amplio y más redondo desde aquella pequeña elevación del suelo. (Teresa, con interés, llena el alma de informes sugestiones, Ernesto invadido por vaga modorra, por una especie de reposo casi total del cerebro. Iban en silencio...)

Por fin, bajaron del mèdano, cortaron campo y se internaron en verdaderos matorrales de vegetación palustre, surcados por estrechas sendas, en que tenían que avanzar uno tras otro, ocultos á veces hasta más de medio cuerpo. Y así anduvieron largo rato.

—¡Dirás que esto es lindo!...—observó Ernesto con ironía.

—No será lindo, pero es curioso y sugerente...

Dejando luego atrás los juncales, verdinegros llenos de rumores indistintos, los espartillares más claros y parduscos, más hirsutos también, que erguían sus agudas puntas rectas hacia el cielo, Teresa se internó en el cangrejal duro, moreno, casi color sepia, salpicado aquí y allí con grandes manchas blanquecinas de salitre y moteado por escasa vegetación espinosa, ra-

quítica y sin follaje, cuyas ramitas peladas, reuniéndose en la base, alcanzaban apenas á proyectar un poco de sombra violácea en el suelo unido y como igualado de propósito por una aplanadora.

El casco de su caballo resonaba ora duro y seco, ora apagadamente, según la seguridad y la dureza del piso, dependiente de la humedad acusada por un tono sepia más obscuro, ó por un color aceitunado claro, en los sitios bajos, en que el agua se apozaba aún; matiz que se desvanecía para dar lugar al azul del cielo, en cuanto el ángulo visual iba haciéndose menos agudo.

Ernesto la seguía á media cuadra. Se había entretenido mirando unos animales que pastaban por allí, descarriados. Hizo galopar su caballo en el suelo sonoro y alcanzó á Teresa.

—¡Qué antojo meterse en el cangrejal!...—exclamó cuando estuvo á su lado.

—¿Por qué? Ya sabes que quiero ver el mar...

El calor aumentaba. Del suelo húmedo subía un vaho cálido, malsano, saturado de un olor vago y capitoso de marisma, de hierbas en descomposición, de agua estancada; un hálito desabrido, repelente como un aliento febril. Los mosquitos de largas zancas, los tábanos pesados, rechonchos y zumbadores, los jejenes diminutos, casi imperceptibles, revoloteaban en torno de los caballos, formando nube. La lanceta feroz de los tábanos les atravesaba el cuero, y en el punto de la picadura no tar-

daba en aparecer un pequeño rubí, que luego listaba su pelaje claro como un vestido de primavera.

Los animales bufaban, sacudían violentos la cabeza haciendo repicar las argollas del freno y las hebillas de la cabezada con metálico castañeteo; zumbaban también las colas, al mosquear á uno y otro lado de las ancas, rayadas ya de bermellón, y avanzaban con trote desigual, aflojaban las patas cuando algún tábano se clavaba en ellas, aprovechando el sitio indefenso, y los sorprendía de pronto, con el punzante escozor del saetazo.

Y los rumores indefinibles, los zumbidos, los deslizamientos, los murmullos parecían crecer con el calor del día, producirse dentro del oído mismo, y daban en aquel desierto total la impresión de un pululamiento enorme é invisible.

—¡Ahora vas á ver tu mar!—murmuró Ernesto, mirándola de soslayo.

Siguieron avanzando un poco, y en efecto no tardaron en ver el mar que hasta entonces les habia ocultado otro medanillo mucho más bajo, amarillento, escueto, más triste también que el mismo cangrejal, tendido paralelamente á la playa, desnudo de vegetación, instable y móvil según los caprichos del viento. Y Teresa tuvo un desencanto...

¡Cómo! ¿Era aquello el mar? ¿Era aquello el Océano, el soberbio Atlántico, el escenario estupendo ante quien el alma se detiene absorta, y que varía, con las estaciones, con los meses,

con los días, con las horas, ya embravecido y peloteando con montañas de agua, ya arrullador y rizando su plana superficie para que la luz pueda jugar y resplandecer y disfrazarse más fácilmente en ella, con los colores que la retina alcanza apenas á discernir?... ¿La habían engañado efectivamente los libros?

...El monstruo dormido, sin un movimiento en su lomo inmensurable, sin una arruga en su piel escamosa, era glauco junto á la playa, blanquecino algo más lejos, y por último azul celeste hasta el horizonte, semicírculo perfecto trazado con la nitidez de una línea geométrica.

Una ancha isla de fuego amarillento, deslumbradora, imposible de mirar, era lo único que interrumpía el monótono plano de aquella extensión exactamente nivelada.

La costa árida y cenagosa, con la raya verdinegra, bien marcada, de la resaca, se tendía formando curva lenta é indecisa, cuyos brazos avanzaban hacia el Nordeste y hacia el Sudeste, pero con tanta suavidad como si fueran ocultándose, desvaneciéndose...

Ni una vela, ni una embarcación cruzaba la inmensidad silenciosa de la Ensenada, y los zabullidores, al sumergirse con movimiento brusco, repentino y cómico, para pescar, formaban en su tersa superficie sucesivos círculos concéntricos que iban ensanchándose perezosamente, mientras las gaviotas chillaban, se cernían, se precipitaban en bandadas, sin des-

canso, pescando también con revoltosa agitación.

Y la calma parecía más completa, más augusta, rasgada por aquellos gritos agudos y estridentes.

Teresa miraba, miraba silenciosa, incómoda, saturándose sin saberlo con aquel espectáculo sublime por su sencillez é ingenuidad.

No; no era aquello lo que esperaba, y en vano sus ojos trabajaron y su imaginación se esforzó por ver algo más, por hallar menos monotonía, menos vulgaridad en aquel cuadro que soñaba estupendo y avasallador, como en las descripciones de sus libros...

Pero, recordando la incomprensión de Ernesto, las chanzas con que perseguía su amor á los espectáculos de la Naturaleza, tuvo pudor, vergüenza de su desencanto y musitó:

—¡Qué hermoso!

—¡Hum!—murmuró el marido sonriendo burlonamente.

Y Teresa, fastidiada ya, hizo que el caballo volviera grupas al mar, y emprendió al trote el viaje de regreso á la estanzuela...

—¡Parece que no te ha gustado mucho que digamos!—observó con sorna Ernesto.

—Sí, ¡es muy lindo!—replicó la joven, casi con sequedad.

Y muda, y melancólica, junto á su marido, callado y sonriente, cruzó de nuevo el cangrejal, luego los juncales, y ya en el campo cubierto de hierba agostada y mustia, puso su

caballo al galope en dirección al mèdano grande...

Había perdido su jornada...

Muchas veces volvió á ver el mar allí mismo, más lejos, en otras partes, en el Norte, en el Sur, en viaje á Europa, ya embravecido, ya manso, con todos los colores, con todos los rumores, con todos los olores... pero jamás, jamás pudo borrarse de su memoria aquel espectáculo de placidez, aquella grandeza misteriosa y casi incomprensible, que iba tomando más relieve en su cerebro á medida que pasaba el tiempo, y que el espíritu de las cosas, revelándose à ella, daba su valor á lo que á primera vista le pareciera trivial, monótono, pequeño, insignificánte...

Y, cuantas veces en la vida se pasa ante un espectáculo, ante un libro, ante una acción, con indiferencia, hasta con desdèn, y luego se ve con extrañeza que vuelve, invencible, á posesionarse de nuestro espíritu...

Una visita al Asilo de Huérfanos.

A María Ana.

La temperatura agradable y el sol radioso hubieran hecho creer aquel día que estábamos en plena primavera. El invierno había dado tregua á sus rigores, como sucede tantas veces en este caprichoso clima, y el color del cielo, la suavidad del aire, el aspecto de las gentes, todo, hasta el movimiento mismo de las calles, hacía pensar en los fríos de ayer como en algo lejano, y nos transportaba de un salto al mes de septiembre, cuando están florecidos los durazneros y los aromos. El día era, pues, adecuado á la tarea y preparaba el ánimo para aquella visita que iba á dejarnos impresiones tan dulcemente melancólicas. ¡Aquella visita! El solo pensamiento de hacerla me producía una emoción indefinible, semejante á la que causa una

larga expectativa de algo que puede ser senti mentalmente dulce ó doloroso: será èsta una parte enfermiza de mi espíritu, pero exagero casi siempre cuanto se refiere á los afectos del ánimo... y no me pesa. Perdónese, pues, lo personal que abunda en estas páginas, que no podrían ser sino personales, so pena de parecer incoloras, por el estado de alma en que brotaron y por las circunstancias accesorias que contribuyeron á darle intensidad: la atmósfera serena, el aire tenue y ligero, la temperatura tibia, y sobre todo la luz, tan clara y tan viva en nuestros días hermosos.

Nos reunimos, pues, con el señor L. á la hora de antemano convenida; íbamos á presentarnos sin aviso previo, en un día ordinario, para poder darnos exacta cuenta de la organización y marcha normal del establecimiento. Mi compañero, el inteligente director de una publicación bonaerense, se prometía, como yo, unas cuantas horas de elevado solaz.—Tomamos una victoria.

—Al Asilo de Huérfanos.

El carruaje echó á rodar por la Avenida de Mayo, llena de sol, hacia aquella casa hospitalaria fundada después de la terrible epidemia de 1871 por el gobernador de la provincia de Buenos Aires señor Emilio Castro y sus ministros Agote y Malaver. Sus primeros huèspedes fueron los huérfanos dejados por la fiebre amarilla. que arrebató veinte mil habitantes á esta capital. Desde entonces hasta hoy han pasado por ella millares de niños, solos en el mundo, y

que durante sus primeros años encuentran allí un techo, el alimento, y la instrucción necesaria para dirigirse luego en la vida. El Asilo, importante desde el día de su fundación por las causas extraordinarias á que obedeciera ésta, pasó de manos del Gobierno de la Provincia á las del Gobierno Nacional—que hoy lo sostiene por intermedio de las Damas de Beneficencia,—cuando la federalización de Buenos Aires. En su historia de más de un cuarto de siglo hay muchos períodos obscuros, de escasez y desorganización, pero afortunadamente eso ha pasado, sin duda para no volver.

Después de un trayecto bastante largo, llegamos por fin á un vasto edificio, ó más bien á un grupo de edificios, rodeado de jardines, en la calle de Méjico y Saavedra.

—Aquí es.

Dejamos el carruaje á la puerta, cruzamos el vestíbulo y nos hallamos en un patio conventual, cuadrado, de anchos corredores, con su jardinillo en el centro, alegre bajo los rayos oblicuos del sol, pero con esa alegría melancólica y meditabunda de los hospicios, de los conventos y de los hospitales, de todos los rincones que dentro de las ciudades están fuera del mundo. Un pasadizo nos condujo al interior del establecimiento, sin que por nadie fuéramos vistos ni oídos y mucho menos detenidos en nuestra tentativa de sorpresa. Y nos encontramos en otro vasto patio cuadrangular, embaldosado, de paredes desnudas, en que un enjambre de chiquillos, hermosotes, ruidosos,

descalzos de pie y pierna, se ocupaban con alegría—sí, con alegría—de lavar el piso á grandes baldes de agua. Tales faenas tienen no sé qué intenso atractivo para el niño, y uno conozco yo de muy cerca, cuyo sueño dorado y no realizado á sus tres años y medio, es andar descalzo en el patio y cuando llueve...

Miraron los chiquillos con extrañeza aquella inesperada invasión, se detuvieron un instante, y luego continuaron su trabajo, menos bulliciosos, cohibidos por nuestra presencia. A ese patio dan las puertas del comedor ó refectorio, y á él nos introdujimos como Pedro por su casa. Una larga y espaciosa pieza, limpia y ventilada, con mucha luz, reune á los huerfanitos á lo largo de la mesa inmensurable, cubierta por un hule y sobre la que descansa el modesto pero sólido é higiénico servicio de hierro enlozado. El comedor estaba solo, pero fácil era figurárselo poblado por aquellas infantiles cabecitas que acabábamos de ver en el patio, y que arrancaron esta exclamación á mi compañero, quien no los veía por primera vez, sin embargo:

—Note usted. ¿No parecen niños de la aristocracia? (el señor L. es español) ¡Qué tipos más finos! Y no unos pocos, sino casi todos. ¡Se diría que los han elegido!

Y los han seleccionado sin duda, aunque no las personas, sino las circunstancias de raza, ambiente y vida, que están preparando el tipo futuro del argentino, sabia aunque instintiva combinación de elementos heterogéneos, cuyo

resultado no puede preverse aún. Allí, más que en otra parte—pues la población del Asilo está formada de individuos procedentes de las más diversas familias—puede observarse la poderosa tendencia á la armonía en el tipo, al «aire,» que reina en una gran parte de nuestro país, aun descartando la influencia—no bien determinada—de la vida en común.

Pero en el solitario comedor nos dimos cuenta de que no era correcto continuar nuestra pesquisa sin permiso ni advertencia valiéndonos de la sorprendida indecisión de los empleados subalternos que, al ver nuestro aire resuelto, medirían nuestro derecho por nuestro desparpajo.

—¿Dónde está don Pedro?—preguntó L. á uno de los niños.

Don Pedro, mayordomo y factótum del departamento de varones—el Asilo tiene un departamento para cada sexo—(1) se hallaba en un taller, allí cercano,donde los niños acababan de fabricar una gruesa partida de cajas de fósforos, que se hacía como ensayo, con bastante buen resultado á lo que se ve. Nos recibió amablemente y se puso á disposición nuestra para hacernos recorrer el inmenso caserón, donde sin duda alguna se necesitaba guía. Pero

(1) En el establecimiento sólo se admiten los huérfanos de padre y madre. Los niños pueden entrar desde la edad de seis hasta la de nueve años, y las niñas desde los siete hasta los trece. Los primeros pueden permanecer en él cinco años, es decir, hasta los catorce como máximum; las niñas lo mismo si han entrado de diez á trece, es decir, hasta los dieciocho años como máximum, y siete años, si han entrado de siete á diez.

estando en esto, oímos un redoble seguido de un golpe de parche y platillos y de las notas vibrantes de los instrumentos de cobre. La banda infantil comenzaba su ensayo.

—¡Vamos á verla!

A verla, porque para oirla no teníamos necesidad de movernos. Cruzamos de nuevo el patio en que los niños, ya calzados, se ponían en fila para ir á sus respectivas clases y talleres, recorrimos un pasadizo, cruzamos delante de las canchas de pelota en que se entretenían algunos rezagados ó para quienes el recreo duraba aún, y fuimos á dar á un tercer patio, más pequeño que los anteriores, y de allí á la clase de música, donde nos aguardaba un espectáculo que no olvidaremos fácilmente.

Alrededor de los largos atriles puestos en círculo, una treintena de niños soplaba concienzudamente en sus brillantes instrumentos de metal. Vestían el uniforme de diario, modesto y aseado, y sus caritas infantiles se animaban y sonrosaban, tanto por la acción sugerente de la música, como por el esfuerzo que tenían que hacer para ejecutarla. Brillábanles los ojos con ese aire de contentamiento intenso y candoroso que sólo se halla en la primera edad de la vida, y su aspecto, su coloración, su actitud, hasta el modo con que la luz jugaba en sus cabellos cortos, rubios ó castaños, en las doradas cornetas, en el ébano de los clarinetes y en sus mejillas rebosantes de salud, estaban diciendo que aquel era uno de los instantes más felices de su vida necesariamente monótona.

En el espacio circular qne quedaba en medio de los atriles, en incesante movimiento como un oso en su jaula, estaba el maestro. Mas ¡perdón! el símil no es exacto: aquel hombre alto y delgado, vestido con un viejo pantalón y un sobretodo de color indefinible, de entre cuyas solapas levantadas salía un rostro bondadoso, surcado ya por algunas arrugas, fuertemente colorido, de frente angosta y ojos vivísimos que coronaba un pelo gris como ceniza de espinillo, no puede ser comparado con un oso, ni aun por la fuerza del consonante. Más bien parecía uno de esos dómines ideales que, cuando niños, nos presentó Pérez Escrich. ¿Qué clase de batuta tenía en la mano? ¿Era un palo de escoba? ¡Evidentemente! Lo era, y no cortado, sino tronchado, lo que no impedía que los tiernos músicos la siguieran obedientes en los bien hallados matices que daba á la partitura. Tanta influencia poseía la batuta aquélla, que reinaba hasta invisible, pues de rato en rato el maestro tenía algo que decir ó á sus alumnos ó à los chicos curiosos, y abandonaba bruscamente la dirección, como en un mutis de sainete, para reanudarla un momento despuès, con grandes golpes del ex-utensilio casero así endiosado.

Tocaban los niños, y tocaban bien, finamente, con una unión y un sentimiento que hacía honor al maestro y á ellos, y que ¿por qué no decirlo? producía en nosotros una fuerte sensación, una emoción intensa más bien, pues varias veces las lágrimas se nos agolparon á los ojos. ¿Era la música? ¿Era esa extraña vibra-

ción que tienen, sobre todo, los instrumentos de metal y que en ciertos temperamentos nerviosos produce otra, paralela, que suele llegar á hacerse insoportable, sin causar sin embargo desagrado, como todas las excitaciones demasiado poderosas? Puede que sí. Pero preferiría atribuirlo á los múltiples sentimientos causados por la convicción siempre presente, de que todas aquellas cabecitas rubias, animadas entonces por la música, no tenían regazo en que refugiarse en los instantes de pesar, ni ojos que las humedecieran con lágrimas de ternura, ni labios que las besaran con la avidez de la pasión materna...

Y la música continuaba, ya suave y tenue como un soplo, ya formidable como un huracán que hiciera—como hacía—retemblar las paredes de la sala, y nosotros continuábamos allí, presentes y ausentes al propio tiempo. Mi vista se había fijado en un chiquillo de seis años, rubio «como hilacha de choclo,» que trepado á un mueble tocaba los platillos, muy grave, muy posesionado de sí mismo, radiante del júbilo orgulloso de tan altas funciones. Y en él personifiqué toda aquella población de niños, no por lo lindo que era, sino por lo tierno é inocente, y por los largos años de disciplina que lo aguardan antes de entrar en la vida ¡ay! que no es claustro, pero que suele ser cerrado circo de fieras! ¿Qué serás tú? me preguntaba. ¿Qué hubieras sido, si estuvieras al lado de tus padres, si ellos hubieran podido guiarte y protegerte? ¿Cómo entrarás á la áspera lucha por

la vida? Y la contestación que yo mismo me daba, imaginando aquel aislamiento y aquellas dificultades inevitables, era triste, muy triste, porque sé cuán cerrados están todos los caminos y cuánta fuerza y perseverancia hay que desarrollar para abrirse uno, que resulta luego vía-crucis cuando se lleva algo sobre los hombros, y que es despeñadero ó tremedal traidor cuando no se lleva. Y tú, me decía, no tendrás el apoyo de los tuyos, ni el refugio de su cariño, ni el mismo acicate feroz de sus necesidades. Entrarás en la encrucijada,solo y desnudo, y quién sabe á qué callejones sin salida irás á dar, cuando, creyendo cumplida su misión, la sociedad te retire su mano, á los catorce años, cuando más necesidad tendrías de ese padre que perdiste y que te daría medios de vivir, de esa madre muerta en cuyo seno hallarías confortación y vigor nuevo para tornar á la lucha... Aunque ¡quién sabe! quizá sea mejor entrar así en el mundo, sin llevar á él nada que echar de menos más tarde, libre como el pájaro que no recuerda el nido en que nació, sin agradecimientos y sin rencores!...

—Vamos—me dijo L.—Todavía hay mucho que ver.

La lección de música terminaba. Felicitamos al maestro por el buen rato que la banda nos había procurado, yo todavía vibrante de emoción, viendo las cosas bajo un aspecto que quizá no tengan cuando se miren con el paulatino enfriamiento de la costumbre, pero que entonces les daba un relieve peculiar, esa limpidez

que hace que luego, en cualquier instante de la vida, puedan evocarse con todos sus detalles, como si estuvieran fotografiadas en el alma.

—Este es un dormitorio—dijo don Pedro abriendo una puerta que daba á una gran sala perforada por multitud de ventanas, y en que se veía la hilera de camitas, todas semejantes, cuidadosamente tendidas.—Aquí duermen los niños bajo la vigilancia de un celador. Estas camas comienzan á hacerse en el mismo establecimiento, en el taller de herrería y por los huérfanos, dirigidos por un maestro, naturalmente.

No había diferencia, por lo menos digna de observar, entre aquel dormitorio y los de algunos de nuestros grandes colegios de internos. Sólo que los pobrecitos que duermen allí todas las noches del año, no tienen vacaciones en que ir á reposar sobre lecho más mullido y regalado, libres de la tiránica voz de mando de la campana matutina. En el primer piso vimos otros dormitorios análogos, todavía en desorden porque aquel era día de limpieza general. Al bajar nos hallamos en un largo y ancho claustro á media luz, sobre el que daban numerosas puertas: las de las aulas en que los niños reciben la instrucción intelectual, como reciben la manual en los talleres.

En aquel claustro encontramos al vice-rector, quien nos dió carta blanca para recorrer el establecimiento á nuestro capricho, solos ó acompañados, y ordenó al llavero que nos abriese cuanta puerta deseáramos. Continuamos solos nuestra peregrinación, pues don Pe-

dro era reclamado por sus quehaceres, y la primer puerta que se abrió ante nosotros fué la de la enfermería.

Esta es pequeña y limpia, tiene un botiquín al lado de la sala dormitorio, que es pequeña—buena señal—pero que, quizá por falta de espacio, tiene el defecto de ser al propio tiempo comedor de los enfermitos. El estrecho pabellón está flanqueado á un lado y otro por dos jardinillos poco más grandes que la palma de la mano, pero que bastan para darle aire y luz. En uno de esos jardines està el departamento de baños dependiente de la enfermería.

Aquel día había pocos enfermos, y ninguno de cuidado, pues todos andaban por los jardines, corriendo y jugando al aire libre. Estábamos en pleno invierno, y en la capital pululaban los enfermos de las vías respiratorias: sin duda el règimen del establecimiento previene mejor los resfriados y pulmonías que los á veces excesivos algodones de la casa paterna.

Dimos un vistazo á las clases, en que reinaba el orden, y nos dirigimos á los talleres, recorriendo rápidamente el de carpintería donde se hacen muchos de los objetos necesarios en el establecimiento; el de herrería, en que—como ya dije—comienzan á fabricarse las camas de reglamento con bastante perfección, la pequeña imprenta, etc. En el subsuelo estaba instalándose un dinamo para la luz eléctrica, siempre con la ayuda de los huérfanos que toman parte en todos los quehaceres y trabajos, según sus aptitudes y disposiciones. En el piso

bajo hay un depósito de muebles, fabricados también allí; entre ellos nos llamó la atención un surtido de cajas de hierro, forjadas en la herrería, muestra patente no sólo de que se trabaja sino de que la producción vale ya la pena de tomarse en cuenta.

En el primer piso nos aguardaban dos sorpresas: la primera fué hallarnos con una galería fotográfica bastante bien instalada, y á la que el profesor fotógrafo daba la última mano. Este, que es italiano, recibiónos con la solícita galantería que caracteriza á algunos de sus connacionales, y cuya fama se ha hecho extensiva á todos... en los libros.

—¿Es este, también, taller de enseñanza?—le preguntamos.

—Sí, señores—nos contestó.

—¿Y cuántos alumnos tiene?

—Dos.

—Caro saldrá el aprendizaje de algo que, al fin, no es muy positívo—murmuré.

—¡Qué quiere usted señor! Acabo de hacerme cargo del taller—es decir, acabo: hace algunos días—y mi antecesor, que era químico, se ocupaba más de experimentos que de placas sensibles, diafragmas y objetivos. En cuanto á la utilidad de la fotografía, científica é industrialmente... no sé quién pueda ponerla hoy en duda... Ya no es un juguete: es un instrumento de precisión.

Iba á poner la fotografía sobre todas las ciencias y las artes, cuando le interrumpimos:

—¿Tiene usted algunos retratos hechos aquí? Desearíamos verlos...

—¡Oh!, muy pocos. Pero si vuelven uno de estos días, les haré hacer uno por los muchachos.

—Muchas gracias,—dijimos contentos de haber desviado el «solo.»

Vimos, en efecto, algunas fotografías, no del todo malas, y salimos esperanzados en que el nuevo maestro hará resultar barata la costosa, aunque relativamente fácil enseñanza, dándonos al cabo de algún tiempo varios artistas fotógrafos, de esos que tanto escasean en los talleres, aunque se les encuentre—á veces—en la Sociedad de Aficionados.

La segunda sorpresa estaba en el taller de zapatería, y fué más honda y conmovedora. Allí trabajaban los niños alrededor de los bancos, anchos y fuertes, manejando alezna è hilo, cerote y trinchete, bajo la vigilancia de un oficial y la dirección de un maestro, un anciano alto y seco, de fisonomía bondadosa y cándida, cuya voz tenía un timbre melancólico al decirnos, mostrándonos unos botines fuertes y bien acabados:

—Este es el calzado que hacemos.

Lo mirè atentamente, un recuerdo imborrable de la infancia atravesó por mi imaginación y no pude menos de decirle, medio interrogativa, medio afirmativamente, aunque me refiriera á veinte años atrás:

—¿Usted es don Juan Ferreira?

—Servidor de usted.

—¿El dueño de la zapatería de la calle Piedad, al lado de San Miguel?

—El mismo. Pero no caigo...

—Yo soy... Fulano, á quien usted conoció cuando niño.

¿Qué reveses de fortuna han llevado á condición tan humilde, aunque decorosa, á ese anciano honrado y trabajador, que en su madurez tenía una posición desahogada y la estimación de cuantos le conocían? El comprendió esta pregunta que yo me hacía para mí, y dijo con dulce resignación, casi como si suspirara:

—¡Qué quiere! ¡Así es la vida!

Y no dijimos más, porque no había más que decir sin remover dolores ó por lo menos amargas añoranzas. Las desgracias se atraen, y allí estaban la vejez vencida después de la lucha, y la orfandad aprestándose á entrar en ella, quizá para ser vencida á su vez...

Cruzamos de nuevo los talleres para salir, entre el ruido de los martillazos y el golpeteo de las máquinas de coser, y vimos á los muchachos alegremente entregados á su respectiva tarea. Las herramientas son sus juguetes, no como figura de retórica sino como realidad, y al verlo tan claro allí, no se extraña el éxito que alcanza el trabajo manual en nuestras escuelas comunes; lo que se extraña es que no se haya establecido antes, y que no se funden grandes escuelas industriales, que valdrían más costando menos que nuestras lujosas facultades, ó por lo menos que varias de ellas, donde se deforma la vida.

Al salir de los talleres dimos de manos á boca con el amable vice-rector, que nos buscaba.

—¿Quieren ustedes ver algo muy interesante? —nos preguntó.

—De mil amores.

—Bueno, vengan conmigo. ¡Ah! aquí está don Pedro... El los llevará... á la clase de música de los cieguitos. Yo los encontraré en seguida.

Don Pedro nos introdujo en un saloncito amueblado con unos cuantos bancos de madera y un viejo piano en un rincón. En uno de los bancos, en fila, muy derechos, inmóviles, estaban unos cinco jóvenes de quince á veinte años. El secreto de su inmovilidad estaba en la de sus ojos, muertos ¡ay! para siempre. Nada exterior los ocupaba, sino aquello que del tacto y el oído dependiera, y en su profunda noche no dormían, sino que estaban atentos, fijos en la observación, aguzando el sentido que para ellos debe suplir al que, faltándoles, los priva de lo más hermoso que en el mundo existe. ¿Cómo no estar, entonces, inmóviles y reconcentrados?

Sentados al piano había dos niños de ocho á diez años, ciegos también, que tocaron varias piezas á cuatro manos, sin tropezar, con ese gusto que por la música tienen á menudo los que no ven, pero que no los lleva nunca á ser grandes ejecutantes; luego tocó uno de los jóvenes, con mayor maestría, aunque sin causarnos la impresión que pudiera, porque el instrumento, de voces bastante cascadas y tem-

blonas, estaba además horriblemente desafinado. Terminada esta parte de la segunda sesión musical del día, oímos á don Pedro, quien, adelantándose hacia un muchachón alto y desgarbado, muy flaco y nervioso, que mientras habían tocado los otros meneaba incesantemente la cabeza, casi hasta descogotarse, llevando el compás—decía:

—Vamos á ver, Benito, si te portas. Aquí están unos caballeros que quieren conocer tus habilidades.

—Con mucho gusto, señor—contestó el pobre ciego, meneando más que nunca su pobre cabeza gesticulante, marcada con el tremendo sello de la degeneración.

Don Pedro le acercó á la puerta de vidrios que da al patio.

—¿Dónde vas á tocar? ¿Ese está bueno?—preguntóle.

Benito tanteaba uno de los vidrios de la puerta.

—Sí, señor, está bueno—contestó.

—¿Qué vas á tocar? ¿el Miserere?

—El Miserere, sí.

Y entonces comenzó la cosa más extraña que ustedes pueden figurarse, el espectáculo más amargamente cómico que yo haya presenciado hasta hoy. Benito infló los carrillos y se puso á canturrear el Miserere del Trovador, emitiendo sonidos de saxofón mal manejado, y mientras con la boca hacía el canto, con los dedos de su larga y huesuda mano, fuertemen-

te adheridos al vidrio, arrancaba de éste, por frotación, acordes de acompañamiento, que imitaban bastante bien, á decir verdad y considerando el caso, las notas destacadas de los bajos en las bandas militares. Pero el registro era escaso y el canto pobre, á pesar de las gesticulación del infeliz, de sus contoneos de cabeza, de sus sonrisas delicuescentes de histérico, que oprimían de veras el pecho, y hacían nacer en él la más triste de las lástimas: la que lleva consigo un poco de repulsión.

—Vamos—dije en voz baja á L.—Esto es profundamente amargo.

El vice-rector nos aguardaba á la puerta, y nos condujo á la clase en que los ciegos aprenden á leer y escribir. Porque hoy los ciegos pueden escribir y leer, como los mudos hablan. En la clase, sentados en sus bancos, estaban los cieguitos con las caras pálidas é inexpresivas, viviendo ya con esa vida interna que en la edad madura suele hacer tan intensas sus facultades mentales. Fuera, en el claustro, aguardaban otros.

—Presento á ustedes el subpreceptor—dijo nuestro guía.

Era un joven como de veinte años; fuerte y robusto; de fisonomía plácida... ciego también. Y éste me pidió que dictara algo á uno de los niños, un rubiecito de diez años, sonriente, en cuyo rostro despejado sólo faltaba la luz de las pupilas. Me acerqué y dicté. El escribió bastan-

te rápidamente con un punzón, lo que sigue, de derecha á izquierda como los hebreos:

Los puntos, representativos de letras, quedan señalados en relieve en el grueso papel adoptado para este uso y que se coloca en un aparatito cubierto de muchas lineas de agujeros, en esta disposición:

El ciego busca con la punta del punzón los puntos que quiere dejar marcados, y oprime aquél fuertemente sobre el agujero que corresponde; al terminar una palabra, salta la casilla de seis puntos que sigue á la última letra señalada, para comenzar otra palabra en la subsiguiente.

—Bien—dijo el vice-rector cuando acabé de dictar,—ahora llamemos á uno que lea lo escrito.

Y fué en busca de uno de los cieguitos que estaban en el claustro.

—Lea usted esto, niño—ordenó con dulzura, dándole el papel cuyo contenido acabamos de copiar.

El ciego lo tomó, lo volvió con las letras para abajo, y teniéndolo con ambas manos, bajó éstas completamente, hasta que el papel quedara sobre el vientre y los muslos, y pasando la yema de los pulgares por el relieve de los puntos, leyó sin vacilar:

Ciego es quien no ve en cada
hombre un hermano. (1)

Podría quizás haber dictado «un enemigo,» si hubiera estado en tessitura pesimista en aquellos momentos; pero es preferible lo otro, aunque abunden los ciegos de esa especie. Guardé el curioso papel con que me obsequió galantemente el vicerrector.

—¿Quiere usted que vayamos al departamento de niñas?—me preguntó L. luego que nos despedimos de aquellas excelentes personas y de los infortunados ciegos.

Yo estaba enervado. Aquella larga visita se intensificaba con la serie de las sensaciones recibidas.

—¿Hay mucho que ver allí?—pregunté con un tono que debía estar diciendo «marchémonos,» pues mi compañero contestó, puede que fatigado él también:

—No gran cosa de nuevo. Semejante á esto, pero más cuidado en los detalles, pues se trata

---

(1) Tan conocido es el sistema de escritura de los ciegos, que hay que pedir disculpa al repetir su explicación. Al fin y al cabo puede que algún lector no lo conozca, y entonces no habremos hablado en balde.

de mujeres. Además, las ocupaciones varían, como es lógico: hay talleres de costura, de bordado... se lava,se plancha; todas las labores femeninas, en fin.

—Bien; lo veremos otro día...

Ya estábamos en la calle y saltamos á la victoria, cuyos jamelgos habían tenido tiempo de descansar de sus fatigas anteriores, sin perjuicio de su conductor, pero que no nos llevaron más rápidamente por eso.

—¿Qué tal?—me preguntó mi acompañante.

—He pasado un momento de los que no se olvidan—contesté.

Y, en efecto, visitar el Asilo de Huérfanos puede parecer trivial; muchos habrá que lo recorran curiosos é indiferentes al propio tiempo. Pero los que piensen así, los que penetren en sus claustros y en sus patios y en sus talleres y en sus clases sin sentir humedecidos los ojos y palpitante el corazón, se habrán olvidado de su infancia ó no tendrán niñitos á su lado... ¡Pobrecitos huérfanos, amigos míos! ¡Cómo hubiera deseado ser Dickens, para escribir estas páginas con la pluma que él mojaba en sus lágrimas de ternura inagotable! ¡Cómo hubiera querido, por lo menos, que el relato estuviese á la altura de mi emoción! Mas, si ello no es posible, posible es asociar á este recuerdo el nombre de una persona para mí bien cara: la madre de mis hijos.

Mister Ross.

UN «PIONEER» ORIGINAL

A Alberto Gerchunoff.

Un hombre grueso y fornido, sentado á la sombra, en un umbral, saludó familiarmente cuando pasamos.

—¿Quién es?—pregunté á mi acompañante.

—Mister Ross—me contestó.

—Bien, pero ¿quién es mister Ross?

—¿No lo ha oído usted nombrar?

—Hasta ahora.

—Pues es el propietario de casi todos los tranvías de esta ciudad.

Volví á mirarlo curiosamente entonces.

Se había puesto de pie y se secaba la frente despejada, cubierta de sudor, porque el día era caluroso, el Norte soplaba implacable, y de las piedras subía un vapor de fuego. Cuando hace calor, hace de veras en el Rosario. Alto, de anchas espaldas, rubio, con la cara redonda com-

pletamente afeitada, mister Ross tenía bien el aspecto de uno de esos *pioneers* que suelen encontrarse en nuestro país, al mismo tiempo hombres de ideas y de labor, peones y patrones, capaces de realizar por sí solos su pensamiento.

—Está muy enfermo—continuó mi acompañante.—En poco tiempo le han hecho tres operaciones. Pero él sigue trabajando, como usted ve. En este momento inspecciona sus tranvías.

A sus sesenta y cuatro años, en efecto, mister Ross, que por su originalidad y más aún por sus servicios al país, merece una silueta, continúa en plena actividad á pesar de sus males, y á pesar también de que cuenta con una bonita fortuna, hecha á fuerza de puño no en especulaciones más ó menos felices. Es un tipo que Smiles no hubiera dejado de retratar como ejemplar completo del *self made man*, fiel al trabajo aun después de haber ganado honestísimamente el reposo, sujeto á él por una necesidad al mismo tiempo material y moral. Permítaseme, pues, que cuente su vida á grandes rasgos, y que recuerde alguna de sus originalidades.

Rodrigo M. Ross nació, debía sospecharse, en los Estados Unidos; sirvió como sargento de artillería durante la guerra de secesión, y terminada ésta emigró á la República Argentina, donde permanece desde hace más de treinta años.

De maquinista de los vapores del río Paraná, pasó á convertirse en herrero y mecánico, esta-

bleciéndose allá por 1870 con un pequeño taller en las barrancas del Rosario.

Empeñoso, infatigable, excelente administrador, manejó con tanto acierto su minúscula industria que pronto le agregó, como complemento, un ensayo de fundición. Herrería, taller mecánico y fundición, crecieron lenta pero seguramente. Extendiéndose los galpones, aumentó el número de obreros, y lo que comenzara en un cuartujo de la barranca, ocupó una manzana entera, dió pingües ganancias á su dueño y por fin fuė vendido en una fuerte suma á una sociedad anónima que lo dejó arruinar, porque ya no estaba allí la mano de hierro de mister Ross. La *usina*, tuvo que cerrarse año y medio después de la compra, cooperando la crisis en el desastre, previsto por el *pioneer*, que decía refiriéndose á sus sucesores:

—Hay que trabaja, para gana la dinera.

Debo advertir, que el modo de hablar de mister Ross es legendario, y que no se le comprendería sin sus peculiares erratas: resultaría otra persona, por lo menos en el Rosario. Se expresa en voz alta, con brusquedad, y en todas sus frases cambia los gėneros, con ese raro acierto para equivocarse que se nota en yanquis ė ingleses, á causa de la estructura particular de su idioma.

Volviendo al cuento: antes de vender su fundición mister Ross, había iniciado otras empresas, entre ellas una pequeña línea de tranvías, por su cuenta exclusiva, que desde el primer

momento, aunque no sin trabajo, le dió resultados excelentes. Esto lo incitó á extenderla, como lo hizo, yendo con sus rieles á los suburbios más solitarios, que no tardaron en poblarse gracias á esa nueva facilidad en las comunicaciones y se cubrieron primero de ranchos, luego de casas modestas, hasta tomar el aspecto que tienen hoy. Bajo este concepto, el incansable *pioneer* ha hecho mucho bien al Rosario, donde se le estima y se le quiere, y á cada paso se escucha el relato de alguna de sus excentricidades. Hoy las líneas de tranvías de su absoluta propiedad, recorren doscientas sesenta cuadras en el centro y los suburbios. Tiene además acciones en los otros tranvías que son cuatro y especialmente en el de Somoza, amén de casas, terrenos, etc. etc.

Es su propio ingeniero y arquitecto, como es inspector, cochero, mayoral, caballerizo...Hace los planos de sus estaciones y los modelos de sus originales tranvías, en los que no se ha olvidado de los pobres fumadores, dotándolos de un compartimiento especial. Así también, como en Chile, ha dado asiento á los cocheros, y como en Chile piensa poner «mayoralas» en los coches. Muy modesto, á pesar de su fortuna, vive en un cuartito de su estación principal. Da pases libres á las hermanas de caridad de los hospitales, á los niños pobres para que vayan á la escuela, y ningún necesitado acude vanamente á él. En actividad desde que sale el sol hasta la noche, diríase que es su propio empleado. Y no por avidez de ganancia, como

lo demuestra su generosidad para con muchos que, triste es decirlo, durante una larga enfermedad de cinco meses,han permitido que lo velaran por turno sus mayorales y peones, sin acudir en su socorro. Pero èl no se inmuta por eso; hombre práctico, no puede extrañar tales abandonos que comenzaron hace muchos años por su misma familia y en circunstancias realmente shakespearianas que sólo pueden relatarse como ficción dramática...

Se cuentan de él cosas curiosísimas y rigurosamente ciertas. Cuando tenía la fundición, acostumbraba dar la señal de entrada á los talleres con el pito del motor. La Municipalidad, por medio de una ordenanza, prohibió el pito. Mister Ross puso en su lugar una enorme campana. La Municipalidad prohibió la campana; ¡mister Ross, puso un cañón! Conminado para que cesara de usarlo protestó y se negó á obedecer diciendo:

—¡Disposición Municipal dice la pita, la campana, pero la cañona, no!...

Y siguió llamando su gente á cañonazos.

La mayor parte de sus ojerizas son para los empleados de la Municipalidad. Así, no hace mucho, su inquina contra un inspector se tradujo de una manera bastante original. Este funcionario lo hostigaba sin cesar: ya bajo uno, ya bajo otro pretexto, iba todos los días con quejas á la estación y entraba á la oficina sin preámbulos, alzando la voz como dueño de casa. Mister Ross, compró un burro, y apenas veía acercarse al inspector gritaba:

—¡Lleve la burro al oficina!

Al entrar el animal, los empleados aleccionados dejaban solo el escritorio, y cuando el funcionario se presentaba erguido y digno á exponer sus reclamos, encontrábase frente á frente con el meláncolico interlocutor que una vez le rebuznó en las barbas.

A ese mismo inspector, que un día le reprochó la flacura de los caballos, y le dijo que les alimentara mejor, dió mister Ross esta graciosa respuesta:

—¡Oh! caballas tiene mucho de come, pero... no tiene tiempa...

Y luego volviéndose hacia él, agregó:

—Usted que tiene tiempa ¿por qué no estar más gordo?

No hace mucho se le aplicó una multa, por no sé qué infracción municipal, y para hacerla efectiva le embargaron cuatro caballos, pero días después se resolvió perdonársela, y el jefe político que lo encontró casualmente en la calle se lo comunicó:

—Mister Ross, la Municipalidad lo ha exonerado de la multa. Mande buscar sus caballos.

—¡Yo no buscar!—contestó mister Ross.—Usted llevar... Usted traer.

¡Y hubo que mandárselos á la estación!

Cuando por una simple disposición municipal se ordenó que sus líneas fueran unidas á las del Oeste, en la esquina de las calles Córdoba y Buenos Aires, para que por ellas pasaran los coches de las otras compañías (asunto que ha dado lugar á un pleito ante la justicia fede-

ral y en el que mister Ross sostiene á todo trance su derecho) nuestro hombre tomó un carruaje, se lanzó al sitio en que iba á hacerse la unión, frente mismo á la policía y à la plaza principal, y apartando á los peones que ya habían comenzado á hacer un hoyo, sentóse en él, entre sus rieles, exclamando:

—¡Nadie puede toca mi vía!

Nada valió, ni ruegos, ni amenazas: mister Ross no salió del pozo en toda la noche:

—¡Mi no sale; llèvame á la fuerza!

Por fin se logró hacerlo entrar en razón, indicándole los medios legales, que aceptó, amparándose de la justicia federal que entiende aún hoy en el asunto. Han fracasado cuantas tentativas de arreglo se hicieron hasta ahora, porque mister Ross contesta invariablemente.

—Mí no entiende... Soy menor de edad. Vean mi abogada.

Un día, en la fundición, un muchacho atrevido y travieso, con gran contento de los demás; puso á mister Ross una cola de papel con la que anduvo largo rato, sin advertirlo, por los talleres, provocando las disimuladas risas de los obreros, hasta que alguien le avisó lo que pasaba. Averiguó quién era el autor de esa falta de respeto, lo supo y calló hasta el día siguiente. Por la mañana se situó á la puerta de la fundición y aguardó la entrada de los muchachos. Luego les fué preguntando:

—¿Usté pone cola á mí?

—No, señor.

—¿Usté pone cola á mí?

—No, mister Ross.

Por fin llegó al culpable.

—¿Usté pone cola á mí?

—Sí, señor—contestó el muchacho temblando como un azogado y creyendo que la casa se le iba á caer encima.—Sí, señor; pero no lo volveré á hacer.

Mister Ross lo tomó de un brazo, y casi lo arrastró donde estaba el capataz de los peones.

—Dele á ésta, cincuenta centavos más al día por decir verdad. Pero (volviéndose al muchacho y con acento terrible) ¡no pone más cola á mister Ross!...

Este solo rasgo basta para captarle todas las simpatías. Pero su buen corazón, su amor al trabajo, á la honradez, á la verdad, se manifiestan á cada paso. Hasta sus caballos tienen que agradecerle, pues no permite que los azoten ni aun cuando no quieran arrancar:

—¡Para andar la coche, toca la timbra, no castiga la caballa!

Y pone en práctica el consejo, haciendo repicar el timbre, y los caballos arrancan de ese modo, como aquellos de la diligencia cuyo mayoral abría y cerraba con estrépito la portezuela para hacer creer á los rocines que bajaban pasajeros.

Ultimamente, mister Ross, sorprendió á uno de sus mayorales que acababa de *degollarle* dos pesos, ó sea el importe de veinte boletas.

—Vos, socio mío—le dijo,—dame un peso.

El mayoral se lo dió.

—Ahora, con el otro, pague la copa.

Pagó el mal empleado una botella de cerveza con el producto de su robo y se creía libre merced á una de las excentricidades de mister Ross, cuando al volver á la estación se encontró conque «le habían colgado la galleta» como dicen ellos. Es que eso no lo perdona mister Ross. Hace días sorprendió *degollando* á otro mayoral, y sin más trámite lo hizo bajar del coche, de que se encargó él mismo, cosa que sucede muy á menudo y que se vió especialmente cuando la huelga de cocheros, pues sólo anduvo el tranvía que él manejaba atronando las calles del Rosario con las dianas de su corneta, y á despecho de los insultos y las pedradas de los huelguistas.

En 1893, durante la revolución y en lo más recio del combate, cuando nadie se aventuraba en las calles del Rosario, mister Ross hizo atar una jardinera ó coche abierto, y, solo, se fué á la plaza donde se estaban batiendo encarnizadamente (aun quedan las señales de las balas en el mármol blanco del «Monumento») á recoger los heridos de uno y otro campo, para llevarlos á lugar seguro. Expuso, en esta ocasión, muchas veces su vida por salvar la de sus semejantes, y ésta no es la anécdota que se repita menos de las tantas que de él se cuentan. Es que aquella acción brusca y sencillamente hecha, complementa el retrato moral de este *pioneer*, que yo quisiera encontrar activo y triunfante en todos los rincones del país, pues el progreso de la Argentina sería entonces tan sólido como rápido, tan fecundo como sin ostentación.

El día de los niños.

LA DÁDIVA DEL ESCRITOR.

Octubre 2 de 1905.

A la señora Celestina S. de Costas.

El también quería dar algo para los niños pobres—algo que no fuese una limosna, porque á su juicio la limosna no eleva á quien la da ni á quien la recibe, y porque juzgaba que ayudar á la niñez era prestar al futuro,—al futuro que sabe retribuir con réditos enormes...

Quería dar más: un pedazo de su cerebro y de su corazón, por ejemplo, una cosa que no tuviera valor venal sino sentimental, muy noble y muy pura; pero no acertaba con la forma de exteriorizar esa dádiva, que debía ser comunión más que dádiva...

Volvía de la imprenta, después de las horas febriles del trabajo. Las calles estaban solita-

rias, en ese paréntesis fugaz que media entre el último rumor de la alta noche y el primer despertar de la mañana. Tras del aire húmedo y acariciador palidecían las estrellas, y gasas impalpables flotaban entre cielo y tierra ¿ó las fingían sus ojos fatigados?...

Al entrar en su casa sintió como una olada de paz que le invadiera suavemente el espíritu, invitándolo al bien ganado reposo. Adivinó más que sintió la rítmica y tranquila respiración de sus hijitos dormidos, fuertes con su confianza en la omnipotencia, ilusoria, ¡ay! que encarnan los padres para el niño...

Sintióse entonces con el ánimo sereno y el cuerpo rendido, torpe ya el cerebro laborioso que el sueño avasallaba; maquinalmente se encaminó á su alcoba, pero de pronto se detuvo, movió la cabeza, volvió atrás...

—Ya sé qué dar á los niños pobres—había pensado.—Ya que no tengo ideas geniales, ni puedo reunirlos en un abrazo, ni decirles cosas lindas y conmovedoras que los alienten y los instruyan, puedo, sin embargo, darles algo de mi cerebro y de mi corazón, porque trabajando para ellos, ahora que el cansancio me doblega y mis nervios vibran agitados, y mi cerebro no puede crear ni coordinar, habré hecho por ellos, una vez siquiera, el esfuerzo que hacen los padres por los hijos...

Pero en su gabinete, á la luz del gas reflejada crudamente por las carillas blancas, luchó en vano por escribir, en minutos que parecían horas, en horas enteras que, al sonar, tocaban

los dobles de su impotencia. Las ideas le cruzaban como blancas visiones efímeras, tan pronto asomadas cuanto desvanecidas: eran esos mismos niños que lo ocupaban, hombres ya, en plena vída, en pleno combate, trabajando, amando, triunfando, sufriendo; eran esos pobrecitos descalzos, desnudos, sin pan, templados en la brega hasta hacerse nobles obreros, inteligentes artesanos, labradores que convierten la gleba en oro, en mies, en felicidad, en amor; grandes artistas, ilustres pensadores, geniales hombres de Estado siempre á la conquista de mayor paz, de mayor dicha para su pueblo, de más intima y perfecta solidaridad humana. Eran también los descarriados, los corroídos por el ajeno egoísmo en los primeros años, los envenenados por la ignorancia y la envidia y el rencor... Pero éstos pasaban más rápidamente, eran pocos, eran muy pocos, pero él quería que fuesen menos aún... Y ante esta voluntad poderosa huían las sombras tristes, y volvía á reanudarse en su ensueño la marcha triunfal de los vencedores por el trabajo y el amor, hombres de entusiasmo, capaces entonces de todas las proezas, hombres de fe en sí mismos, capaces entonces de todas las heroicidades...

Luego entreveía todas las dificultades que erizan el camino de esas tiernas criaturas, de esos niños pobres, cuyas cabezas rubias de ojos de miosotis, cuyas cabezas negras de ojos de azabache contienen el germen vivo de nuestro pueblo futuro... Y una sensación natural le

hacía volver la cabeza con gesto aterrado hacia el interior sombrío de la casa, donde dormían los suyos, tan dulce, tan plácida, tan confiadamente...

—¡Ah! ¡si yo les faltara! Si yo...

¡Y se decía que si todos los padres tuvieran este sentimiento y este terror, no habría niños pobres, no habría niños abandonados, habría solamente niños, sin que adjetivo alguno empañara la belleza incomparable de este nombre!...

Ya, entretanto, la fría luz azul del alba hacía borrosos sobre el papel los cálidos reflejos anaranjados del gas, sin que una línea hubiese comenzado á realizar el esfuerzo...

—¿Cómo ser elocuente? ¿cómo sugerir á los demás lo que pienso y lo que siento?...

Pero en seguida se resignó à contentarse con el trabajo material, diciéndose que aunque no lo comprendieran el esfuerzo quedaría hecho, y que cuanto menor mérito se atribuyese á su producción, mayor mérito tendría en realidad, pues iría con ella un pequeño sacrificio del amor propio...

Y escribió entonces, tranquilo, largo rato, viendo por instantes, desde su ventana, cómo la niebla gris que acariciaba y redondeaba las angulosas siluetas de los edificios, iba dejándolos aparecer, destacarse, aproximarse poco á poco, así como si su escritorio fuese un extraño navío que se deslizara suavemente hacia ellos...

Y escribió en síntesis un llamado á los corazones generosos y amantes y á los corazones

indiferentes y fríos, á los altruistas y á los egoístas, á los ricos y á los pobres, para que los unos los protegieran, para que los otros se los hicieran propicios evitando su futura enemistad...

A los generosos, á los amantes, á los altruistas les dijo:

—No tengo que invitaros á dar, pues lo consideráis un deber que es al propio tiempo una noble satisfacción.

A los otros les dijo:

—¡Dad! Dad, porque la ignorancia en complicidad con la indigencia y la desgracia, seca los corazones y engendra monstruos que mañana amenazarán vuestra tranquilidad y vuestra vida misma.

Dijo á los padres:

—Pensad en que vuestros hijos pueden quedar desamparados y sin apoyo, y apresuraos á dar el ejemplo, para que luego haya otros que les tiendan la mano.

Y ya, con la diáfana claridad del día que empezaba, oyendo la charla de los gorriones que anidan en plena ciudad, escribió que cultivar los niños era más hermoso que cultivar flores y más grande que edificar monumentos, porque no hay flor comparable á la viva flor humana, y porque preparar y embellecer el futuro es la única manera de hacerse inmortal, pues se perdura en las generaciones sucesivas, sin que nadie lo sepa, ¡bien! pero perdurando con todo...

Esto lo escribió mal, muy mal, sin elocuencia, con un estilo ramplón y enredado, falto de

claridad y de elegancia, y de modo que ni siquiera transparentaban sus frases el tierno sentimiento que lo poseía. ¡No importa! Dobló las carillas húmedas aún, las envió al diario en que trabajaba, y como el artículo era «para los niños,» malo y todo apareció el día de los niños y lo poco que valía fué á manos de aquellos por quienes hizo un esfuerzo al parecer tan estéril...

El trago de agua.

A Enrique Deschamps.

El comandante comenzó así:

—Por allá, por las provincias del Norte, hay unas grandes pampas, secas y arenosas, sin una mata de pasto, sin una gota de agua, tristes hasta cuando el sol alumbra, es decir, más tristes todavía cuando el sol calienta, porque entonces parecen más largas las distancias, y el chifle lleno de agua se acaba en un momento, pues la misma idea de que allí no hay cómo quitarse la sed, lo está haciendo à uno beber á cada rato.

Era esto cuando se andaba en guerra con los caudillos, que dijeron, de por allá: de las provincias de los salitrales y las travesías, donde los mismos árboles crecen de madera tan dura que se diría que son de fierro y no han visto agua en toda su vida.

Un jefe—no sé si Lago ó Laguna—mozo guapo, bien pensado y valiente como las mismas armas, iba, pues, al mando de un pelotón de caballería, de una á otra capital de provincia, allá lejos, creo que de La Rioja á Catamarca, si no era de Salta á Jujuy. El hecho es que estaban por aquellos andurriales, y trota que te trota, y galopa que te galopa, se habían pasado dos días enteros sobre la arena suelta y sobre el piso de sal, blanco y lisito como un mantel recién planchado, y seco, señor, como la misma sed,

El teniente—entonces era teniente; después llegó á coronel, y hubiera llegado á general... pero eso no hace al caso...—el teniente, pues, tenía sed también, y los soldados más, porque habían apelado á un chifle con caña que llevaba uno, y el remedio «jué ¡p'a pior!» como decían ellos.

Ya el día de antes, los cuernos, los mates y las vejigas en que llevaban agua, se les habían acabado... porque de miedo de tener sed habían tenido mucha sed...

Y dale que le dale al galope, con su solazo que les asaba los lomos; y cada vez que paraban para darles un resuellito á los caballos, hablaban entre ellos, con la lengua seca y negra como la de los loros; y no hablaban más que de agua...

¿Que si sufrieron mucho? ¡canejo! ¡vaya con la pregunta! Cómo se conoce que no sabe, amigo, lo que es la sed, y que se está soplando ese vaso de cerveza fresca... Sufrieron tanto que

los labios se les partían, y que, cuando el teniente les preguntó si se animaban á seguir adelante, sin parar hasta encontrar un poco de agua, sólo, señor, pudieron contestarle como si silbaran... Pero siguieron, señor, siguieron.

Y en medio del campo vieron de repente, un rancho solito, plantado entre cuatro estacas, en medio del salitral, en un desplayado sin una mata de paja.

El teniente, que era el mejor montado, se adelantó á los demás que lo siguieron de cerca... ¡vaya!... y aunque hubiesen tenido que aplastar del todo los caballos, claro que iban á seguirlo de cerca y de muy cerca, ¡y si no!

Una vieja se asomó á la puerta del rancho:

—¡Señora!...

—¿Qué se le ofrece, 'ñor?

—¡Un vasito de agua, por favor!

—¿Agua? No hay ni gota, 'ñor.

—¿Cómo que no hay? ¿No tiene agua? ¿No toma agua?...

—Sí tomo, 'ñor, pero aura no tengo: estoy esperando... me la tienen que tráir del pueblo, y aurita no más han de venir... ó mañana.

—¿O mañana?... ¡caraj! ¿Y no tiene una gota siquiera?

—Nadita, 'ñor, nadita.... Y ¿cómo l' iba negar en teniendo?

Los soldados, sin apearse, habían formado rueda á poca distancia detrás del teniente. Este, desesperado, alzó la espada, y puesto que no había más remedio, dió la voz de mando:

—¡Adelante!

Y dale al galope, otra vez, para salir de la travesía, salpicada de espinos y tunas como único pasto, y lisa como una tabla... Aunque el pueblo de que había hablado la vieja no debía estar muy lejos, los caballos se iban aplastando tanto que no iban á alcanzar... Imagínese cómo irían los pobres milicos, y qué cara pondrían con semejante jarana, cuando la sed es lo único que no puede aguantar el hombre...

Pero también, ¡qué alegrón! cuando vieron de repente una nubecita de tierra que iba agrandándose en dirección á mis veteranos...

—¿Qué será?—se preguntaban unos á otros.

—Parece gente—decían los más vaquianos.

—Serán indios...

¡Ni aunque fueran indios! La sed se les quitaría un poco, peleando... Pero otros, considerando el tamaño de la polvareda, sacaron en consecuencia:

—Debe ser un convoy.

No era. Es que la nubecita estaba ya muy cerca, y así parecía más grande.

Unos minutos después ya se ve bien claro.

Se trata de un coya montado en una mulita y llevando otra del cabestro. Esta última trae un cargamento extraño: son cueros hinchados que cuelgan á un lado y otro del aparejo; y el pelo de los cueros está húmedo y gotea...

¡Es agua!

El teniente se precipita al encuentro del coya.

—¡Pare, amigo! ¿Lleva agua?

—Sí, yebo.

—¿Puede darnos un poquito, compañero, para mí y los soldados que vienen conmigo?

—Puede ser, s'ñor...

—¿Cómo, puede ser? ¡Tiene que darnos! O vendernos, que es lo mismo... ¿cuánto quiere?

El coya que vió la ocasión de hacer un buen negocio, se quedó pensando un rato, y después, como quien dice una barbaridad, contestó:

—¡Dos riales bolivianos, s'ñor!

—¡Qué dos reales, ni qué dos reales!...

Yo no sé què diablos le dió al teniente, pero es el caso que al verse salvado, al ver salvados á sus milicos, se puso medio loco de alegría, si no se enloqueció del todo,—van á ver,—y sacándose las prendas empezó á metèrselas en la mano al coya, gritándole:

—¿Dos reales? ¡Tomá, tomá el reloj! ¡Tomá la plata que tengo! Tomá la cadena. ¡Son cincuenta bolivianos! ¡Pero si no sabès el servicio que nos estás haciendo!... Y si querés más...

¿Y á qué no saben ustedes lo que sucedió? ¡Ni lo pueden adivinar, aunque se lo pasen pensando toda la noche!... ¡No! ¡es muy curioso, muy curioso, casi incréible!...

Pues en cuanto el teniente empezó á sacarse las prendas para dárselas, el coyita comenzó á hacerse á un lado, como si tratara de arreglar la carga, y apenas le pareció que estaba en un punto estratègico, le metió espuelas á la mula, casi hasta sacarle sangre, y antes de que los otros se diesen cuenta de lo que iba á hacer, ya estaba lejos!... ¡Sí, señor, se había escapado,

como si lo fueran á matar!... Todos se quedaron con la boca abierta, embobados, como si el cielo se les acabase de caer encima... Y en cuanto cayeron en lo que había pasado, quisieron perseguir al coya y quitarle los noques... Pero el teniente no quiso.

—No hay necesidad—dijo,—de hacerle nada. Vamos.

Y es, ¡miren ustedes qué cosas pasan en el mundo! es que el coya se había asustado de la generosidad del teniente, pero asustado de veras, como si aquello fuese cosa del diablo, como si le propusieran uno de esos negocios que, en los tiempos de antes, le costaban el alma á un cristiano, pero que ahora no le cuestan nada, á juzgar por la cantidad que se hace!...

¡Claro! El coya nunca había visto tanta plata junta, si no es en las vidrieras de los cambistas y eso cuando iba á la capital, y no le podía caber en la cabeza que se la dieran por algo tan sencillo como una gota de agua á tiempo...

Y claro, también, que los milicos, buenos criollos al fin y al cabo, no siguieron el galope para salir de la travesía, sino que rumbearon para el rancho.

Al rancho había ido el coya, dando un rodeo, porque él era quien le llevaba la provisión de agua. Los soldados lo vieron entrar con los noques, haciéndose el chiquito y pensando que no lo pisparían.

Cuando sintió el ruido de los caballos que se acercaban, volvió á salir corriendo, montó en

una mula, arrió la otra y agarró «p' al lau del miedo.»

En fin, los milicos se apearon junto al rancho, donde la vieja los sacó del apuro dándoles el agua que acababa de llegar...

Y aquí dió fin la historia.

Pero, digan, ¿no es verdad que se necesita ser muy arribeño para asustarse de regalos? ¡Miren que huirle á la plata!...

Es que aquello era *entonces*... en tiempo de Ñaupa... Pero lo que es hoy... ¡Vayan y prueben!... ¡Ni en el Norte!...

Esta fabulilla...

A Emilio Ortiz Grognet.

Un chingolo que aun no había ensayado el vuelo, quiso cierta mañana darse cuenta de lo que era el mundo y pasearse un rato por el campo, lejos del nido.

A los pocos saltos de sus patitas de alambre, encontróse con dos animalucos verdosos que paseaban, saltando también, campo afuera.

—¡Pájaros raros!—se dijo.

Luego, cavilando como el gato de Gautier descubridor de que un loro no es más que un pollo verde, arribó á esta conclusión, convencido como estaba de que sólo hay chingolos en la tierra:

—Debe ser efecto de la edad... Según he oído decir ¡nos ponemos tan feos con los años!...

Y dió dos tímidos saltitos hacia los paseantes, como para ponerse al habla con ellos.

Estos, entretanto, le habían examinado inquisitorialmente con sus abultados ojos, sin desperdiciar por ello la ocasión de echar un lengüetazo á cualquier mosca ó mosquito que toparan cerca, adormecido aún por el fresco húmedo de la madrugada; y, examinándolo, se decían con gravedad:

—Anda como los sapos.

—En efecto... Y, á juzgar por su marcha, debe ser de los nuestros, pese á su ridículo pelaje... Salta casi con tanta elegancia como tu ó yo...

—¡Pobrecito!... Será principiante... ¿Quieres que le hablemos?

—¡Hablémosle!

—Si es, efectivamente, un aprendiz, le enseñaremos, le tendremos siempre á nuestro lado, haremos que no se aparte un punto de nosotros, que utilice nuestra experiencia, que imite nuestra sabiduría, que se ajuste en un todo al molde ideal...

—Será una buena obra.

El chingolo había ido acercándose, con saltitos más cortos cada vez. Por fin se atrevió:

—Buenos días—les dijo.—¿Van ustedes de paseo?

—Sí—contestó el más gordo.—Paseamos con la fresca y nos desayunamos al propio tiempo. ¿Y tú?

—Tomo también un bocado, pero eso no me preocupa: me interesan mucho estos alrededores, la hierba verde, la luz, la alegría del aire...

¡Qué cosa más bonita! ¡Andaría paseando la mañana entera!

—¡Eh! nosotros, también tenemos para rato. Si quieres pasearemos juntos... ¿Eres sapo?

—¿Sapo? Nunca había oído... No sé lo que quiere decir eso.

—Te pregunto si perteneces á nuestra gran cofradía, si eres de nuestra sociedad.

El chingolo se miró, miró á los sapos, reflexionó y luego dijo modestamente:

—Puede ser muy bien. Quizá tenga ese honor, porque, según veo, andamos más ó menos de la misma manera.

—Sí; algo te falta, pero ya nos igualarás con un poco de esfuerzo. Tu marcha no es, todavía, tan majestuosa como la nuestra; pero si no llegas á copiarla exactamente, ¡has de aproximarte, has de aproximarte!... No pierdas la esperanza, porque por las señas eres todavía demasiado joven.

—Eso creo—murmuró el chingolo con humildad.

Y, uniéndose á ellos, todos tres siguieron andando, entre la hierba fresca, bajo la sombra de las grandes plantas, á saltitos acompasados, como gente que no tiene prisa.

Pero, de vez en cuando, el chingolo, más ágil, se apartaba á la derecha, á la izquierda, hacia adelante, con bruscos movimientos instintivos, y sentía que ciertas cosas extrañas colgadas á sus costados lo ayudaban en su esfuerzo, como suspendiéndolo en el aire.

Sin embargo su marcha insegura le hacía pensar:

—Nunca igualaré á estos venerables ancianos. Me falta peso.

Los sapos, en un principio, cuando se quedaban solos, elogiaban al juvenil camarada, al nuevo discípulo, pero sin disimularse sus defectos, como gente machucha que era.

—No es malo el chico—decía el uno,—sólo le falta ponderación.

—Sí—replicaba el otro.—Pero no tiene ni con mucho, la boca tan ancha como la nuestra. (por el contrario, la suya es ridículamente angosta y acabada en punta), ni tiene la lengua tan larga, ni las piernas tan robustas, ni los ojos tan grandes y salientes como nosotros.

—¡Es verdad! Ni tiene tampoco, nuestra bonita piel repujada y barnizada, ni nuestra hermosa voz de bajo profundo. Es enfermizo y enclenque; quizá sea un degenerado... ¡Bah! razón de más para protegerlo, ¡infeliz! Nos demuestra tánta consideración, tánto respeto...

—Protejámoslo... Quizá no nos resulte ingrato.

Pero, una vez que el chingolo se apartó un poco más lejos que antes y ensayó un trino, los sapos le llamaron severamente al orden:

—¡Qué es eso, caballerito!—mugió uno.—¿Qué significan esos chillidos descompuestos y esos saltos de langosta? ¿No le basta á usted para expresarse nuestro viejo y purísimo léxico de *croac-croac*, ni para ir de un punto á otro nuestro grave y reposado continente?

—¡Cuidado!—exclamó el otro.—Tus locas acciones revelan un abominable modo de pensar. No reincidas, porque si reincides te segregaremos de nuestra sociedad. ¡Habráse visto!

—¡Sí!—agregó el primero.—¡Con semejante conducta será usted el ludibrio de las gentes!

El chingolo, cariacontecido, ajustó el paso al de sus sabios mentores, calló y siguió viaje: era preciso, pues, normalizarse para triunfar en la vida.

—Normalizarse—cavilaba,—ó, con otras palabras, hacer exactamente lo mismo que hacen los demás. Trataré de conseguirlo.

Los sapos entretanto pensaban:

—Este es un individuo peligroso, de quien hay que desconfiar. Si nos descuidamos puede ser un borrón para la familia.

El chingolo iba quietecito. ¡Pero le molestaba tanto aquello que tenía á los lados del cuerpo! A cada paso parecía querer arrancarlo del suelo, alejarlo de sus camaradas, llevárselo por el aire, llenándole el pecho y la garganta de gritos regocijados y triunfales. Tenía que hacer grandes esfuerzos para dominar aquella especie de embriaguez y volver de su distracción, de su esfuerzo involuntario, cuando alguno de los otros le decía:

—¡Croac, croac! ¡Mira que te desmandas! ¡Marca el paso! ¡No te adelantes! ¡Síguenos!

—¡Eso es lo que procuro! — murmuraba el chingolo afligido.—Yo no quisiera apartarme de ustedes, ¡pero me cuesta, me cuesta!...

—¡Nunca se hará nada de provecho con este chico!

Y, de repente, sucedió lo inevitable.

Un poquito de viento y un salto más largo abrieron las alas del chingolo que, entre asustado y alegre se encontró sin saberlo en pleno espacio, modulando un trino como un toque de clarín...

Un aletazo, otro más, y se halló en la altura, una altura enorme...

Volvió la cabecita para ver si lo habían seguido sus compañeros... No; no lo habían seguido.

—¡Vaya!—se dijo.—Ya vendrán en cuanto tengan gana. ¡Es tan fácil!

Pero, aparentemente, los sapos no pensaban en alcanzarlo. Por lo menos se mostraron seguros de que aquella ascensión era una locura momentánea, un arrebato inconsiderado que podía costar carísimo al audaz.

—¡Pobre chico!—roncó el uno, displicente.

—¡Desgraciado!—berreó el otro con ira.—No es digno de compasión. Supongo que, cuando vuelva, lo rechazaremos sin piedad.

—Si á ti te parece...

—¡Sí que me parece! No debemos perdonarle ni aunque nos lo suplique de rodillas. Es un perdido, un loco, indigno del comercio de la gente grave... ¡Ponerse á hacer cabriolas cuando le esperaba una vida tan respetable y respetada si hubiese seguido pasito á paso, como tú y yo!...

—Lo mejor es olvidarlo... mientras no vuelve—sugirió el compañero menos vengativo.

Pero si el chingolo podía olvidarse muchos días de los sapos, los sapos no pudieron olvidarse nunca del chingolo.

Por el contrario, contaron la aventura á la familia, que la consideró lección moral, y probablemente por eso los batracios no salen sino de noche ó durante los crepúsculos, primero para rehuir la compañía de los chingolos, y después para ensayarse en el vuelo sin que nadie los vea.

Mas, como todavía no han logrado su objeto, ni siquiera en parte, dicen:

—Volar es de muy mal tono, cosa que se deja á las gentes de poco más ó menos.

Después, particularizándose, hablan pestes del ex-discípulo de una mañana, que cometió la villanía de remontarse dejándolos en el suelo.........

Y mientras éste revolotea en los aires pensando á veces con extrañeza: «¿Pero cuándo vendrán esos tontos?» los sapos mugen sorda y amenazadoramente, dando grotescos saltitos en el polvo:

—¡Si llega á venir!........

INDICE

ROBERTO J. PAYRÓ

VIOLINES Y TONELES



BUENOS AIRES
M. RODRIGUEZ GILES, EDITOR
Corrientes, 1379
1908